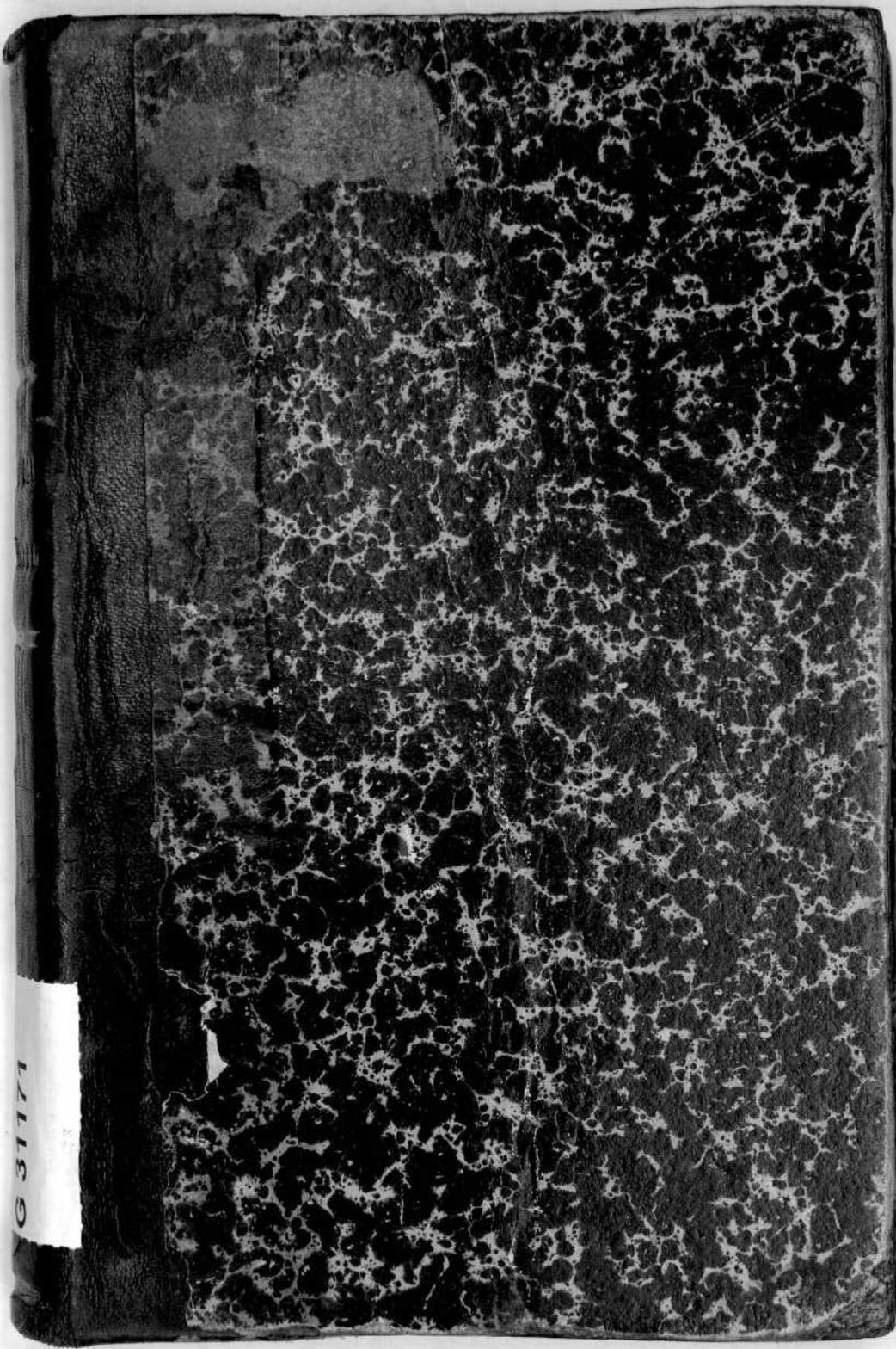


G 31171





VIDA Y MARTIRIO
DEL
BEATO JUAN DE PRADO,
PRIMER PROVINCIAL FRANCISCANO
DE LA DE SAN DIEGO DE ANDALUCIA,

POR

D. Domingo Rodríguez Prieto,

Presbitero.

NATURAL DE MORGVEJO.



CIUDAD RODRIGO:
IMP. DE LA VIUDA É HIJOS DE CUADRADO.

==1901==

DE CL
A

t.135808

CB 1169675 R.102483



DEDICATORIA.

A sus queridos padres, Santos Rodríguez Gutiérrez y María Prieto de Valbuena, en testimonio de sincero amor y profunda veneración dedica este humilde trabajo su amante hijo,

El Autor.

Obispado
Admon. Apostólica
de
Ciudad Rodrigo.

Nos el Dr. D. José Tomás de Mazara
raza, por la gracia de Dios y de la
Santa Sede Apostólica, Obispo-Admi-
nistrador de la Diócesis de Ciudad Ro-
drigo, etc.

Concedemos nuestro permiso y
licencia para que pueda impri-
mirse la obra titulada "Vida y
Martirio del Beato Juan de
Prado," escrita por Don Domin-
go Rodríguez Prieto, en virtud
de no contener error alguno con-
tra la fe y sanas costumbres.

Ciudad Rodrigo 24 de Ma-
yo de 1901.

† José Tomás,
Ob. Ad Ap.



AL QUE LEYERE

Aunque ni docto ni literato, lector querido, tengo, esto no obstante, el atrevimiento, hijo de mi afecto al santo Prado, de presentarte su Vida y Martirio, arreglados según mi pobre capacidad. No busques en sus pocas páginas ciencia, literatura ni habilidades del humano saber, porque nadie puede dar lo que no tiene,— dispensa pues, mi temerario arrojo—; en cambio hallarás hechos relatados con sencillez y sin aliño, sí, pero que pueden servirte de edificación y ejemplo en el camino del cielo, en la santificación y salvación de tu alma, que es lo único que te es absolutamente necesario. La vida de un Santo, no tanto ha de servir para distraer y deleitar al literato y al crítico, ó enseñar al filósofo, como para estimular al cristiano, aun medianamente instruido, al cumplimiento de su fin principal, que es servir á Dios en esta vida para después verle y gozarle en la eterna. Esto creo que podrás lograrlo en las páginas que te ofrezco, supuestas las demás condiciones que al efecto se requieren.

Confieso que otros hubieran realizado este pensamiento cien mil veces mejor que yo, por donde quiera que la cosa se mire; pero sucede, con harta frecuencia, que por esperar y aspirar á lo mejor, nos quedamos sin ello y sin lo que pudiera servirnos de algún provecho; y esto principalmente me ha movido á dar manos á la obra, á pesar de mi insuficiencia. Creo haber hecho lo que he podido, y espero—y lo vería con sumo agrado—que hagan más los que más puedan; pero entre tanto aprovechemos todas las sabias lecciones de santidad que nos da el ilustre Franciscano, cuya Vida y Martirio voy, con la ayuda de Dios, á relatar; pues por esto nada saldremos perdiendo, porque el bien hecho, hecho estará.

Ante todo, acatando las disposiciones de la Santa Romana Iglesia, declaro que, al hablar de milagros y gracias extraordinarias del santo Prado que la Santa Sede no ha aprobado todavía, no es mi ánimo prevenir su siempre rectísimo juicio; no doy, por consiguiente, á tales narraciones otro valor, que el puramente histórico.

Domingo Rodríguez.



INTRODUCCIÓN



QUEL Dios omnipotente é infinitamente sábio, que nos sacó de la nada sin nuestra cooperación y cuyos juicios son inescrutables á la humana inteligencia, ha querido que nos santifiquemos y salvemos por nosotros mismos, ayudados con su gracia. Por eso ha hecho de la vida del hombre sobre la tierra una verdadera milicia, en la que luchando á brazo partido contra todos sus enemigos, mereciera la retribución eterna, conforme fuera su comportamiento en el combate. Peleando valerosamente en el mundo, es como merecieron subir á las celestes mansiones los Santos que la Iglesia católica venera en sus altares, y otros muchos que ahora pasan desapercibidos á los ojos de los hombres: la violencia á sí mismo y á todo enemigo externo es el camino del cielo, y sólo con esta poderosa arma se conquista el paraiso.

Entre la innumerable multitud de elegidos hay muchos que, después de haber sido luz del mundo

y sal de la tierra, y haber sufrido con santa resignación toda clase de tormentos atrocísimos por su firmeza en la fé católica, lavaron sus estolas en la sangre del Cordero Inmaculado sellando por fin con una preciosa muerte su confesión de verdaderos cristianos. Ya mucho antes el profeta Daniel había predicho esa suerte á no pocos de los que siguieran al Deseado de las naciones, por las siguientes palabras: «Muchos serán elegidos, purificados y probados como por el fuego: serán víctimas de la espada, de la llama y del cautiverio.» Esto mismo confirma el Divino Maestro, cuando dice á sus discípulos: Guardaos de los hombres que sean contrarios á mi doctrina, porque os delatarán á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas: y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y reyes, para dar testimonio de Mí.... ; os harán morir y vendreis á ser odiados de todos ellos por causa de mi Nombre, porque tened entendido que no ha de ser el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo; por tanto, si á Mí me persiguen, estad seguros de que también os perseguirán á vosotros; es más, aun habrá quien crea que hace un señalado obsequio y un grande favor á Dios, persiguiéndoos y dándoos la muerte. Pero por eso no les tengais miedo; que algún día se verá vuestra inocencia, justicia y celo por la gloria de mi Padre y por la salvación de las almas. Nada temais á los que matan el cuerpo y no pue-

den matar el alma; temed, sí, al que alma y cuerpo puede arrojar al infierno.

Llegaron los tiempos predichos por Daniel y vaticinados por el Salvador del mundo; y cristianos de toda edad, sexo, condición y estado sufrieron los más exquisitos tormentos y murieron á manos de los tiranos, por no querer renunciar á la fé de Jesucristo. Entre conservar la vida con promesa de riquezas, honores y placeres, ó perderla afrentosamente y en medio de agudísimos dolores, optaron por abrazarse con la muerte, persuadidos que de nada vale ganar el mundo y cien mil mundos que hubiera, si se llega á perder el alma; y que poco les aprovecharía escapar de las manos de los hombres, si al fin caían en las de Dios. Esta persuasión los hizo firmes en sus creencias cristianas, alentados á la vez con la promesa de Cristo: «El que perdiese su vida en el mundo por amor á Mí, este la hallará en la eternidad, porque yo le confesaré ante mi Padre celestial como él me confesó ante los hombres; y el que la conservase en el mundo con desprecio de mi Ley, este la perderá en la eternidad, porque yo me avergonzaré de confesarle por discípulo mio ante mi Padre, como él se avergonzó de Mí y de mi doctrina ante los hombres.»

No es España la nación menos fecunda en héroes del Catolicismo, ni la menos abundante en Santos de toda clase; antes por el contrario se ve

que ha sido elegida en los decretos eternos para cuna de innumerables siervos de Dios, sobresaliendo de una manera prodigiosa entre todas las demás naciones. Santificada está toda por la doctrina y virtud de muchos Doctores, Confesores y Vírgenes, y regada y empapada se halla en la sangre de un sinnúmero de Mártires. Si de ello necesitamos convencernos, abramos el calendario español, y veremos con gran asombro y satisfacción, que apenas habrá día en que no se celebre la memoria de alguno ó de varios de sus hijos, que la han ennoblecido con su vida ejemplar y con su sana y esclarecida doctrina, y muchos hasta con su muerte en defensa de la fé.

¡Qué bendita nación la nuestra, carísimos Españoles! ¡De cuánto somos deudores á la Divina Bondad, á la Santísima Virgen y á nuestro Apóstol Santiago! Cuántos y qué excelentes ejemplares de virtudes nos ha proporcionado el Señor, de entre nuestros compatriotas, para que alentados con sus edificantes ejemplos salgamos de nuestra reprehensible flojedad y cobardía, é imitemos su cristiana vida, nada terrena y toda celestial! El corazón se llena de amargura y se parte de dolor, al considerar lo que ellos fueron apoyados en la necedad de la cruz, y lo que somos nosotros con la ciencia y adelantos que nos predicán los escribas y fariseos de la moderna civilización. Con mucha más clemencia se juzgará en el día del juicio á

otras naciones, que á nosotros; porque si otros tuvieran en su seno modelos tan acabados de virtud y abogados tan especiales como nosotros tenemos en la presencia de Dios, todos ellos serían santos, siquiera por patriotismo; nosotros sin embargo, vamos de mal en peor, emulando en el mal á las naciones más corrompidas, digan lo que quieran los que piensan en salvarse dulce y cómodamente. ¡Qué verdad es que la corrupción de lo óptimo es pésima!

No quiero hablar ahora de los Fulgencios, Leandros, Isidoros, Eugenios, Ildefonsos, Froilanes, Braulios, Valerios, Toribios, y Julianes....; ni de los Domingos, Ignacios, Juanes, Raimundos, Fernandos é Isidros... Pasaré también en silencio á las Florentinas, Leocadias, Libradas, Justas, Rufinas, Eulalias, Marías y Teresas.... que todos fueron astros de primera magnitud. Tampoco mencionaré á los Marcelos, Nonias, ni á sus doce hijos y criada; ni á los Lorenzos, Vicentes, Hermenegildos, Pedros, Gabinos, Narcisos, é innumerables Mártires de Zaragoza....; solo voy á relatar, á vuela pluma, la vida virtuosa, los hechos portentosos y el martirio cruel y prolongado de un gran Siervo de Dios, el B. Juan de Prado, gloria de la Iglesia Católica y de la Religión Seráfica, alegría de la Nación Española, honor de la villa de Morgovejo (León), terror de los leones africanos, consuelo de los infelices cautivos y heraldo imperté-

rrito del Santo Evangelio.

Su vida es un admirable conjunto de maravillas, pues está sembrada de virtudes heróicas, que como flores aromáticas despiden su exquisito perfume hasta los confines del mundo, embalsamándole con su subida fragancia: llena está de hechos milagrosos que le acreditan verdadero Apóstol del Evangelio, enviado por Dios para luz de las gentes; y por fin fué coronado con un glorioso martirio, que le ha merecido el título de Beato, el honor de los altares, la veneración de los fieles y un lugar distinguido en la celestial Jerusalén. Este Prado fué todo un amenísimo jardín que con sus místicas bellezas encantaba y atraía á los hombres, llenaba de gozo á los ángeles y complacía á la Beatísima Trinidad, que le dotó de extraordinarios dones y gracias sobrenaturales para gloria suya, admiración y ejemplo de los hombres y mérito singular de nuestro esclarecido Héroe, como se verá en las páginas siguientes.



CAPÍTULO I.

NACIMIENTO Y EDUCACIÓN DEL SANTO PRADO.

CADA uno de los hombres, dice el Apóstol, tiene su don de Dios, unos de una manera y otros de otra; y esto mismo puede afirmarse de los pueblos, porque si unos abundan en la grosura de la tierra, tienen excelente clima, y gozan de comodidades terrenas, otros en cambio sobresalen por el rocío celestial que sobre ellos cae, por sus sencillas y morigeradas costumbres, y por la estima que saben hacer de los dones especiales que les concede el Señor.

A una legua del origen del río *Cea*, en la diócesis y provincia de León y arciprestazgo de Almanza, existe la pequeña villa de *Morgovejo*, que si bien es insignificante por su vecindario, riqueza y hermosura, se distingue no obstante, entre otras cosas, por la sencillez y bondad de sus habitantes, por la fé y nobles sentimientos que los animan, y particularmente por ser la cuna del *Beato Juan de Prado*.

Nació en ella el año de 1563, gobernando la Iglesia el Papa Pio IV, el Imperio de Occidente Fernando I y la Monarquía Española el prudente y fervoroso católico Felipe II. Fueron sus padres *D. Sancho de Prado*, hijo segundo de uno de los Marqueses de Prado, vecino y domiciliado en Renedo de Valdetuéjar, pueblo distante de referida villa como una media legua; y *Doña Isabel de Armentón ó Armesón*, como dice el cronista Trinidad, descendiente de esclarecida prosapia en el Principado de Cataluña.

D. Sancho como hijo segundo que era, no podía esperar el título y bienes del Marquesado que sus padres poseían, y esto le movió á emprender la carrera de las armas. Estando de Capitán en Cataluña, se casó con la noble Doña Isabel. No se sabe por qué motivo abandonó la Milicia y el Principado, y se retiraron á vivir á Morgovejo; donde tuvieron á este único hijo, que algún día había de inmortalizar su nombre y ser la mayor gloria de la ilustre casa de los Marqueses de Prado, apesar de estar condecorada con muchos timbres y laureles desde tiempo de los Reyes de León, como puede verse en los nobiliarios del Reino.

Poco tiempo disfrutó el niño Juan, de las caricias y cuidados de sus padres, pues bien pronto tuvo que sentir las amarguras y penalidades de este miserable valle de lágrimas: quedó huérfano de padre y madre á la corta edad de cuatro ó cin-

co años, y bajo la tutela de un Tio paterno, Arcipreste de Vegacerneja, en el valle y arciprestazgo de Valdeburón de Arriba. Este haciéndose cargo del Menor y de sus bienes, procuró criarle y educarle como pedía su rango; y al efecto le llevó á León, cuando fué de más edad, para que aprendiera las Primeras Letras, y luego á Salamanca á estudiar Latín y Facultades Mayores.

Le había dotado el Cielo, de una buena alma, según la expresión del Sábio, teniendo bellas inclinaciones y capacidad sobrada para el estudio: unía á esto una aplicación esmerada y una reflexión profunda; así es que hacía rápidos progresos en sus estudios. Ante todo, buscaba el reino de Dios y su justicia: huía del pecado y ocasiones próximas de pecar, que son los mayores obstáculos para el progreso moral, intelectual y religioso, como se ve en los estudiantes disipados y embebidos en las vanidades del siglo: se entregaba á ejercicios de piedad visitando Iglesias, frecuentando los Santos Sacramentos y dándose con frecuencia á la oración: y guardaba con cautela sus sentidos para no cobrar aficiones peligrosas ni distraerse en pasatiempos mundanos. que son el escollo donde se estrellan, por desgracia, la mayor parte de los jóvenes estudiantes, si no hay quien los vigile de cerca y con rigurosa severidad; nada, pues, tiene de extraño que le viniera como por añadidura el ser afable, modesto, juicioso, prudente

y la admiración de cuantos le contemplaban, viendo tanta virtud, ciencia y madurez en una edad tan temprana.

Proseguía nuestro jóven sus estudios con mucha aplicación y gran lucimiento, é iba formándose hombre de extraordinario valer, pudiendo por tanto prometerse con fundamento un excelente porvenir en el mundo, cuando vino á experimentar una fuerte contrariedad en su carrera: el tutor se descuidaba mucho en atender á sus necesidades, y hasta llegó á negarle los recursos necesarios, alegando que se concluía su hacienda. Este desengaño que recibió de los suyos en tan críticas circunstancias, y más que todo el dedo de Dios que quería que le sirviera más de cerca, le fueron suavemente inclinando á dar un perpétuo adiós á todo cuanto el mundo ofrece, despreciando sus honores, riquezas y placeres y encerrándose en un claustro, donde de lleno pudiera servir á Dios.

Lo pensó detenidamente, y por fin se resolvió á dejarlo todo: patria, parientes, amigos, hacienda y cuanto el mundo le prometía, por seguir á Jesucristo en el camino de la perfección cristiana. Dió conocimiento de su determinación á otro Tio paterno, Abad del convento de S. Benito de Sahagún; y aún cuando este le solicitó para su Instituto, el jóven se negó á ello, diciéndole que deseaba servir á Dios más lejos de su país, con mayores sacrificios y en más estrecha observancia.



CAPÍTULO II.

VOCACIÓN AL ESTADO RELIGIOSO Y SU FERVOR EN LA OBSERVANCIA.

BATALLABA el jóven Prado sobre en qué Religión daría cumplimiento á sus deseos del modo más agradable á Dios y con más provecho de su alma, cuando un día se encontró con dos Religiosos Franciscanos de la más estrecha observancia, de la Provincia de S. Gabriel de Extremadura. Al ver en ellos tanta abnegación de sí mismos y el desprecio que hacían de las vanidades del mundo, quedó prendado de vida tan ejemplar y de tanto sacrificio, y con grandes deseos de imitarlos. Los siguió al lugar de su morada, y bien informado del género de vida que hacían y edificado con su trato y conversación, postrado humildemente ante ellos, les manifestó su intento, y pidió que le admitieran en su observante Instituto.

Oponíanle los buenos Religiosos la rigidez de su Regla, las privaciones con que había de vi-

vir, el gran yugo de la obediencia, y el disgusto tal vez de sus esclarecidos deudos; pero el jóven cuanto más y mayores dificultades le presentaban, tanto más se encendía en deseos de ingresar cuanto antes en la Religión Seráfica, comprendiendo que era el único asilo donde hallaría paz y descanso su alma, como en centro de sus vehementes aspiraciones. Nada de cuanto le opusieron fué capaz de hacerle desistir de su resuelto propósito; visto lo cual por los Padres, tuvieron que darse por vencidos y dirigirle al Provincial que residía en Extremadura; para donde partió gozoso al logro de sus ardientes deseos.

Antes de salir de Salamanca, dió cuenta de la resolución tomada á un virtuoso amigo, condiscípulo, quien movido del ejemplo de nuestro Santo, se decidió él también á ingresar en la Orden de la Santísima Trinidad. Animado uno con otro, partieron juntos para Extremadura, donde al despedirse le entregó el santo Prado cuanto dinero y objetos de algún valor llevaba, quedando del todo confiado á la Divina Providencia, y empezando á practicar, antes de que le obligara, la Regla que se proponía abrazar. En su cariñosa y tierna despedida ocurrió un hecho que pudiera calificarse de profético, pues dijo el Santo á su amado condiscípulo: *Andad, amigo; que ambos nos hemos de ver Provinciales*. El resultado comprobó la profecía, porque en Sevilla se visitaron, siendo

cada uno Superior de su Provincia. Esto prueba las gracias extraordinarias que adornaban al santo Prado á la temprana edad de 21 años, pues estaba ya dotado del don de profecía.

Se presentó al Provincial, que era Fr. Juan de Avila; y este, luego que vió al devoto pretendiente, le admitió de buen grado y con suma satisfacción en su Orden, asignándole para lugar de Noviciado el convento de Rocamador de Extremadura en término de la villa de Almendral, que está á una hora de Villanueva de Barca-Rota, y no lejos de la capital de Badajoz. En este convento vistió el Santo Hábito Franciscano con indecible alegría de su alma y dando mil gracias á Dios por favor tan señalado como le hacía, recibéndole en su santa casa.

La partida de Toma de Hábito, tal como se la remitieron, en 25 de Abril de 1795, á Fr. Juan Martínez, Religioso Franciscano en Talavera de la Reina, es como sigue: «Fray Juan de Prado = En diez y seis días del mes de Noviembre de 1584. Siendo Provincial Ntro. Chmo. Herm.º Fray Juan de Avila en el primer año de su oficio, dió el havito á Fr, Diego de Obiedo; á Fr, Juan de Prado; y á Fr. Antonio de Béjar, Novicios; y yo Fr, Juan de Sta. Ana, Guardian de este Convento les di á todos tres el havito aun mismo tiempo, viernes diez y seis de dho, mes y año, por mandado de dho, Provincial, después de ser por el examinados

y admitidos.»

Una vez que se vió vestido con la librea Franciscana, todos sus conatos y aspiraciones se dirigian al fiel cumplimiento de la Regla y Constituciones de la Orden, y á copiar en sí las virtudes de su Santo Padre, el Pobrecito de Asís. Desde el primer día de Noviciado dió pruebas evidentes de su buena inclinación y espíritu, porque de tal modo se ajustaba á los ejercicios regulares y asperezas de la descalcez, á pesar de ser de tan esclarecido linaje, que parecía como si estuviera versado muchos años en el Instituto Franciscano; y tan bien correspondía á la divina gracia y á las más ligeras insinuaciones del Maestro de Novicios, que todos le tenían por dechado de obediencia y abnegación, esperando de él grandes cosas en un porvenir no lejano, y admitiéndole sin contradicción alguna á la profesión Religiosa; cuya partida, debida también á la diligencia del referido Fr. Juan Martínez, es á la letra como sigue:

«Partida de Profesión=Lunes diez y ocho de Noviembre de 1585 años, tañido á Capítulo y congregados en uno los Religiosos de este Convento de Ntra. Señora de Rocamador, después de haverle sido echa la protestación que por nuestros estatutos Generales se manda, por mi Fr. Andrés de Plasencia, Guardián de dho. Convt.º á Fr. Juan de Prado, Novicio Corista, de edad de veinte y dos años y acerca de su ascendencia para haver

de ser admitido ala Profesión, ante todos los Religiosos ledi la Profesión, en testimonio de lo qual lo firmamos los Religiosos q.^e nos hallamos presentes, y el Profesante, de ntros. nombres, y yo lo sellé con el sello de dho. Convt.^o fecha ut supra= Fr. Andrés de Plasencia=Sello=Fr. Francisco de Malpartida=Aquí la firma del St.^o la q.^e quitaron por lo que falta=» Y termina el escrito: «Estas son las partidas de Recepción de havito y profesión del Santo al pié de la letra como están en el Libro de asiento fundación de este Convt.^o de Ntra. Señora de Rocamador de Religiosos de N. P. S. Francisco Descalzos de la Provincia de S. Gabriel en la Extremadura.»

Tan gozoso quedó Fr. Juan con la profesión de su nuevo estado de Religioso Descalzo de S. Francisco, y tan desasido de todo lo temporal á que podía inclinarle la distinción de su rango, que desde entonces olvidó su patria y parientes, cuidándose sólo de aprovechar en la virtud y llegar á la cumbre de la santidad. No se opone á la vida religiosa la honesta y moderada correspondencia con los parientes y amigos; pero quien aspira á la perfección y estrecha unión con Dios, todo lo deja para que no le impida ó retarde su marcha cosa alguna en la tierra. *Oye, hija, dice Dios al alma: considera é inclina tu oreja; y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.* Esto consideraba atentamente nuestro nuevo Religioso, y desde luego se propuso re-

sueltamente llevarlo á cabo, para poder libremente remontar su vuelo á las alturas de la perfección y estrecharse con su Dios.



CAPÍTULO III.

SUS ESTUDIOS, PREDICACIÓN Y FRUTOS QUE CONSIGUIÓ.



VIENDO los Superiores el excelente espíritu de Fr. Juan, y comprendiendo que sus buenas disposiciones perfeccionadas con las ciencias podrían ser muy útiles á las almas en el sagrado ministerio, le mandaron á Plasencia para que estudiara Artes y Teología. Con tanta aplicación emprendió sus estudios eclesiásticos, y tan de veras pedía continuamente al Señor que le prestara su divino auxilio y bendijera sus esfuerzos, que salió en ellos notablemente aprovechado.

Se ordenó luego de sacerdote; y al verle sus Superiores tan aventajado en virtud y ciencia, no quisieron tener oculta bajo el celemín esta antorcha, sino que resolvieron ponerla cuanto antes sobre el candelabro, para que fuera luz del mundo y sal de la tierra. Llevados, pues, del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, le obligaron por obediencia á dedicarse á las tareas

evangélicas del púlpito y confesonario; lo que el Santo cumplió con gran provecho de las almas y á satisfacción de sus Hermanos, que vieron en él una gloria de la Orden Franciscana.

En virtud de haber sido instituido Predicador y Confesor, se creyó más obligado al estudio, y particularmente á la oración y penitencia para obtener el divino auxilio, porque sabía muy bien que de nada sirve trabajar y esforzarse, si Dios no bendice el trabajo. Como ni el que planta ni el que riega son algo, sino que Dios es únicamente quien puede hacer germinar la semilla y dar el incremento conveniente á las plantas, á El acudía siempre y con repetidas instancias, para que sus tareas produjeran copiosos frutos. Por eso jamás se subía al púlpito, ni se sentaba en el confesonario, sin antes haberse preparado con el estudio, con severas penitencias, con muchas lágrimas por la salvación de las almas y con oraciones continuas, pidiendo al Señor que le iluminara y moviera los corazones. Unía á esto una vida irreprochable y muy ejemplar, que es el modo más eficaz de predicar, un espíritu fogoso, una gravedad modesta pero respetuosa, una presencia graciosa aunque mortificada, una voz sonora y dulce, y un modo de decir sencillo pero agradable y muy persuasivo.

La materia de sus sermones, no eran sutilezas ó humanidades que sólo sirven para entretener y regalar el oído, sino verdades importantes y cla-

ras sobre virtudes y vicios, que llegaban al corazón de los oyentes y hacían derramar abundantes lágrimas; y las razones con que las apoyaba, múltiples, sólidas y serias (en el púlpito donaires, chistes y gracias son desgracias), como deducidas la mayor parte de ellas, de las Sagradas Escrituras y Santos Padres, revelando en sus pláticas y sermones mucha ciencia, gran erudición y sobre todo una caridad sin límites para con los pobres pecadores, porque ardía en deseos de salvarlos.

Su palabra era como una espada de dos filos que penetraba hasta el interior del alma; como un rayo que liquidaba los corazones más duros; como una luz intensísima que iluminaba las tenebrosidades de los entendimientos más ciegos; como una penetrante voz que clamaba en el desierto de este mundo: *Preparad el camino del Señor, y haced derechas sus sendas*; así es que el fruto de sus sermones era copiosísimo y bien sazonado, como miés laboreada con esmero y cortada en excelentes condiciones.

El convertía muchos y grandes pecadores, hacía animosos y perseverantes á los justos, alentaba á los desesperados y cobardes, fortalecía á los débiles, y encendía á los flojos y tibios. El extinguía odios y enemistades, desarraigaba vicios, quitaba escándalos, movía á restituciones, hacía mejorar de vida y evitar ocasiones de pecar, plantaba virtudes, y á todos enseñaba el camino

del cielo y condenaba el ancho que lleva al infierno, sin atender *al qué dirán* y despreciando todo respeto humano. ¡Ah! cuántas veces decía: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Y si la pierde, ¿con qué podrá resarcirse de esta pérdida? Pecadores, haced penitencia por vuestras muchas culpas. Mirad que la segur de la muerte está ya puesta á la raíz del árbol de nuestra vida, y Dios tiene el biello en su mano para separar la paja del trigo, recogiendo éste en el granero del cielo y quemando aquella en el fuego devorador é inestinguible del infierno. El trigo son los justos y la paja los pecadores; cada uno elige durante la vida con las obras que practique, el lugar en que ha de parar después de la muerte. No nos engañemos, hermanos; que este mundo pasa con la velocidad del rayo, y después viene la eternidad que dura siempre, siempre; por lo cual importa usar de este mundo, como si no usáramos, porque pronto, muy pronto, lo hemos de dejar.»

Con estas y otras muchas exhortaciones que Dios le sugería en la meditación, fueron innumerables los frutos que recogió de sus sermones y pláticas, porque á la verdad puede de él afirmarse que le envió el Señor á mostrar el camino de salvación á los que andaban extraviados. Extremadura, Andalucía, Mazagán y las cárceles de Marruecos fueron testigos de su frutuosa predicación; y

con solo oírle predicar, cualquiera le calificaba de varón de Dios, porque hablaba de veras al corazón, pintando la realidad de las cosas sin andar con rectóricas ni contemplaciones humanas. Al ver las gentes un modo tan inusitado de evangelizar, se agolpaban donde quiera que anunciaba la divina palabra y le oían con gran respeto y veneración diciendo: este es un verdadero enviado de Dios para nuestro desengaño; así es que llevados de esta persuasión le consultaban sus dudas, le exponían sus aflicciones y necesidades, confiando hallar en sus respuestas luz, remedio y consuelo, porque se hacía y era todo de todos y para todo.

En las Cuaresmas, además de los sermones ordinarios, solía tener catequesis para los niños. Juntabalos por las tardes en la plaza, los llevaba después en procesión y cantando al templo, y allí les explicaba puntos de la doctrina cristiana. Solían también concurrir adultos, por curiosidad unos y otros por devoción; y á todos repartía el pan de la divina palabra, pues siempre daba fin á la catequesis con una plática fervorosa que arrancaba suspiros y lágrimas á los oyentes. Tenía muy presentes las palabras de Jesucristo: «Predicad el Evangelio á toda criatura,» si quereis brillar en el reino de mi Padre como estrellas en el firmamento por haber instruido á muchos en mi santa Ley; y por eso no perdonaba medio ni sacrificio á este fin, ni malograba ocasión alguna.

Como su consigna era aquello del Evangelio: «Yo soy el que os he elegido á vosotros y destinado para que vayáis por todo el mundo y hagáis fruto que sea duradero,» predicaba en ciudades, villas, pueblos, aldeas y cortijos, y dondequiera que había almas necesitadas, porque su celo no exceptuaba á nadie ni sufría espera por muchas y grandes que fueran las dificultades y sacrificios. Era en todo un verdadero Apóstol del Evangelio, que á trueque de ganar almas para Cristo, todo lo sacrificaba, multiplicándose en los sagrados misterios, pues palpaba la verdad de la sentencia evangélica, de que la mies era mucha y los operarios muy pocos. Veía que las almas necesitaban el pan de la divina palabra; y su corazón se partía de dolor, al notar que no había quien se lo repartiéra con abundancia y hasta dejarlas saciadas.

Tenía una gracia especial para insinuarse en los corazones de los fieles y convertirlos á Dios, ora predicando, ora confesando ó ya en las conversaciones familiares, porque como su corazón ardía en amor á Dios y al prójimo, todas sus palabras salían encendidas del fuego y celo que le devoraban. Dadme almas, parecía estar continuamente diciendo, y ahí queda para los mundanos todo lo demás, pues no quiero cargar con pesos que abrumen imposibilitando el camino del cielo. El Señor accediendo á estos ardientes deseos, condescendía con sus fervorosas y continuas súplicas

dándole las satisfacciones que ansiaba. En Valencia de Alcántara redujo á penitencia con sólo hablarles, tres almas extraviadas: á vida ejemplar un hombre entregado á latrocinios y homicidios: á que perdonara las injurias recibidas, toda una familia que se obstinaba en la memoria y venganza de los agravios; y en Alburquerque apaciguó toda la villa que andaba amotinada con sangrientos resultados.

Fundó una Congregación llamada de los Arrepentidos, que con las reglas, consejos, predicaciones y ejercicios penitentes que le prescribió, progresaba admirablemente en la virtud, siendo una gloria del Santo y modelo de vida cristiana, porque todos sus Congregantes cumplían los deberes cristianos escrupulosa y puntualmente.

Habíale dotado el cielo, de un tino particular para dirigir las conciencias, saliendo de su escuela almas aprovechadísimas en la vida espiritual y muy constantes en los ejercicios piadosos: almas que huyendo del mundanal bullicio, donde es imposible encontrar á Dios, vivían retiradas considerando las eternas verdades: almas que ante todo y en todo buscaban el reino de Dios y su justicia, persuadidas de que todo lo demás es vanidad de vanidades y lazos del mundo, demonio y carne. En fin sabía muy bien negociar con los talentos que le entregó el gran Padre de familias, á fin de entregárselos quintuplicados cuando de ellos le pidiera cuenta.



CAPÍTULO IV.

SUS PRELACÍAS Y CELO EN SU DESEMPEÑO.

DISTINGUIÉNDOSE tanto el P. Prado por su celo apostólico, virtudes, ciencia y demás relevantes prendas, y siendo tenido en gran estima dentro y fuera de la Orden, claro es que sus Hermanos habían de pensar en él para las prelacías y cargos, á que tuvo notoria repugnancia el Santo por ser esos puestos en extremo peligrosos, aceptándolos únicamente compelido por la obediencia. Fundados, pues, sus Superiores en el gran talento y capacidad que le distinguían, le nombraron sucesivamente Maestro de Novicios en el convento de Monteceli del Hoyo, Guardián en los de Jerez de los Caballeros, Alburquerque, Badajoz, Cádiz y dos veces en el de S. Diego de Sevilla, Definidor otras dos, y por fin primer Ministro Provincial de la de S. Diego de Andalucía, que se erigió en 1620, por segregación de la de S. Gabriel de Extremadura.

En sus cargos seguía la práctica del Divino

Maestro que empezó á obrar y á enseñar: es decir, iba delante con el ejemplo, con el que atraídos sus súbditos dulce y fuertemente, se enardecían y animaban mucho en la observancia regular, viendo que su Prelado los enseñaba practicando. El era el primero para los trabajos y fatigas; y como buen Pastor que da la vida por sus ovejas, hacía suyas las penas, ansiedades y tribulaciones de sus súbditos. Tenía las cualidades de un verdadero Padre, que sin excasear el cariño y dulce trato, reprendía y castigaba los desvaríos y faltas de los hijos que no eran dóciles, persuadido de que la tolerancia con los culpables era crueldad para con los inocentes; y sobre todo, aterrado siempre con el pensamiento de la estrecha cuenta que tenía que dar á Dios, de sus negligencias y defectos y de los de sus súbditos, en el cumplimiento del deber.

Cual centinela de Israel andaba siempre solícito y vigilante, no sea que el enemigo común del hombre viniera á sembrar zizaña en el campo del buen Padre de familias. Así pues, redoblaba sus cuidados, daba santos consejos é inculcaba máximas muy acertadas para el aprovechamiento espiritual de sus súbditos, lográndoles en su frecuente trato con Dios luces de santas enseñanzas, incendios vivos de caridad y bienes innumerables de celestiales aciertos, siendo en todo un modesto, sabio, virtuoso y prudente Prelado, á quien los cargos más servían de embarazo, tortura y carga,

que de consuelo, satisfacción y dulzura, porque aborrecía el mandar y suspiraba siempre por obedecer, persuadido de que el obediente, comiendo, ayuna; durmiendo, vela; y holgando, trabaja.

Cuando era Maestro de Novicios, ocupábase muchas horas en instruirlos en las ceremonias de la Religión, en la modestia y compostura del hombre interior y exterior, en las penitencias y mortificaciones públicas que habían de hacer, en el aseo y limpieza que debían procurar en los templos y ornamentos sagrados, y en la comunicación con los demás Frailes y seglares; pero lo que más les inculcaba era el ejercicio continuo de la virtud y la práctica de la oración mental, que es la fragua donde se templan las almas que aspiran á la perfección, haciéndose espíritus fuertes y bien dispuestos.

En compañía de sus Novicios cogía la escoba, y barría la casa: la azada, y limpiaba los caminos de la huerta: el zacho, y escardaba las hortalizas: el fregón, y lavaba la loza. De vez en cuando se entretenía en coger flores y hacer ramilletes para adorno en los altares. Aficionóse tanto á estas ocupaciones, que de buena gana las continuara toda la vida, porque le parecía que á título de cumplir con las obligaciones de Maestro, hacía algunas obras virtuosas, que no podría practicar fuera de ese oficio, por huir la nota de singularidad. Necesitaba de él la Provincia para otros car-

gos, y así tuvo que abandonar esas ocupaciones que le eran tan gratas, sin dejar por eso de ser Religioso muy entregado á la práctica de las virtudes, como vamos á ver.



CAPÍTULO V.

SU PROFUNDA HUMILDAD.



UNQUE en el martirio se cifra toda virtud y santidad, puesto que esta no es otra cosa que el cumplimiento de la ley de Cristo, que se compendia en el único precepto de la caridad, y nadie puede tener mayor caridad que el que dá su vida por Dios; sin embargo, no esperó nuestro Santo á ser martirizado para practicar las virtudes en grado heróico y remontarse á la cumbre de la perfección, sino que toda su vida se fué ejercitando en ellas, empezando por la humildad.

Es esta virtud fundamento y guarda de todas las demás, y sin ella ninguna es maciza ni verdadera. Por eso cuando Dios quiere elevar á un alma á encumbrada santidad, dispónela primero cavando en ella un fundamento de humildad perfecta y profundísima, para levantar luego una fábrica admirable de encumbrada perfección.

Consiste la humildad en el conocimiento ver-

dadero de sí mismo, por el cual viendo el hombre su pequeñez, mejor dicho su nada, y conociendo que de sí propio no tiene más que miseria y pecados, no sólo no se estima en algo, sino que se desprecia á sí mismo, confesándose indigno de los divinos favores é incapaz de hacer cosa de provecho; y movido por el amor de la verdad, aunque agradecido no desconoce sus buenas prendas de naturaleza y gracia, con todo huye los honores y alabanzas que no le son debidos, atribuyéndoselo todo á Dios, que es el dador de todo don perfecto.

La humildad no sólo reside en el entendimiento declarándonos nuestra nonada y miseria, sino también y mayormente en el corazón, en la voluntad, regulando todos su afectos y aspiraciones. Por la primera conocemos que nada somos sin los auxilios divinos, y esto lo aprendemos de nosotros mismos, de nuestra propia flaqueza; por la segunda hollamos la gloria del mundo, sus pompas y vanidades, y esto nos lo enseña Aquel que se anadó á Sí mismo, tomando la forma de siervo siendo Dios, y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte afrentosa de cruz. Sentados estos breves preliminares, fácilmente comprendemos la profundísima humildad del santo Prado, no sólo cuando súbdito, sino también cuando superior.

Nuestro Santo era vilísimo à sus ojos, no viendo en sí más que miseria y pecados; y he aquí la

humildad de su entendimiento. Al partir para Marruecos le dijo un bienhechor que bien podía excusar aquellos trabajos, puesto que con los pasados tendría ya suficientemente ganado el cielo; á lo cual él contestó: *«Todo cuanto puedo padecer en Marruecos lo necesito, porque soy gran pecador.»* Y al hablarle de las grandes penalidades de los Misioneros entre infieles y de sus aterradores martirios, replicó: *«Importa poco que me carguen de palos, siendo un jumento; no merezco la dicha del martirio.»* Instábale el bienhechor que le diese alguna prenda suya como recuerdo y reliquia, y el Santo sonrojado con esta petición le contestó sumamente contristado: *«No tengo cosa que dar á V.; pero aunque la tuviera, no se la daría, porque soy un gran pecador.»*

Aquí tenemos al hombre que no ve en sí más que miseria y pecados: que reconoce su nada y se trata de jumento: que se confiesa merecedor de palos y castigos é indigno de la gracia del martirio. Esto mismo se le oirá repetir miles de veces en su viaje á Marruecos, en la cárcel, delante del Tirano, y siempre que oraba á Dios, ó se ofrecía ocasión de dar testimonio de sí mismo. Confesemos, pues, sin alegar otras pruebas, que tuvo gran humildad de entendimiento, y que estaba bien persuadido de su nada, pues como á tal se trataba y quería ser tratado; y sino, veamos cómo sentía su corazón.

Oír ó ver aprecio de su persona le fué siempre muy molesto, le angustiaba y ponía en tortura el alma; sólo amaba el desprecio, codiciaba las burlas, y escogía los oficios más bajos, porque su corazón ansiaba que le tuvieran por siervo inútil. Se avergonzaba y confundía cuando los seculares le distinguían en algo de los demás Religiosos á título de ancianidad, veneración, amistad, ó confianza. Sentía en extremo que en su presencia se hablara de su nobleza, teniéndole por Religioso distinguido y de esclarecido linaje; así es que oyendo tratar de esta materia, cambiaba de conversación ó se marchaba si podía, diciendo los circunstantes: *«¡Cómo le disgusta al Padre Juan que se hable de su nobleza.!»* Y en verdad que le disgustaba, porque todo lo había renunciado ya, como él á veces solía decir. En ocasiones solía replicar diciendo: *«Delante de Dios no hay distinción entre nobles y plebeyos, entre ricos y pobres; sólo la virtud es la que ennoblece y distingue á los mortales, porque lo demás todo es humo que se desvanece y hace peligrar las almas.»*

Cuando era ya anciano y estaba encanecido en los sagrados ministerios y cargos importantes, ocupábase con gran delicia de su alma, como ya llevo indicado, en los oficios más humildes de la cocina, de la huerta, y en otros parecidos trabajos. El lavaba la loza, barría la casa, traía á cuestras leña, tendía el estiércol en la huerta, escardaba la hor-

taliza, hacía de peón en las obras que tenían, y pedía limosna por los pueblos. Si alguno le llamaba la atención sobre estas voluntarias ocupaciones por ser anciano venerable, solía contestarle con suma sencillez: «Yo tengo genio para estas cosillas: nada hago ocupándome en ellas, pues puede hacerlas un cualquiera; y los demás están bien empleados.» Como si dijera: esto que yo hago no vale nada, y debe ocuparse en ello el que no sirve más que para pequeñísimas cosas como yo; los demás están bien ocupados en los asuntos de mayor importancia, porque todos son más que yo.

Como si esto fuera poco, cuando Prelado besaba frecuentemente los pies á sus súbditos y les pedía humildemente perdón de sus malos ejemplos. Siendo Guardián de Sevilla, llamó á un Novicio que se mostraba incorregible en sus faltas; y tendiéndose en el suelo, mandó al Novicio que le pisara la boca y le diera puntapiés, ganando con esta humillación al que no había podido reducir con ruegos, amonestaciones ni rigores. Innumerales fueron sus acciones humildes y edificantes, particularmente en rehuir honores, alabanzas, aprecio y cargos, en los que siempre entraba forzado por la obediencia y por negarse á sí mismo, tomando sobre sus hombros la cruz que el Señor le preparaba, como claramente se vió cuando le hicieron Provincial.

En el Capítulo celebrado en Brozas á 19 de Di-

ciembre de 1620, se determinó dividir la Provincia de S. Gabriel de Extremadura en dos, erigiendo de los conventos que esta tenía en Andalucía la de S. Diego, para la cual trataron de nombrar Provincial. Tocaba este nombramiento, por ser el primero que se hacía, al Ministro Gral. de la Orden, que era á la sazón Fr. Benigno de Génova, presidente del Capítulo. Se informó con toda diligencia de los Padres concurrentes, quien sería más á propósito para aquel oficio, advirtiéndolo á los informantes que el Religioso que le propusieran había de ser de tales cualidades cual convenía para el florecimiento de la nueva Provincia.

Todos convinieron en nuestro P. Fr. Juan, porque era Religioso experimentado en materias de gobierno, austero en su persona, celoso de la observancia regular, de trato afable y ciencia no común, y muy estimado en la ciudad de Sevilla, donde había sido ya dos veces Guardián en el convento de S. Diego; circunstancia esta muy atendible, por haberse interesado el Ayuntamiento de esta ciudad en la erección de la nueva Provincia.

Congregados todos los Vocales del Capítulo, el Padre General publicó la erección de la nueva Provincia de S. Diego de Andalucía por segregación de la de S. Gabriel de Extremadura, y el nombramiento de Provincial en la persona del Rdo. P. Prado.

Cuando el Santo, entonces actual Guardián de Badajoz, oyó la publicación de su nombramiento para Provincial, se levantó de su asiento repentinamente, é hincándose de rodillas pidió al General con la mayor naturalidad, instancia y abundancia de lágrimas, que por amor de Dios le hiciese la caridad de exonerarle del cargo y oficio para que le nombraba, por cuanto era inepto é indigno de él, y quien menos le merecía entre todos los Vocales.

«Otras renunciaciones de semejante oficio habíamos visto, dice el cronista Trinidad, los que nos hallamos presentes á este acto; pero ninguna hecha al parecer tan de veras y con tanta humildad como esta; y así acompañamos con lágrimas propias las que derramaba el santo Fr. Juan.»

El Ministro General le mandó que aceptase el cargo, y le impuso precepto de santa obediencia, para que no replicase ni hiciera más por exonerarse de él, porque no le atendería. Obedeció por no contravenir á la voluntad y mandato del Superior; y concluido el Capítulo, se partió á gobernar su Provincia.

Otras muchas demostraciones de rendimiento se vieron en el siervo de Dios, que convencían á los que en ellas reparaban, que su humildad no era en manera alguna fingida, sino verdadera y muy natural. Todo lo cual prueba con evidencia que su corazón se gobernaba dócilmente por su entendi-

miento, traduciendo espontáneamente en obras lo que su mente conocía.

Ahora bien; si es humilde el que se desprecia á sí mismo; si aun es más humilde el que no rehuye ser de otros despreciado y tenido en nada; si en fin, es humildísimo el que con ansia desea y busca los desprecios y se ocupa en cosas bajas, necesariamente tenemos que confesar que el Santo Fr. Juan tuvo la humildad en alto grado, y por eso le exaltó el Señor dándole el nombre de Beato, y poniéndole por modelo á esta soberbia generación, que tanto se ensalza sobre la arena de su nada, y que por lo mismo se vé profundamente humillada, porque el Señor continuamente la resiste á causa de su necia presunción.



CAPÍTULO VI.

SU FÉ Y CELO POR PROPAGARLA.



SIENDO la fé el principio de la humana salud, la raiz y fundamento de toda justificación, claro es que el verdadero discípulo de Cristo tiene que de ella vivir, de modo que pueda decir con el Apóstol: «Vivo yo, más no yo; sino que es Cristo quien vive en mí.» Jesús vive en los entendimientos y corazones que están empapados en sus máximas y afectos: en el hombre que profesa su celestial doctrina y regula su vida, pública y privada, por las divinas enseñanzas. Este es el verdadero creyente y el fiel discípulo de Jesucristo, según el dicho de S. Agustín: «Aquel verdaderamente cree, que obra conforme á sus creencias.»

Vivir, pues vida de fé, que es la vida, propia del justo, es mirar todos los objetos naturales y sobrenaturales á la luz de la doctrina revelada y gobernarse por ella en todas las empresas, afectos y aspiraciones, apreciando las cosas, no por lo que juz-

ga la pálida luz de la razón, sino por lo que nos enseña la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; esta es el norte seguro para no errar en el tempestuoso mar de este mundo, cubierto de densísimas tinieblas, que impiden atinar con el camino del cielo, sino se está firme en la fé. Las palabras, y principalmente las obras, han de ser el termómetro por donde midamos la que cada uno tiene, puesto que en el interior del hombre no podemos penetrar más que por lo que diga ó haga; de la abundancia del corazón habla la lengua, y del corazón sale todo lo bueno ó malo que se practica. Esta regla ha de servirnos para apreciar la fé del ilustre Juan de Prado.

Desde luego empezó á guiarse por esta luz soberana é infalible, y á conformar con ella sus prácticas, porque comprendió que era el único medio para ir acertado en todo. Por ella conoció bien pronto que había venido al mundo para hacer la voluntad del Señor, que le sacó de la nada para que se santificase y salvase; y de aquí que en su juventud sólo piensa en el cumplimiento del deber y en el ejercicio de la piedad, sin dejarse arrastrar de las corrientes mundanas, ni de las travesuras, diversiones y extravíos de jóven, siendo una milagrosa excepción de la regla general, porque un mozo virtuoso y temeroso de Dios es en verdad un milagro de la tierra; desde sus primeros años temió al Señor, y procuró á todo trance huir del

pecado y de sus múltiples ocasiones, porque sólo pensaba y aspiraba á realizar su fin, á salvarse, costárale lo que le costase.

Se fija después en las vanidades y engaños del mundo: ve que sus placeres son amarguras, sus riquezas lodo y lazos, y sus honores humo que en breve se desvanece: comprende que todos los bienes terrenos no merecen el nombre de tales, puesto que ordinariamente dañan; y vuela á toda prisa, cual cándida paloma que no quiere manchar sus piés en el lozadal del mundo, á la soledad de la Religión Seráfica. Aquí es donde embraza, animoso y con todo empeño, el escudo de la fé y consigue mil victorias á favor de la causa católica.

Se instruye cuanto puede en la doctrina revelada, guiado por las enseñanzas de la Iglesia: entérase de sus sublimes dogmas: considera á fondo las eternas verdades: ve, con gran sentimiento de su alma, las tinieblas que ofuscan al mundo y su obligación, como sacerdote, de mirar por sus prójimos; y armándose con el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, empieza la defensa, propagación y exaltación de la santa fé católica, sembrando con abundancia la divina palabra en sermones, pláticas y catequesis, y recogiendo admirables y copiosísimos frutos.

A fin de lucrar, cuanto le fuera posible, con los talentos que el Señor le confió para enaltecer la

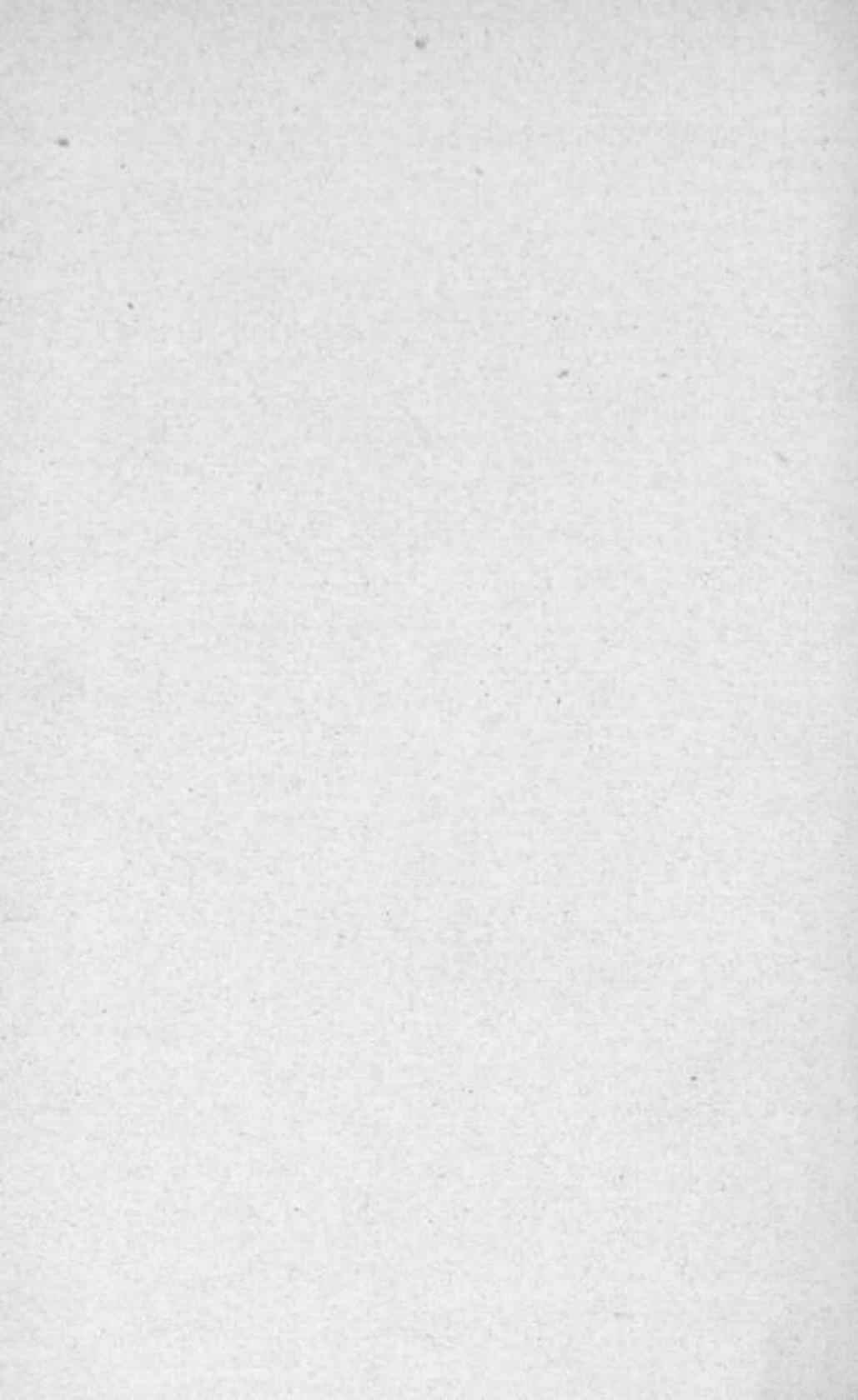
fé, y temiendo la reprehensión del gran Padre de familias si le veía algún rato ocioso en la plaza de este mundo; cuando se retiraba de sus tareas apostólicas, se entregaba con todas sus fuerzas al estudio y oración, de donde salía con nuevos bríos para tratar con gran fruto la causa cristiana. La fé podemos decir era el todo de sus ocupaciones diarias, unas veces instruyéndose en ella, otras, meditando sus verdades, y muchas enseñándosela á los demás; su vida, como se ve, era completamente de fé.

Como justo que sólo fé respiraba, siempre anheló dar un testimonio evidentiísimo de sus creencias católicas, y nunca había podido lograrlo. Llegó al fin esa hora feliz y por él tan deseada, aunque fuera á costa de su propia vida, de propagar la fé de Cristo entre infieles mahometanos, y con todas las licencias necesarias se embarca para Marruecos en alas de su celo verdaderamente apostólico. Es indecible el mucho bien que allí hizo en el poco tiempo que estuvo dilatando el Reinado de Jesucristo. Viendo el Rey Moro que con este laborioso é infatigable operario ganaba admirablemente la causa del Crucificado, y perdía por momentos la de su Profeta Mahoma, no pudo ya sufrirle por más tiempo; y bramando de cólera, mandó ponerle en la cárcel y atormentarle cruelmente, hasta que renunciara á Cristo y se hiciese mahometano, prometiéndole muchos honores y ri-

quezas si lo hacía.

En vano se le atormentó, é inútil fué hacerle tales promesas; el Santo apreciaba más su fé, que todos los bienes del mundo y de cien mundos que hubiera. Le amenazó el Tirano con la muerte, y el bendito Padre se ofreció gustoso á ella, sellando con su sangre su profesión de cristiano, y mereciendo ser víctima de su fé, cosa por él vivamente deseada.

Esta es una prueba clarísima y un testimonio irrecusable de su fé viva á inquebrantable; pues por sus predicaciones y creencias fué objeto de las iras de un endemoniado y cruelísimo Tirano, que no pudo resistir que anunciara el Evangelio á los moros y les echara en cara los engaños y embustes con que los tenía alucinados Mahoma, haciéndole sufrir por esto la cárcel, las cadenas, los azotes y hasta la misma muerte, ya que no quería volverse moro, como varias veces le propuso. Más el Santo despreciando las propuestas y aceptando alegre los tormentos á que le sometía, estuvo siempre firme en la fé hasta que rindió su vida. Así correspondió con Cristo que dió su vida por él, y le enseñó la celestial doctrina que predicaba y defendía. ¡Feliz mil veces el invicto Juan de Prado, á quien su fé dió la palma del martirio y una corona de gloria!





CAPÍTULO VII.

SU ESPERANZA.



UNA fé que no pudieron quebrantar los más crueles tormentos ni aun la misma muerte, ni entibiar siquiera por un momento las promesas más halagüeñas de honores, placeres y riquezas, unía el santo Prado un esperanza firmísima, que era el áncora de su alma cuando soplaban los vientos de la tribulación, amenazando sumergirle en el mar tempestuoso de este miserable mundo.

Estaba plenamente convencido de que todos los bienes terrenos eran incapaces de satisfacer los deseos que sentía su corazón, y había descubierto por la fé la hermosura de Dios, las delicias inefables de su gloria y su eterna duración. Este conocimiento y convicción le movieron á renunciar para siempre los efímeros bienes que el mundo le prometía sepultándose en la oscuridad de un claustro, y á buscar exclusivamente el Supremo Bien que había de hacer su dicha por toda la eternidad,

proponiéndosele como único fin de todos sus pensamientos, deseos, palabras y obras. Desde este momento se lanza decidido á recorrer el camino de la perfección procurando agradar á Dios y hacer su santísima voluntad en todas las cosas: busca con ansia la mayor gloria de su amado Jesús: remonta su vuelo á las esferas celestiales, y allí, absorto en la contemplación de la Verdad increada y de la infinita Bondad, como que se liquida su corazón con el objeto inefable de sus amores y de su consoladora esperanza. ¡Qué bueno, diría, qué hermosísimo y amable es Dios, aún visto como en espejo y bajo imágenes oscuras! ¿Qué será cuando le conozca con toda claridad, le vea cara á cara, y le posea plenamente?

¡Poseer á Dios sin temor de perderle nunca! Este pensamiento le sacaba fuera de sí, le animaba en el servicio divino, le daba fuerzas para desear y emprender cosas mayores en obsequio de su Amado, y era su sostén en los trabajos y miserias, considerando que las aflicciones breves y ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, no siendo merecedores nuestros sufrimientos, por grandes que sean, del premio que nos está reservado. Yo seré tu recompensa sobremanera grande, oía que le decía el Señor; y al eco de esta voz encantadora y misteriosa, quisiera tener mil vidas para dedicarlas al servicio de su Dios, y otros tantos cuer-

pos que sujetar á las más duras penitencias para expiar sus faltas y todas las ofensas contra la Divina Majestad. La esperanza de gozar de Dios en la eternidad era la espuela que le avivaba continuamente para no darse tregua ni reposo en obrar el bien, y el escudo con que se protegía en los sinsabores de la vida.

Hallábase una vez enfermo en el convento del Puerto de Santa María; y al darle una untura su secretario, descubrió un crucifijo de acero con treinta y tres puntas, que el Santo traía al pecho. Pasmado de tanto rigor en varón de vida tan ajustada como era el P. Prado, hubo de reprenderle con pretéxto de que así se quitaba la vida; mas el bendito Padre le contestó: *¡Ay hijo mio! ¡Y lo que vale el cielo! ¡Con tanto como podemos hacer, nada hacemos para alcanzarle!* Bien claro se vé por estas palabras, y por otras que pudiéramos citar, la alta estima que hacía del Sumo Bien, lo mucho que anhelaba su posesión, y las ansias que tenía de hacer todavía mucho más para alcanzarle. Esta propensión y tendencia hácia el Amado de su alma le hizo desear vehementemente el martirio, que al fin vino á lograr esperando contra toda esperanza, como veremos después.

La esperanza podemos asegurar que era la columna firmísima en que se sustentaba todo el edificio espiritual de nuestro Santo, pues en ella hallamos el por qué de su vida religiosa, de sus

asombrosas penitencias, de sus acciones virtuosas y de esa extraordinaria actividad en los sagrados ministerios. Poniendo estos medios, que son á no dudarlo del agrado de Dios, con fundamento podía esperar que algún día sería recibido en los eternos tabernáculos. Esta es la esperanza del justo: ni yo solo, ni la gracia de Dios sola; sino la gracia divina conmigo ha de obrar mi salvación. Esperar que Dios lo haga todo en el negocio de nuestra alma, es una gran temeridad, pues es querer salvarse sin obras; pero aspirar á hacerlo nosotros todo, es una loca presunción, porque ni aún decir *Jesús* podemos de una manera saludable sin la gracia sobrenatural, que á nadie niega el Señor si hace lo que está de su parte, como lo hacía el santo Prado.



CAPÍTULO VIII.

SU CARIDAD.



ABIDO es que el primero y principal de los preceptos divinos, y pudiera decirse que el único, es amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Cómo cumplió nuestro Santo este precepto nos lo demuestran sobradamente sesenta y ocho años de vida, pasados sirviendo á Dios en las avanzadas de la Santa Iglesia Católica, predicando y extendiendo el reinado de Jesucristo y haciendo bien por dondequiera que pasaba.

En todo respiraba incendios de caridad y por Dios se desvivía, sin dejar para mañana el bien que hoy podía practicar. Sus obras eran todas obsequios á Dios, y sus sermones y pláticas se endeizaban á darle á conocer entre los hombres y á hacerle amar; prueba evidente de que su corazón estaba saturado de amor divino y de que en el secreto de su alma ardía siempre una lámpara consagrada á la Divina Majestad. Con sólo hablarle

de Dios, de la gloria, de convertir pecadores, de salvar almas y del martirio se ponía extático, despidiendo su rostro á veces muchísimos resplandores.

La devoción y reverencia con que ejercía los santos ministerios: el respeto y veneración que tenía á todo lo santo: y la compostura y recogimiento en las funciones religiosas prueban lo mucho que deseaba agradar á Dios y el fino amor que le profesaba. Su celo por la causa de Cristo, sus continuos trabajos apostólicos y su muerte en defensa de la fé son otros tantos testigos que deponen en su favor, confirmando que nadie puede dar mayor testimonio de amor á Dios, que el que dió nuestro ínclito Mártir; de lleno está comprendido en la sentencia evangélica que dice: «Ninguno tiene mayor caridad, que aquel que da su vida por otro.»

La mayor prueba de amor es perder el más excelente y estimable bien en obsequio del amado. Ningún bien temporal hay tan apreciable y valioso como la vida; y todo cuanto el hombre tenga lo renunciará de buena gana á trueque de conservarla, porque perdida la vida, de nada y para nada le sirven los demás bienes temporales, que á ella se ordenan. Al despreciar, pues, uno su vida en obsequio de otro, sacrifícale no solo su persona, sino cuantos bienes tenga, pues de todos se desprende, no pudiendo por tanto nadie hacerle mayor sacri-

ficio. Tal fué el amor de nuestro Santo para con su Dios y Señor, pudiendo reasumirse en estas sencillísimas palabras: *Murió por Dios.*

Pero ¡y qué muerte tan atroz! ¡qué prolongado martirio, y qué torturas antes de él! Sin duda amaba mucho á Jesús, pues quiso hacerle tan semejante á Sí mismo en su dolorosa pasión. Fué escupido, dado de bofetadas, amarrado á una columna, azotado, herido con saetas y piedras, y por fin arrojado en una hoguera, habiéndole abierto antes la cabeza con un alfanje. Espiró á eso de las tres de la tarde, y precisamente con las palabras del Salvador en su boca: *En tus manos, Señor, pongo mi espíritu.* Aquí podemos aprender á amar á Dios todos los que somos de carne tan delicada, que el menor sacrificio nos asusta, queriendo salvarnos dulce y cómodamente. No, no nos olvidemos de que, si amor con amor se paga, á todo debemos estar dispuestos por amor de Jesucristo, en vista de haber El derramado su preciosísima sangre por redimirnos.

Como la caridad para con Dios es el incentivo para amar al prójimo, nuestro Santo se hacía todo de todos socorriéndoles en cuantas necesidades podía. Por sus almas oraba con gemidos y lágrimas inenarrables, pidiendo al Señor con mucha instancia su salvación y trabajando cuanto podía por conseguírsela, sin perdonar trabajo ni sacrificio; y en lo temporal les atendía en lo que de su

parte estaba, siendo consuelo para el afligido y remedio en muchas de sus necesidades, porque la caridad es muy ingeniosa.

Era tan compasivo, que hacía suyos los trabajos y penas de sus prójimos; y tan enemigo de molestar ni afligir á nadie, que cuando como Superior tenía que corregir ó castigar, lloraba amargamente al ejecutarlo. Visitaba los hospitales y cárceles prodigando á todos servicios y favores de consuelo, y haciéndose enfermo con los enfermos y preso con los encarcelados. Cuando era Superior, hacía muchas veces las camas de sus Hermanos enfermos; daba las medicinas, barría la enfermería, y estaba al cuidado de que nada les faltase. Siendo anciano le hicieron una túnica para que se preservase del frío; pero viendo luego á un Religioso con la suya rota, se la dió con la mayor satisfacción y alegría.

En fin, puestos los ojos en Jesús crucificado por amor al hombre, se olvidaba de sí mismo y se entregaba de lleno á las obras de caridad por imitar en lo posible, á su Divino Maestro, estando poco satisfecho el día que no había abundancia de ellas. Estos son los verdaderos discípulos de Cristo y los que de El alcanzan grandes misericordias, porque saben ejercer las obras de caridad con todos sus hermanos en el Señor.



CAPÍTULO IX.

SU ABNEGACIÓN Y PENITENCIA.



ONDE está el tesoro del hombre, allí tiene su corazón; de modo que si ama los bienes caducos del mundo tras ellos correrá ansioso y en ellos se engolfará, prescindiendo de Dios y de los bienes espirituales, puesto que es imposible servir á dos señores que quieren cosas contrarias. Por eso aquel que de veras desea servir á Dios, debe renunciar al mundo y á todo cuanto en él hay; de otro modo no puede ser discípulo de Cristo. Así lo comprendió y puso en práctica el Beato Juan de Prado.

Lo primero á que renunció fué el pecado, separándose de todas sus ocasiones próximas y entregándose de lleno á la santificación de su alma. Ya desde jóven se le ve retirado de las diversiones y pasatiempos mundanos, y ocupado en prácticas piadosas siempre que se lo permitían sus deberes de estudiante, no sabiendo otros lugares de estancia más que su casa y las iglesias.

Como los bienes terrenos, los deseos y solicitudes del siglo suelen ser ocasión de muchos pecados y red que el demonio tiende para cazar á innumerables almas, se apresuró á dejar también todos esos cuidados y vanas aspiraciones, para seguir desnudo á Jesucristo. A este fin renunció á su patria, parientes y amigos, á todas las riquezas, honores y comodidades con que le brindaba el mundo, y se hizo pobre de Cristo, para obtener el ciento por uno acá en otra clase de bienes, y después la vida eterna, pues de los pobres es el reino de los cielos.

Quiso seguir más de cerca á Jesús, que en todo hacía la voluntad de Dios Padre, y para ello se negó á sí mismo, haciendo voto de obediencia en la Orden de los Menores Observantes, y sometíendose para siempre á la voluntad de sus legítimos Superiores. Con esto completó su pobreza voluntaria, puesto que todo se entregó al Señor, al hacerle el sacrificio de su misma persona. Total abnegación es no reservarse nada, ni aun la propia voluntad, y de esta se desprendió en el acto de su profesión religiosa, obligándose á lo que de él dispusiera la Orden.

Para conservarse en estos santos propósitos y guardar con perfección sus votos, usaba de austeras penitencias con que rendía su carne al espíritu y este completamente á Dios; que era otra especie de abnegación de aquello que aun podía

á veces usar, sin faltar á la Regla que había prometido guardar.

Siempre anduvo á pié descalzo, con la cabeza descubierta, y con un hábito pobre y áspero. En la Cuaresma y Adviento comía yerbas cocidas; y en las vigiliás, témporas, viernes, sábados y vísperas de los Apóstoles y Santos de su devoción ayunaba á pan y agua. Observaba las Cuaresmas de los benditos, del Espíritu Santo, de la Anunciación y de S. Miguel á imitación del Patriarca Seráfico. En este tiempo sazónaba la comida con ceniza, y nunca usó de vino hasta su ancianidad, y entonces én pequeña cantidad y mezclándolo con agua. Dormía muy pocas horas y su cama eran dos tablas ó una corcha.

A estas austeridades capaces de quebrantar el más robusto cuerpo, añadía frecuentes disciplinas de sangre, que horrorizaban á cuantos las oían. Aun en los días de cárcel, antes de su martirio, después de cansado de moler pólvora con un mazo de 15 libras y debilitado con los golpes y palos que le daban, tenía su acostumbrada disciplina con el mismo rigor que cuando estaba en su convento.

Usaba alternativamente de rígidos cilicios: uno de tallo en el pecho, otro de malla, en forma de almilla, en el pecho y espalda, y otro de puntas de carda, variándolos para mayor penalidad. Pero su más estimado cilicio era un crucifijo de acero,

con treinta y tres puntas, que pendiente de una cadenita traía siempre pegado al pecho, siendo un sobrepuesto cilicio su continuo ceñidor. Con todos estos instrumentos de dolor regalaba diariamente á su cuerpo; así es que su carne estaba en perpétua servidumbre y sin bríos para sobreponerse al espíritu. Sus penitencias fueron sin duda extraordinarias y dignas de grandes admiraciones: de este modo se iba ensayando para hacer á Dios el holocausto de su vida.



CAPÍTULO X.

SU RESIGNACIÓN Y PACIENCIA.



ER perfecto y elevarse á alto grado de santidad sin que la resignación y paciencia se ejerciten frecuentemente, es cosa que no se da ni puede darse, porque la tribulación es el camino del cielo; el que quiera, pues, entregarse al servicio de Dios, que prepare su alma para la tentación, porque el Señor acepta, sí, el oro de nuestros obsequios, pero es después de bien probado en el crisol de la paciencia. Tuvo en nuestro Santo esta virtud dilatadísimo campo de ejercicio en calumnias, enfermedades, trabajos, contradicciones, caminos, penitencias y gobiernos.

Hubo de sufrir varias calumnias y fuertes contradicciones en el trascurso de su vida, sucediéndose á la calma la borrasca, á la luz con que brillaba las sombras que parecían oscurecerle, y á las dulzuras y consuelos con que le regalaba Jesús las tristezas y amarguras que le causaban sus enemigos. No le faltó á este justo David un maldiciente

Semei, que le arrojara á la cara el lodo de la inmundicia y tratara de empañar su alta reputación con la baba asquerosa de la calumnia, logrando con informes siniestros que le depusieran de los cargos.

Todas sus pruebas fueron como un amago compadaras con una horrorosa calumnia que contra su pureza, después de cesar en el Provincialato, forjó la más impía y diabólica malignidad. Corrió mucho peligro el mérito y crédito de nuestro Santo entre las rotundas afirmaciones de parte de unos, y las dudas y sospechas de parte de otros; solo los sensatos, que suelen ser muy pocos en tales ocasiones, vindicaban su honor y reputación, y le tenían compasión y lástima. Apesar de tan duro golpe, el pacientísimo Job consideraba como gran misericordia, de que se creía indigno, aquella terrible prueba á que estaba sometido. Si alguno le ponderaba lo sensible y disforme de la calumnia, solía responderle: *«Estas injurias graves y de peso son las que hemos de perdonar por Dios; que en lo demás poco ó nada se le ofrece.»* Muda estuvo su lengua para la defensa, y su corazón dulce y compasivo para con los calumniadores. Esto no obstante, sentía en el alma las consecuencias de la deshonra para sus Hermamos. *No siento mi deshonra, decía, porque si es la voluntad de Dios que yo padezca, hágase su santa voluntad; la pena y sentimiento que tengo es que siendo yo Padre*

de esta Provincia, se me imputen (aunque falsamente) culpas que desacrediten nuestro santo hábito y sean ocasión de escándalo y de caídas espirituales para alguno.

Cuando más recia era la borrasca y más bramaban las olas soberbias de la calumnia amenazando sumergirle, entonces era mayor su resignación y paciencia sometiéndose de lleno á lo que fuera del agrado del Señor y mereciendo grandes favores de la Divina Bondad, pues delante de un Religioso que fué á compadecer sus penas se quedó extático contemplando la hermosura y magnificencia de la bóveda celeste. Por este mismo tiempo le vieron en la iglesia del convento de Arahal, día del Santo Patriarca S. Francisco, coronado de dos bellísimas azucenas de extraordinaria fragancia que daban testimonio de su immaculada pureza; constando después evidentemente, por averiguaciones que hizo el Prelado, la inocencia del Siervo de Dios y la grosera y vil calumnia de sus infames enemigos, que confesos y arrepentidos de su maldad fueron generosamente perdonados por el Santo, esmaltando de este modo su admirable resignación y paciencia con la perla preciosísima de la más sublime caridad.

Pero donde más paciente y resignado se le ve, es en los trabajos, burlas, malos tratamientos é insultos que precedieron y acompañaron á su prolongado martirio. Ni un *ay* se escapa de sus lá-

bios, sino que acepta, hasta con acción de gracias, los tormentos á que le someten en odio á la fé de Jesucristo, porque los tiene por inestimables favores venidos de la mano del Señor.

Y como de lo que abunda el corazón habla la lengua, no se cansaba de recomendar á sus compañeros la paciencia en los sufrimientos, á fin de no malograr ocasiones tan propicias para merecer, pues tormentos, y no comodidades, habían ido buscando á Marruecos; y aquellas penillas que molestaban al cuerpo, sufridas por Cristo, eran piedras preciosas que Dios engastaba en el alma. Por eso á cada tormento que les añadían, se le oye exclamar con gran ternura: *Gracias, Dios mio; ahora veo que de veras nos amais*. Sea el Señor mil veces bendito por haber dado á nuestro Santo una paciencia tan grande, que llenó de admiración á los moros.



CAPÍTULO XI.

SUS DEVOCIONES FAVORITAS.



UNA de las devociones por que demostraba el Santo gran predilección, era la de la Madre de las misericordias, la Seberana Virgen María, á quien tributaba tiernos y cordialísimos obsequios como á Madre y Reina suya. Ayunaba las vigiliás de sus festividades á pan y agua, añadiendo sangrientas disciplinas: rezaba su corona y oficio todos los días, sin dispensarse de ello en los viajes, trabajos, cansancio y demás ocupaciones: inculcaba con fervor é instancia su devoción, ponderaba su soberanía y patrocinio, hablaba entusiasmado de sus glorias y privilegios, y se esmeraba muchísimo en celebrar con la mayor solemnidad posible todas sus festividades. Una Madre como María; una Emperatriz de tanta bondad, poder y valimiento en la presencia de Dios; la Mujer bendita entre todas las mujeres y llena de todas las gracias; la Consoladora de los afligidos y Auxilio de los cristianos; la Reina de

las Vírgenes, Confesores y Mártires....; ¡ah! todo eso y mucho más merecía, porque es la obra soberana del Altísimo, superior á todo lo que no es Dios; así que con tal de que no se la haga Dios, ni se le atribuya nada de lo que es propio de Dios, débese todo homenaje, toda grandeza, toda gloria, todo honor, toda virtud, todo encomio y toda devoción á la augusta Madre de Dios y Madre de los hombres.

Pero su devoción más favorita era la del Santísimo Sacramento. Celebraba el Santo Sacrificio del Altar con sumo recogimiento y veneración, moviendo á compunción á los oyentes y encendiéndoles en el amor de tan soberano Misterio. Predicaba en sus festividades tan movido y elocuente, que eran copiosísimos los frutos de afecto y veneración que recogía, introduciendo la frecuencia de Sacramentos y aumentando sobremedida la asistencia á sus funciones y las visitas al Santísimo. Plantaba flores y hacía con ellas ramilletes, ofreciéndoselas en sus más solemnes festividades y en otras ocasiones durante el año, principalmente cuando había *Exposición*. Aun siendo anciano asistía á sus procesiones; y no se daba por contento si en ellas no le dejaban llevar el incensario, sirviendo y obsequiando bien de cerca al Supremo Señor de todo lo criado, al Amado de su alma é imán de los corazones, como él solía llamarle.

Gustaba mucho de acompañar al Señor cuando se llevaba á los enfermos, y de que los demás hicieran lo mismo, verificándose á veces maravillas en estos casos. Siendo Prelado en Arahall, fué á confesar á un enfermo, y acabada la confesión, llegó el Santísimo. Era el aposento oscuro, y por la gran pobreza de la casa solo había dos velas encendidas: entró la Divina Majestad, y el Santo la adoró con tanto rendimiento y amor, que despidiendo una intensísima claridad, iluminó todo el aposento, dejando atónitos á todos los circunstantes. Iba otra vez por la plaza de la referida villa, en ocasión que muchos principales vecinos estaban allí cortejando á un personaje, al tiempo que llegaba el Santísimo con muy corto acompañamiento. Enardecióse el Santo y prorrumpió en quejas amorosas del poco aprecio y consideración que le tenían los hombres, después de haber muerto por ellos; con lo cual movidos los cortejantes, dejaron su tertulia y acompañaron al Señor, soliendo decir después cuando oían tocar al mismo objeto: *Vamos, no venga el P. Prado.*

En todos los actos del culto se señalaba por su gran fervor, recogimiento, compostura y reverencia: rezaba el Oficio Divino, celebraba la Santa Misa y hacía las ceremonias sagradas con suma veneración y exactitud, procurando el mayor aseo posible en las iglesias, altares y vestiduras, y excitando el celo de los demás para que cuidaran de

hacer lo mismo. El se ocupaba hasta de hacer lo más mínimo en lo referente á la iglesia y al culto, y se gozaba muchísimo de que todas las funciones religiosas se hicieran con esplendor y hubiese gran concurrencia de fieles que alabasen al Señor.

Tenía una tierna devoción á su Seráfico Padre S. Francisco, cuyas virtudes emulaba continuamente; y á S. Antonio de Pádua, á quien consideraba como una lumbrera de su Orden. Todos los días le rezaba el Responsorio, pidiéndole que dirigiera sus pasos á mayor gloria de Dios y que le amparase en toda necesidad. No se olvidaba tampoco del Arcángel S. Miguel, consagrándole una cuaresma de ayunos, para que como príncipe de la celestial milicia le defendiera de los asaltos del dragón infernal y le adiestrase en pelear la batallas del Señor.



CAPÍTULO XII.

EXACTO CUMPLIMIENTO DE SUS VOTOS.

DEL hombre fiel y sincero es cumplir lo prometido, y del Religioso perfecto observar puntual y exactamente los votos que en su profesión emitió. Llenaba alegremente nuestro Santo los deberes religiosos señalados en la Regla y Constituciones Seráficas, y procuraba solícito que nadie le aventajara en la observancia de sus votos, entendiendo que su mayor perfección estaba en el exacto y minucioso cumplimiento de las obligaciones del estado á que había sido llamado.

Atento siempre á los preceptos, consejos é insinuaciones de su Santo Padre, que tanto recomendó la pobreza como firme fundamento de la fábrica seráfica y timbre inmortal de sus mayores glorias, se propuso no faltarle en un ápice, antes bien llevarla á debido cumplimiento con proverbial estrechez, como se ha dicho ya hablando de la pobreza de su cama, hábito y alimentos.

Una cruz de madera, una insignificante estampa de papel, una mesita muy ordinaria, un pequeño taburete y la santa Biblia eran todo el ajuar de su modesta y reducida celda. Jamás admitía cosa para la vida que no la reclamase con urgencia la necesidad, y se dieron casos, siendo Prelado, en que rechazó las limosnas por no necesitarlas en el día; á tanto llegaba su escrupulosidad y la estrechísima observancia del voto de pobreza. Experimentaba gran complacencia en que llegara la hora de comer y no tuvieran con qué alimentarse, ó excaseáran los alimentos. Cuando viajaba por los pueblos, nunca pedía limosna hasta que era la hora de refección, y entonces deseaba que le tratasen en todo como á verdadero pobre.

Varias veces se dignó el Señor demostrar con prodigios lo grata que le era la desnudez de espíritu de su Siervo y premiar los sacrificios que en esto hacía. Siendo Guardián de Sevilla, se vió acometido de una grave enfermedad y con total inapetencia, no sabiendo los enfermeros qué alimentos proporcionarle que pudiera apetecer. Una noche, cuando mayor era el decaimiento de fuerzas, instado por los Religiosos dijo que comería de buena gana un menudillo de gallina si lo hubiera. En el convento por supuesto no había gallinas ni era hora de buscarlas fuera, pero el enfermo aseguró que Dios remediaría la necesidad, como así sucedió. Fueron al coro á rezar el Oficio de

Nuestra Señora, y debajo de una silla hallaron una gallina muy lucida, que entre el contento, alabanzas y admiraciones de los circunstantes dió como por milagro salud al Santo enfermo. En esta materia fueron muchos los portentos que obró el cielo, mandándole socorros cuando le veía apurado, en premio de su firme confianza en la providencia divina. Mas adelante relataremos otro caso prodigioso en su viaje de Marruecos.

Fué igualmente amantísimo de la castidad, tesoro inestimable que él guardaba con sumo cuidado y muchísima prudencia, logrando no verla nunca empañada. Para que no diera coces el jumento, como llamaba á su cuerpo, no excaseaba vigiliás, espinas, rigores y oraciones: huía del mundo y amaba la soledad: guardaba con cautela sus sentidos, en particular la vista: en el trato era breve, modesto y cauto; y procuraba evitar todo lo que aun remotamente pudiera ser regalo é incentivo de la carne. Tanto temía su rebelión, que la castigaba sin piedad hasta verla reducida á servidumbre por medio de sangrientas disciplinas y con muchos y rigurosos ayunos y cilicios. De este modo vivió en continencia hasta la muerte, conservando su pureza como la rosa entre espinas y sin descuidarse jamás de pedirla á Dios, que es el único que puede darla.

En la obediencia no fué menos observante. Tanto le gustaba obedecer y tan seguro se creía es-

tando á órdenes de otro, que aun siendo Prelado se sometía á la voluntad del compañero, si estaban fuera del convento. Nunca hizo reparo en lo que se le mandaba por pesado y arduo que fuera. Veía á Dios en el superior que le mandaba; y como el Señor no ordena imposibles, todo lo reputaba factible, volando á ejecutarlo cuanto antes. Las Prelacias le servían de tormento, porque le privaban del gusto de obedecer y temía extravíarse fácilmente, si la obediencia no le llevaba de la mano; pero aun entonces se daba traza de obrar á beneplácito de otros, teniendo mayor mérito su humildad. ¡Cuánto hace un espíritu verdaderamente humilde y que á todo trance desea servir á Dios y salvarse! Para él no había dificultades, humillaciones, deshonras, trabajos ni etiquetas y exigencias humanas; así es como debe militar bajo la bandera de Cristo, que vino á servir y no á ser servido, y se humilló haciéndose obediente hasta la muerte.



CAPÍTULO XIII.

ORACIÓN Y ÉXTASIS.



EN el retiro de la oración se forman las grandes almas, y del trato frecuente y comunicación con Dios provienen los medros del espíritu, los dones y favores espirituales. De este tesoro divino con que se compran todas las gracias celestiales fué tan avariento nuestro Santo, que todos los instantes de la vida religiosa pudiera decirse que fueron una continua oración, midiéndose sus afectos y plegarias por las palpitaciones de su amante corazón.

Que siempre andaba en la presencia de Dios, aun en las conversaciones y demás negocios exteriores, lo demostraban claramente los incendios de su rostro y los profundos suspiros que de vez en cuando se le escapaban. Además de las horas de oración que tenía cuando los demás Religiosos, solía también entregarse á tan santa ocupación desde Maitines, (á media noche) á Prima, unas veces de rodillas, otras postrado, y muchas con

los brazos en cruz. Con tanto fervor oraba, que frecuentemente se elevaba del suelo, manteniéndose largos ratos en el aire. Muchas veces fué visto en prodigiosos éxtasis, elevado en el aire, lleno de resplandores y todo absorto en la contemplación de la Divina Belleza, que era el centro de su amor y lo único que hacía las delicias de su alma.

Así le sucedió en la huerta del convento de Cádiz. De la hermosura de las flores se elevó á la contemplación de la de su Soberano Autor; y fué tan grande la llama que se encendió en su tierno corazón, que se quedó extático y rodeado de un globo de luz, que no permitía distinguir sus facciones. Estando esperando á que un amigo suyo, Notario de la misma Ciudad, concluyera un despacho, cuando se le fué á entregar le halló elevado á lo más alto del aposento. En la iglesia del convento de Arahal, en la solemnidad del Santísimo Sacramento, se le vió bañado de luz y coronado de purpúreas rosas. En Cañete de las Torres apareció con diadema de oro sobre su cabeza, y lo mismo ocurrió en otros puntos.

Tan frecuentes eran sus raptos, que ya no llamaban la atención de las personas que le conocían, soliendo decir cuando no los contemplaban: *Hoy el Padre Prado ha estado muy sosegado; todo lo ha guardado para sí.* A veces para contemplarle inmediatamente extasiado, no había más que hablarle de Dios, de su atributos y perfeccio-

nes, ó de las delicias de la Gloria; mucho más si se le dejaba solo, ó pasaban algunos minutos en silencio. A tal estado le condujo la oración y el trato continuo con Dios; esta es la fragua donde se forjan espíritus amantes y celestiales, que abstraídos completamente de las cosas de la tierra, se levantan con suma facilidad á la consideración de las del cielo, viviendo más vida de ángeles que de hombres.



CAPÍTULO XIV.

OTROS DONES SOBRENATURALES.

MUCHÍSIMAS veces demostró el santo Prado que el Señor le había dotado de espíritu profético, conociendo las cosas ocultas y futuros contingentes. Ni la distancia de lugar y tiempo, ni los profundos senos del humano corazón, ni las más absolutas reservas y secretos impedían la certeza y seguridad con que él predecía las cosas, cumpliéndose al pié de la letra todas sus afirmaciones.

En Arahal predijo á doña Juana Ibáñez, intranquila por estar ya en días de parto y no presentarse indicios, que á la aurora del siguiente día, que era de S. Bernardino, daría á luz con toda felicidad un hermoso niño, que sería Religioso de gran virtud y ciencia en su provincia, y llevaría el nombre de tan gran Santo; como en efecto así fué. Otro tanto vaticinó á la mujer de don Nicolás Trujillo, de S. Lucar de Barrameda; contra todas las apariencias, el niño se hizo Religioso de San

Francisco, después de haber andado en comercios y navegaciones. A doña Catalina Calderón que le suplicaba en Cádiz, días antes de partir para Marruecos, alguna cosita suya como reliquia, le aseguró que si Dios le hacía mártir, no le faltaría alguna con que satisfacer su devoción. Así vino á suceder; pues cuando trajeron las Reliquias para España, logró un huesecito del Santo en bien raras circunstancias y cuando menos lo pensaba.

Poseía también en alto grado el discernimiento de espíritu; así lo han testificado cuántos le trataron en esta materia. Era ordinario, cuando le buscaban para consejo ó dirección de las almas, hallarle ya esperando, resolver las dudas antes de oirlas, consolar antes que le expusieran la aflicción, y dar consejo y animar sin que le hablaran de las tentaciones ó arideces que sentían sus confesados.

Los sucesos milagrosos de su vida fueron muchos. En la imposibilidad de relatarlos todos, aparte de los referidos ya y de otros que se mencionarán más adelante, sólo diremos ahora que en Cádiz extinguió dos veces fuegos con sólo el imperio de su voz y oraciones; y que otras dos veces sanó de accidentes desesperados á D.^{na} Beatriz Garavito, y una á su esposo, vecinos de Arahal. En el proceso de su Beatificación se alegaron por el Ponente de la causa muchísimos, de los cuales sólo el undécimo y otro merecieron la aprobación

al efecto. Esto en nada disminuye la veracidad del aserto de que ha obrado muchos milagros, puesto que para la aprobación de los hechos milagrosos en orden á la Beatificación ó Canonización se exigen testigos presenciales, que pueden haber muerto cuando se instruyen las diligencias, aparte de otras causas que no son de este lugar.

Le adornó el Altísimo también con el don de lágrimas y con la gracia especialísima de mover los corazones al bien, y particularmente á la penitencia de sus culpas, al conocimiento de Dios y de su santa doctrina. En Écija convirtió á Juan Jiménez, hombre de costumbres corrompidas, dándole después el hábito de donado en Arahál, donde fué prodigio de ejemplaridad. Ya en otros puntos hablamos de las muchas conversiones que hacía en sus sermones, pláticas y conversaciones familiares; sólo, pues, añadiremos que con ver las lágrimas que derramaba, al hablar en público ó en particular, con el crucifijo en la mano, poquísimos pecadores se resistían á entrar por la puerta angosta que lleva á la patria celestial.

Su ciencia infusa, singularmente en la interpretación de las Sagradas Letras y en la persuasión de las eternas verdades, fué bien conocida de cuantas tuvieron la suerte de oírle. De tal modo inculcaba las verdades y refutaba los errores, que se conocía bien á las claras que su ciencia, elocuencia y solidez de raciocinio, le venía de lo alto.

Así se confirma una vez más que el mejor medio para aprender es la oración á los piés de un crucifijo; de este modo se han aventajado en la ciencia muchos Santos, más que consagrando días y noches enteras al estudio.

Concluyamos esta parte de la vida de nuestro Santo diciendo, que en cuarenta y siete años de hábito siempre vivió muy ajustado á la Regla que profesó y con gran edificación de sus Hermanos, abundando en toda clase de virtudes heróicas y de dones sobrenaturales. En esto convienen sus biógrafos; aunque también confiesan que el P. Prado tuvo la gran habilidad de ocultar la mayor parte de sus gracias extraordinarias y hechos portentosos, pues amaba la vida escondida en Cristo; por lo que el relato que hemos hecho no puede ser tan circunstanciado, como fuera de desear. Pero lo más singular y admirable de este gran Siervo de Dios fué su asombroso martirio, que consta de una manera detallada por testigos presenciales.



CAPÍTULO XV.

ANSIAS DE PROPAGAR LA FÉ Y TENTATIVAS PARA PASAR Á MARRUECOS.



o había terminado nuestro Santo sus estudios, cuando ya empezó á sentir unos vehementes deseos de pasar á tierra de infieles á evangelizar á los que se hallaban sentados en las sombras de la muerte, aunque para ello tuviera que exponer su vida. A la fuerza de estos impulsos derramaba con frecuencia lágrimas de compasión, considerando la multitud de infieles que se condenaban, á pesar de haber muerto por ellos nuestro amoroso y buen Jesús; y así pedía rendidamente al Señor, que se dignara concederle ser ministro de su Evangelio entre gentiles. Parecía-le que su Majestad le respondía que lo intentase, que le prometía su favor; por lo cual, luego que concluyó su carrera, se apresuró á solicitar el pase para el Nuevo Mundo, con el fin de misionar á los paganos. No tuvo efecto por entonces su virtuosa pretensión, porque sus Prelados le juzga-

ron más útil para la Provincia en España, atendidas sus buenas prendas. Se resignó á obedecer, porque era hijo de obediencia; mas como los impulsos no cesaban á pesar de la negativa, recelándose no fueran engaño diabólico, consultó lo que le pasaba con el Guardián Fr. Diego Milano, varón virtuosísimo, estático y dotado del don de profecía y milagros. Este santo Religioso, viendo á Fr. Juan algún tanto desasosegado con los impulsos interiores por una parte y la denegación del permiso por otra, le consoló respondiéndole: *Aquíetese Vuestra Caridad, porque no ha llegado el tiempo en que Dios quiere que le haga el sacrificio de su vida, ni es su voluntad que pase á las regiones que intenta para el logro del martirio; déjelo por ahora, pero esté seguro que sus deseos se cumplirán en tan distinto clima, como Vuestra Caridad no imagina.*

Con esta respuesta se aquietó por entonces, sometiéndose por completo á las disposiciones del Señor, y confiando en que le cumpliría sus deseos cuando fuera su santa voluntad, norma de vida para él en todo tiempo y circunstancia. Entretanto los impulsos iban en aumento, y cada día se sentía más encendido en deseos de predicar á los infieles y de dar su vida por Jesucristo, sobre todo cuando era Provincial. En este tiempo leyó algunas noticias sobre la Misión que su Orden había tenido en Marruecos, y varios Religiosos el

ponderaron sobremanera los frutos recogidos para la Iglesia y laureles para la Fé, de aquellas santas tareas, con lo cual, al paso que se avivaron más sus ansias, se afligió mucho al ver que no podía continuarse aquel apostólico empleo por la bárbara tenacidad con que se oponían los Emperadores Marraquitanos, no queriendo permitir en sus dominios operarios evangélicos.

Desde entonces, siempre que veía á un moro, aun sin acordarse de la profecía que tenía en su favor y no obstante la oposición que había para penetrar en aquellas tierras, se le representaba un tirano que le había de dar á logro lo que tanto deseaba, dice el P. Francisco de S. Juan. Todo esto lo revolvía silencioso en su interior y le punzaba fuertemente el corazón, despertando en él deseos tan vehementes y asíduos, que empezó á idear con disimulo un medio eficaz para conseguir su intento, cuando se viese libre del Provincialato.

A este fin quiso probar la disposición del Emperador de Marruecos, á ver si se mostraba más condescendiente y humano que anteriormente. Para ello mandó á Fr. Miguel de S. Diego y á Fr. Blas de S. Rafael, Religiosos de gran virtud, al presidio de la Mamora, que le gobernaba Don Diego de Escobedo, Caballero de la Orden de Santiago, para que desde allí tanteasen la entrada en la Berbería, y si les fuese posible se introdujeran en Marruecos al auxilio de los cristianos

cautivos.

Llegaron los dos Religiosos á la Mamora, y allí estuvieron año y medio predicando á los soldados y demás gente del presidio; mas no se olvidaban del fin á que los había mandado su santo Provincial. Procuraron durante ese tiempo intimar con algunos moros que venían á comerciar en la Plaza, y por ellos supieron que el Emperador había quitado la vida al venerable P. Fr. Juan del Corral, y que habían muerto de una peste todos los sacerdotes que había en el cautiverio, quedando aquella pequeña cristiandad de cautivos sin ministro alguno que los consolara y administrase los santos sacramentos y el pasto espiritual.

Dieron esta triste noticia al santo Prado, que la recibió con grandísimo sentimiento de su alma, renovándose en él los deseos de ir á socorrer á aquellos pobres cautivos. Mandó á los Religiosos que así que les fuese posible, solicitasen el pasar siquiera uno, aunque fuera disfrazado ó como mejor pudiera, á consolar y animar á aquellos decaídos ánimos. En este intermedio volvieron á escribirle los Religiosos, participándole que cuatro cristianos afligidos con los trabajos y violencias de los moros, habían renegado y vuelto cobardemente las espaldas á Jesucristo. Esta desconsoladora nueva fué un agudísimo cuchillo que traspasó el corazón de nuestro Santo y le hizo verter copiosas lágrimas. Transido de dolor, cogió ense-

guida la pluma, y les contestó en estos términos:

Su carta de Vuestras Caridades he recibido, regándola con infinitas lágrimas, por ver en ella como han perdido la fé los cristianos que dicen, y que están afligidos. Si yo fuera poderoso para consolarlos, lo hiciera según mi deseo. Lo que tengo dicho, hagan vuestras Caridades en razón de ir á Marruecos y Zalé; que viéndolos de cuando en cuando y consolándolos, no permitirán que se pierda la sangre de Cristo, nuestro Bien, y su santa Fé.

Con esta animosa carta se dispusieron los Religiosos á pasar entre moros, exponiéndose á cualquiera contingencia si llegaban á ser descubiertos, pues tenían que disfrazarse. Confirieron entre sí la mejor traza, y visto que no convenía pasar ambos, resolvieron que fuera solamente Fr. Miguel de S. Diego. Pusieron en conocimiento del Gobernador la determinación tomada solicitando su permiso para la salida; y su Excelencia, edificado del apostólico celo de los buenos Religiosos, se le concedió gustoso, en ocasión que se estaba formando una *Cáfila* de comerciantes, con quienes salió Fr. Miguel con el mayor disimulo, disfrazado de mercader.

Dos veces pasó entre moros buscando el consuelo de los pobres cautivos, que le recibieron en ambas ocasiones con grande alegría y provecho de sus almas. Los confesaba de noche, y al alba cele-

braba la santa Misa y les daba la Sagrada Comuni3n, anim3ndolos con fervorosas pl3ticas 3 morir por Jesucristo si fuera necesario, antes que abandonar la F3 cat3lica.

Viendo que ya era imposible mantenerse por m3s tiempo en aquel disfraz sin ser descubierto 3 por moros 3 por malos cristianos que nunca faltan, lo que ceder3a en grave detrimento de los mercaderes que le hab3an introducido en su h3bito, se volvi3 3 la Plaza con grande sentimiento suyo y de los cautivos. Trataron de sacar salvo-conducto para estar al descubierto entre los moros; pero no pudiendo conseguirle, se embarcaron para Espa3a llegando sanos y salvos 3 la presencia de su Prelado, que los recib3 con sumo agradecimiento por su celo y determinaci3n. Le expusieron las contingencias de su viaje, y sobre todo la grand3sima dificultad que hab3a para conseguir el fin que se propon3a, porque tanto el Rey como sus vasallos ten3an grande fanatismo por las cosas de Mahoma y mucha aversi3n 3 las doctrinas cristianas. Esto, unido 3 la mucha necesidad de operarios evang3licos que le dijeron hab3a en aquellas tierras, por cuya causa algunos de los cautivos iban desfalleciendo en la f3, le llen3 de amargura y aviv3 m3s su santo celo; pues cuanto m3s 3rdua se presentaba la empresa, tanto m3s se encend3a en deseos de remediar aquella necesidad. Un a3o entero consagr3 3 continuas penitencias y oracio-

nes para que él Señor se dignara facilitarle el logro de sus fervores, pero se lo iba dilatando hasta que diera la hora el reloj de la Divina Providencia, que á cada cosa tiene marcado su tiempo.

Llegó la terminación de su oficio de Provincial, cosa por él á todas horas y con vivas ansias deseada; y cuando creía verse libre para realizar sus planes, hallóse de nuevo como atado, porque le nombraron Guardián del convento de Cádiz. Sintió muchísimo este nuevo cargo, porque al parecer se oponía á sus intentos: hizo con humildad renuncia de él, pero no se la admitieron, teniendo por fin que aceptar el Guardianato.

Hay embarazos que ellos mismos suelen traer oportunidades prontas para conseguir fácilmente lo que se desea; porque donde el corazón humano teme óbices, la Divina Providencia introduce facilidades, como sucedió al santo Prado en el nuevo cargo que le dieron. Se resignó con él, y confió firmemente en Dios que, por más embarazado que se hallase, le había de proporcionar la ejecución de su intento. Era Cádiz emporio del comercio, y con la afluencia de comerciantes que suele haber para todos reinos, creyó que siendo allí Guardián, podría conseguir su deseo, trabando amistad con algún comerciante que le abriese camino. Así pues, lo que en un principio le pareció obstáculo, creyólo al fin una facilidad para lograr lo que tanto deseaba.

Llevó consigo al convento de Cádiz al P. Fray Matías de S. Francisco, que había sido Comisario de las Indias y prestado muchos y buenos servicios á la Iglesia y á la Orden en tres Misiones, de más de treinta Religiosos cada una, que había llevado allá. Se valió de nuestro Santo en esta ocasión para lograr el retiro á una celda, donde mejor pudiera estrecharse con el divino Esposo y pedirle con más instancia le concediera rendir su vida, ya cansada con las fatigas de tantos viajes, en obsequio de la Fé y salvación de las almas.

Habían ya simpatizado estos dos evangélicos varones y comunicándose sus almas, trasluciéndose en sus conversaciones el mismo intento; se declaró al cabo el uno al otro, y viendo que uno mismo era el fin que perseguían, consultaron muchas veces, de común acuerdo, los medios más eficaces para conseguirle. Intentaron varias veces pasar á distintos puntos de la infidelidad, pero por los embarazos con que tropezaban siempre, conocieron que Dios los destinaba á otra parte.

Aunque el santo Prado juzgó siempre dignísimo todo lo que fuese convertir almas á Dios, y esto podía hacerse en cualquier región infiel; sin embargo, no se puede negar que le tenía muy lastimado el corazón la noticia de los cuatro cristianos que habían renegado en Marruecos y el estar los pobres cautivos sin Ministro que les consolase y administrara los Sacramentos; y por esto

siempre que pretendió pasar al Japón, Islas de Guadalupe y otros puntos de la gentilidad, le parecía que resonaban en sus oídos el ruido confuso de los grillos y cadenas, y los ayes lastimeros de los miserables cautivos del Africa, deduciendo de estas aprensiones que aquel, y no otro, era el paradero á que Dios le tenía destinado, y ya no se anduvo en otras pretensiones.

Fijo y meditabundo en este pensamiento, salió un día á la ciudad, llevando consigo al inseparable Fr. Matías, porque se amaban como David y Jonatás; y en el camino le dice con una santa impaciencia: «*O es nuestra confianza mucha, ó nuestra tibieza muy grande y poquísimo nuestro espíritu, pues viendo lo que se retarda nuestro tránsito, no discurrimos nuevos medios para conseguirle. En dejarlo todo á Dios nos acreditamos de poco fervorosos y agradecidos; pues aunque es verdad que todas nuestras obras se han de atribuir á su determinación infalible, es preciso que con sus auxilios cooperemos también nosotros; y así para no ser reo de tantas inspiraciones, ya que me agravan otras muchas culpas, la determinación que tomo es transitarme á Berbería, donde con una suave violencia me arrastran los clamores de aquellos pobres esclavos.*»

No se asustó su compañero al oírle hablar de Berbería, porque su espíritu no se amedrentaba con las mayores penalidades; pero halló la ejecu-

ción ó del todo imposible, ó muy dificultosa: lo uno, por haber ya sacado permiso del Sr. Nuncio y del Rvmo. para pasar á las Islas de Guadalupe; y lo otro, porque no atinaba con un medio que les franquease la entrada en Marruecos; y así se lo expuso al santo Prado, quien oyendo los reparos de Fr. Matías le dijo con la mayor confianza: «Ande, Hermano, hombre de poca fé y de ninguna habilidad: véngase conmigo, y verá lo que Dios obra.»

Prosiguieron su paseo al acaso y sin determinada visita que hacer; cuando casi sin darse cuenta, entraron en casa de un mercader, llamado Alonso de Herrera Torres, natural de Toledo, hombre bien acomodado, bienchechor especial suyo, y que tenía en Marruecos algunos agentes de comercio, cristianos, en ocasión que estaba escribiéndoles, por asuntos de mercancías. Saludáronle cortésmente, y advirtiéndole que las cartas iban para sus correspondientes en Marruecos le dice el P. Guardián:

«Ya que Dios nuestro Señor, sin prevenida determinación nuestra, encaminó nuestros pasos á casa de vuestra merced, es sin duda porque gustó que le hallásemos con la pluma en la mano, pues ha de servir más para el servicio de su Majestad y nuestro propio interés, que para conveniencias de vuestra merced. A nosotros nos llama Dios á las partes del Africa para gloria suya,

utilidad espiritual nuestra y consuelo de seiscientos cristianos cautivos, que están sin sacerdote que los asista. Vuestra merced se ha de servir de empeñar á sus agentes para que soliciten un salvo-conducto, á fin de que dos ó tres Religiosos pasen á Marruecos. Mire, Hermano, que en esto hará un obsequio muy grato á la Divina Bondad, éntre por su vida á la parte con nosotros en estas usuras que pretendemos, y no pierda tan buena grangería como Dios le ofrece en esta ocasión.»

Era Alonso de Herrera hombre inclinado á la virtud, y quería mucho al P. Guardián; mas al oírle la propuesta, dió por imposible el ejecutarla, y así le contestó: «En cuanto á escribir, yo deseo dar gusto á V. Paternidad; pero es querer perder el tiempo gastarlo en lo que es imposible conseguir, porque sé muy bien que los moros aborrecen de muerte á los cristianos y sobre todo á sus Sacerdotes y Religiosos. Además, varias veces se ha solicitado ese salvo-conducto y no ha sido posible conseguirle, porque el Emperador es inflexible en esta materia, y varios Misioneros han muerto ya al golpe de su inhumano alfanje.

Parecióle al buen Alonso que con esto quedaba vencido el P. Prado, mas no sucedió así, sino que le avivó más su espíritu. «Esas crueldades y tormentos, le replicó, son los que yo más anhe-
lo; por tanto, deponiendo toda desconfianza, escriba vuestra merced.» No tuvo, pues, más remedio

el honrado mercader que escribir allí á su presencia; y ellos lo hicieron á la vez á los cautivos, expresándoles su determinación y pidiéndoles que hicieran ellos toda diligencia para obtener el salvo-conducto. Las cartas iban dirigidas á un médico Español cautivo, llamado D. Andrés Camelo, persona de empeño y suposición en aquella esclavitud.

Dicen que lo que es de Dios, á la mano suele venirse, y así sucedió en esta ocasión. Solicitaba nuestro Santo pasar á Marruecos, y al mismo tiempo los cautivos pretendían un Ministro que los consolase. Habían reunido unos cuantos reales para comprar un Sacerdote cautivo en Tetuán ó en Zalé, ó en donde lo hubiese. Mientras esto se efectuaba, rogaron á un mercader cristiano, libre, llamado Francisco Roque Bonet, que residía en Mazagán y hacía viajes á Marruecos, que les proporcionara un Sacerdote de ánimo y prevenido á todo riesgo, que entrando disfrazado de mercader les administrase los Sacramentos y alentara en sus trabajos, porque no habían vuelto á confesarse desde que pasó de la Mamora el Religioso mandado por el Santo, cuando era Provincial.

Llegó Francisco Roque á Mazagán en ocasión que anelaba la embarcación que traía la correspondencia de Alonso de Herrera. Como Francisco Roque era el agente á quien iban dirigidas las cartas, las abrió inmediatamente; y así que leyó la

petición del P. Prado, sin hacer otra diligencia por el Sacerdote que llevaba encargo de agenciar, regresó sin dilación á Marruecos: reunió á los cautivos que pudo, y les comunicó la grata noticia, alegrarónse todos sobremanera y rindiendo gracias á Dios por tan señalado favor como esperaban les iba á proporcionar.

Solicitaron los cautivos el salvo-conducto por varios medios, de rendimientos unos y otros de dádivas; pero ninguno de estos dió resultado favorable. Mientras pedían á Dios que les iluminase el medio más eficaz para ablandar el corazón de aquel Faraón Mahometano, Francisco Roque escribió al P. Guardián por medio del Excelentísimo Sr. D. Manuel, Duque de Medina-Sidonia, el cual remitió la carta á Alonso de Herrera. En ella le decía que tenía grandes esperanzas de alcanzar el salvo-conducto: que estuviese prevenido, porque esperaba enviarlo en breve. Remitía á la vez un resúmen de las crueldades que aquel Rey ejecutaba caprichosamente en moros y cristianos, y refería sus costumbres, inconstancias en su palabra y tiranías en sus ejecuciones. Hizo esto para que los Religiosos que pensaban ir, midiesen bien antes sus alientos y fuerzas, no sea que después se llamarán á engaño, ó quejasen de la poca previsión de los solicitantes.

Al leer estas noticias nuestro Santo, pareció que sólo entonces respiraba; lo uno, porque era



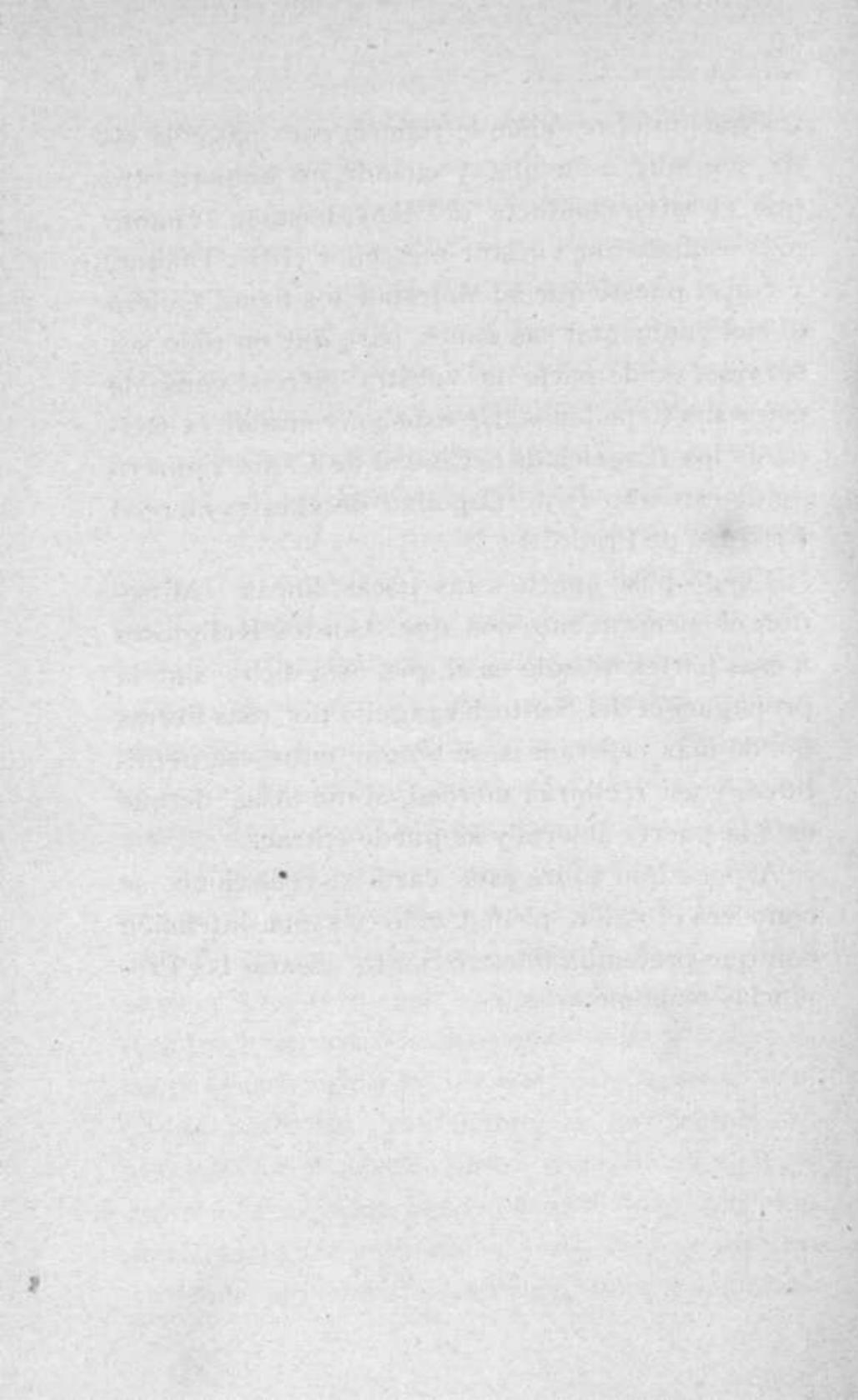
ya casi segura la obtención del salvo-conducto; y lo otro, por las muchas crueldades y tormentos que mencionaba el resúmen. Alegre y satisfecho del buen aspecto que ofrecía su petición, contestó á Francisco Roque de esta manera:

«Con la de vuestra merced de 25 del pasado, que recibí por mano del Sr. Alonso de Herrera, me alegré sumamente por ver las buenas esperanzas que se me prometen de la agencia que vuestra merced va ordenando, como medio que Dios ha tomado para el remedio de unos pobres hombres que desean asegurar su vocación y sacarla cierta: haga su Majestad lo que más convenga para gloria suya y útil del prójimo. En el entretanto que se saca el seguro del Rey, que vuestra merced promete en la mía, escribirán estos Religiosos pretendientes al Rmo. General de la Orden, para que les dé su santa bendición en nombre de Nuestro P. San Francisco; y querrá Dios venga todo á un tiempo poco más ó menos, porque el Reverendísimo está en Madrid, y dentro de tres semanas se tiene aquí respuesta; si bien es verdad, que estos pretendientes se la han pedido para ir á las Islas de Guadalupe á la conversión de aquellos desnudos bárbaros, y el General la ha prometido. Mas esta jornada que vuestra merced va solicitando es más á cuenta para el seguro de la vocación pretendida. Las comodidades que aquí se ofrecen (entiende por comodidades las tiranías y quebran-

tos que en el resúmen le refiere) para pasar la vida, son muy á cuento: y cuando no hubiera otra que el salvo-conducto del Rey, bastaba; quanto más estando ahí vuestra merced y el Sr. Doctor, y con el puesto que su Majestad los tiene. Quiera el cielo aumentar sus dones, para que en todo sea servido, así de parte de vuestra merced como de estos sus Capellanes. De este convento de la Reina de los Angeles de la Ciudad de Cádiz, Febrero 22 de este año 1630. Capellán de vuestra merced Fr. Juan de Prado.»

Luego puso aparte estas pocas líneas: «Mi señor: el pensamiento con que van los Religiosos á esas partes no sólo es el que está dicho, sino la propagación del Santo Evangelio por esas tierras donde más esperanzas se tengan entre esa gentilidad; y así recibirán merced, si me avisa de que está la puerta abierta y se puede entrar.»

A poco que sobre esta carta se reflexione, se conocerá el valor, piedad, celo y santa intención con que pretendía nuestro Santo pasar á las Provincias mahometanas.





CAPÍTULO XVI.

CONSECUCIÓN DEL SALVO-CONDUCTO, CONTRADICCIONES QUE HUBO, Y SALIDA PARA MARRUECOS.



NDABAN los cautivos en Marruecos agenciando con toda diligencia el salvo-conducto, y para ello se valieron del cautivo D. Andrés Camelo, natural de Conil en la Andalucía Baja, y médico de acreditada fama entre moros y cristianos. Tenía el Rey moro baldado el brazo derecho, en castigo de haber quitado la vida con su alfanje al santo mártir Fr. Juan del Corral, y todos sus médicos no habían hallado remedio alguno eficaz para curarle, ni lenitivo que mitigara los acerbos dolores que padecía, por más que los había juntado varias veces en consulta. Supo que entre los cautivos había un médico cristiano de mucha opinión, y llevado del deseo de sanar, que no es nada escrupuloso, mandó llamarle y puso en sus manos la curación, prometiéndole grandes mercedes si le curaba.

Esperanzado nuestro médico con la libertad que no dudaba conseguir, si sus prescripciones salían fructuosas, pidió muy de veras al Señor, que le iluminara y ayudase en tan importante empresa. Oyó Dios sus humildes y fervorosas súplicas, porque le había escogido por instrumento para el buen despacho de la pretensión de los cautivos, y en breve tiempo el brazo enfermo fué restituido á su primitivo estado de salud. Agradecido el Tirano por tan singular favor, le dijo que pidiese lo que quisiera; que nada le sería negado. El buen médico abogó por su libertad, que á la verdad es cosa sumamente apetecida, máxime si se ha carecido de ella por algún tiempo arrastrando las pesadas cadenas de la esclavitud. El Rey si bien al principio se inclinó á concedérsela, su propio interés vino por fin á cambiarle la voluntad, pues no quería desprenderse de un médico de tanta fama y tan hábil, por si el brazo volvía á resentirse, ó le aquejaba otra enfermedad, y así le dijo:

«Mira, Andrés: si el deseo de la libertad que me suplicas es por exonerarte del peso de mis cadenas y verte sin el título de esclavo para lograr la dulce compañía de tus hijos y mujer, yo te empeño mi Real palabra de que vivirás en mi reino con las mismas conveniencias, y aun mejores, que en tu Patria: trae á tus hijos y mujer libres, y desde ahora lo estarás tú también, absolviéndote del

nombre de mi cautivo, que para todo te daré segurísimos testimonios...: porque te has merecido tanto mi estimación, que no te permitiré irte, sino es á costa de sentidísima pena mia.» No quiso el prudente médico disgustar al Rey, no sea que todo lo perdiera y expusiese además su vida, y así se resignó á la propuesta; lo que estimó mucho el Bárbaro.

Supieron luego los cautivos el gran concepto, estimación y aprecio en que el Rey tenía al médico D. Andrés Camelo, y quisieron utilizar esta coyuntura para lograr el salvo-conducto para los Religiosos. Interesáronle para que él y Francisco Roque, á quien también el Rey estimaba por particulares utilidades, hicieran el oficio de intercesores. Se presentaron al Emperador los dos, y entre desconfianzas, temores y no pocas cortesías le pidieron licencia para que viniesen á Marruecos tres *Cazizes* (así llaman á nuestros Sacerdotes y Religiosos) con pretexto de que acompañasen á la mujer é hijos de D. Andrés Camelo; á esta estratagemá apelaron para conseguir el salvo-conducto,

Vino en ello el Rey sin reparo alguno, confiado en que la opinión de sus crueldades que consideraba divulgadas ya por el universo mundo, amedrentaría á los Religiosos y no pasarían á su imperio, y así mandó dar los instrumentos que pedían. Un alcaide que se hallaba presente, de gran autoridad y muy privado del Rey, le persuadía

que no concediese el salvo-conducto, recordándole las muchas y graves ofensas inferidas á Mahoma y á su Alcorán con tales permisiones. Estuvo el Rey casi arrepentido con esta observación; lo cual notado por los suplicantes, le replicaron:

«Bien sabes, Señor, que lo que hace célebre á una monarquía es la variedad de gentes que la comercian, pues estas publican por el mundo sus grandezas. Pareció al Emperador de Constantino-*pla* que no tenía sus glorias cabales, sino admitía en sus dominios *Cazizes* como los que te hemos propuesto, y así los recibió en Jerusalén y otras partes de sus dominios bajo sus reales seguros, y les permitió tener casas propias; porque estos hombres como más discretos y avisados que nosotros, saben ponderar cuando vuelven á su Patria las grandezas que han visto en los suelos extranjeros. No eres tu, Señor, menor en grandeza que el Turco; y siendo los dos de una misma religión, si no perjudica al imperio del Turco que vivan en él *Cazizes* ¿por qué haces tanto reparo de que vengán y habiten en el tuyo? Y sobre todo, Señor, que el fin principal para que solicitamos que vengán nuestros Sacerdotes, es, á más de acompañar en un camino tan largo á la dicha mujer cristiana, para procurar tu bien; pues estos hombres amonestan á que no vivamos entregados á los vicios, á que te sirvamos con rendimiento obedeciendo tus mandatos...; es, en una palabra, para procurar-

te súbditos fieles y sumisos. Además, dijo el médico. «Aunque los favores que me haces los tengo en mi corazón grabados, no parece que tu grandeza me honra en lo que tengo de mayor gusto, porque mi mujer é hijos vivirán melancólicos en estos países, si les faltan sus Sacerdotes.» Convencieron al Rey con esta arenga; y sin reparar ya en la displicencia del alcaide, mandó dar el salvoconducto que solicitaban, y que es á la letra como sigue:

«En el nombre de Dios piadoso y misericordioso y la bendición de nuestro poder. Al alto, al adelantado Rey *Abdel-melc Abumarban*, al encumbrado Teniente y Gobernador de Morisma y creyentes, ensálcelo Dios con su querido ensalzamiento, y con su gracia y poder. Nuestra Carta, la generosa, ennoblecida con la gracia del Alto Dios, en la mano de la cristiana D.^a Ana, mujer del Doctor cristiano Andrés Camelo, el Castellano, y de los que con ella viniesen de sus criados, y de los Religiosos así mismo que viniesen con ella, y se conozca que vienen con ella; y entiendan que cuando llegaren á los Puertos de estos nuestros Reinos, donde residen nuestros criados, los venturosos, yo les mando que los acomoden y encaminen en sus caminos en la Mar y demás que fuese necesario; y no se puedan tomar cautivos, ni les impidan su viaje hasta que lleguen á Mazagán en salvamento y seguridad: y si quisieren los Re-

ligiosos dichos venir á la presencia de nuestro estado el Alto, podrán con seguridad venir segurísimos, que doy mi seguro Real duradero á todo lo dicho; y los que salieren en su poder de nuestros criados, y les llegase nuestro mandado, hagan lo en él contenido, y la paz sea á medio el mes de *Chaban* el bendito. Año de mil y treinta y nueve,» que es á 10 de Abril de 1630.

Conseguido el salvo-conducto al mes de pretendido, se le remitieron al P. Guardián por medio de Alonso de Herrera. Poníase este á comer, cuando le entregaron el correo de Africa; y no pudo esperar á después de la comida para ver su contenido, deseoso de saber el buen logro de sus mercancías. Abrió el pliego, y lo primero que se echó á la vista, fué el seguro para el viaje de los Religiosos. Sin aguardar á ver más noticias ni probar la comida, se fué inmediatamente al convento á dar cuenta á nuestro Santo. Entró medio azorado en la portería, y con gran entusiasmo dijo al portero que avisara al P. Prado. Fué el portero y dió su recado al P. Guardián; y así que este oyó que le llamaban en la portería, dijo á Fray Matías con mucho dísimulo, porque acababan de comer y estaban todavía reunidos todos los Religiosos: «*Véngase conmigo, Hermano; que ya tenemos todo nuestro consuelo.*» Se encaminaron hácia la portería, y apenas los vió Alonso de Herrera comenzó á gritar: «*Padre Guardián, mila-*

gro, milagro.» Hubiera revuelto todo el convento con sus voces, si nuestro Santo no le acallara diciéndole con sonrisa: *D. Alonso, sea V. más silencioso; ya sé el logro de lo pretendido. Es usted hombre de poca fé, pues tanto desconfiaba de lo que Dios puede.* Admiráronse de esta noticia el P. Fr. Matías y el buen mercader Alonso, comprendiendo que ya Dios se lo había revelado á nuestro Santo en la oración. Dió las más rendidas gracias al mercader, y advirtiéndole que á nadie se lo dijera, se despidieron por entonces.

Como las obras de Dios suelen experimentar grandes contradicciones, nuestro Santo tuvo que luchar con no pequeñas dificultades en el viaje que proyectaba hacer á Marruecos. Desde luego temió la oposición que había de hallar en los suyos, porque *inimici hominis domestici ejus*, y efectivamente no salieron fallidos sus temores. Se necesitaban muchos permisos y licencias; y no pudiendo solicitarse todos con el silencio que el caso requería, necesariamente tenía que divulgarse el intento; con lo cual sería cierta la contradicción que temía.

En este apuro, lleno de tristeza y amargura, acudió á Dios aumentando las penitencias, haciendo más rígidos los ayunos, más rigurosas las disciplinas, más continua la oración y siendo sus ojos dos fuentes de lágrimas. Ahora, más que en cualquiera otra ocasión, procuró estrecharse con su

amado Jesús tan llana y confiadamente, que mueve á tierna devoción. Se entregó de lleno á la consideración de la Pasión y Muerte del Salvador; y deseando con toda su alma copiar en sí, cuanto le fuera posible, todos sus tormentos y afrentas, le decía con gran ternura:

«¡Cómo, Dios mio, somos tan ingratos los hombres que al veros morir penando, vivimos tan regalados? A vuestra misericordia infinita debo un conocimiento sentido de los acerbísimos tormentos que padecisteis en esa cruz por mis delitos; no son mis lábios capaces de explicar la lástima que concibe mi entendimiento. Vos que los padecisteis, sabeis comprenderlos infinitamente mejor que yo los puedo entender, siendo ese el consuelo que queda á mi limitada inteligencia. Confieso muchas veces lo indigno que soy de copiar en mí, en la realidad del padecer, los tormentos de vuestra Pasión, rindiendo por Vos la vida en las crueldades de los enemigos de vuestro santo Nombre; pero, Señor, si no lo merezco como es así sin duda, ¿para qué son tantos impulsos, con que vuestra Benignidad dulcísimamente me hiere? Si es para que vea lo que hubiera llegado á conseguir, si no lo hubiera desmerecido, protesto mi ingratitud en medio de mi dolor; pero sois de condición más caritativa que mi ruindad es ingrata, y no habeis de ponerme ante los ojos el bien perdido para mayor tormento por malogrado.»

«Sin duda que me dais tantas inspiraciones, para que, despreciando todos los embarazos que procura introducir el demonio, me arroje humilde á vuestros divinos piés alentando mi nada con vuestra misericordia, y os pida confiado. Sí, Dios mio: que sois tan generoso, que quereis que el pecador os pida, aun cuando os tenga muy ofendido. Ea, Señor mio: disponed misericordiosamente que abrazándome con vuestra cruz, muera en ella, á vuestra imitación. El enemigo común se empeña en oponerse á este fin, que ya lo considero de vuestro agrado. Yo sin vos, aun soy menos que polvo; pero con Vos podré muchísimo. No es lo que intento acción que se debe fiar sólo á mis flacas fuerzas; pero auxiliado con vuestra gracia divina aun todo el infierno es nada. Ea, mi Dios: como pecador os lo pido, para que Vos lo concedais como piadoso; y si es decreto invariable de vuestra equidad que no logre el martirio, no haya en mí el menor pensamiento que no lo consagre por víctima de resignación á vuestro gusto.»

Así oraba nuestro Santo, siendo su petición humilde, su caridad ardiente, su fin digno de toda alabanza y su resignación grande. Como estas son las gradas por donde suben las súplicas á la Divina Clemencia, las oyó su Majestad con entrañas paternas. Se le apareció entre globos de celestiales luces, y bañándole de singulares resplandores, le concedió y mostró la corona del martirio,

diciéndole en voz sensible:

*Hijo: aunque los hombres por las ofensas que hacen á mi bondad desmerecen que los atienda mi misericordia; gusto mucho sin embargo, de que arrepentidos me busquen y pidan con confianza, porque me costaron la vida; y si todos quisieran imitarme en los tormentos de mi cruz, me fueran muy agradables sus peticiones, y no faltara á su ayuda según que conviniera. A mí tus lágrimas me han movido á que te conceda lo que me pides. Ten buen ánimo; que ya está cerca el tiempo en que has de morir por Mí, y tendrán su logro todos los impulsos con que te he venido llamando. No te faltaré con ocultos modos que no alcanza la limitada inteligencia de los hombres, aun cuando más oposiciones te hagan. Aviva tu fé y tu confianza; que en todo tengo *de asistirte*.*

Desapareció el divino oráculo, quedando el venerable Padre con ánimo sereno y alegre, y su corazón dilatado con tan ciertas seguridades. Comenzó á respirar con amor, desafiando, alentado con la divina promesa, á todo el infierno junto, porque el hombre con la gracia del Señor todo lo puede y triunfa de los mayores imposibles.

Tres veces, según las informaciones, se dignó hablarle sensiblemente la imágen de Jesús crucificado. En una de ellas le vió un Religioso que iba á comunicarle cosas de su alma: llamó á la puerta y no le respondió; y notando que en la celda ha-

bia mucha claridad, abrió y quedó pasmado al verle extático y bañado de resplandores, sin poder distinguir sus facciones. Fué y llamó á otros, pero cuando llegaron, no pudieron contemplar la maravilla, porque habia vuelto ya del raptó, oyéndole tan sólo decir: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma*: el espíritu está pronto, pero flaquea la carne; indicio probable de que en aquel raptó le representó su Amado todos los tormentos que habia de padecer en su martirio. Como habia de ser imitador puntualísimo de su Divino Maestro, quiso este que sintiese hasta las timideces de la carne flaca en las agonías de la oración, como El las habia sentido en el huerto de las olivas.

Su compañero Fr. Matías, derramaba también su corazón en la presencia de Dios, pidiéndole humildemente el feliz éxito de su intento. Consultaron entre sí los dos los medios humanos con que habian de resistir los embarazos que temian, y determinaron valerse del apoyo del Sr. Duque de Medina-Sidonia, Capitán General de las costas de Andalucía, y muy inclinado á los hijos de S. Francisco. Le comunicó el Santo su determinación y como habian conseguido ya el salvo-conducto, rogándole que interpusiera su influencia con los Prelados, cuyas licencias necesitaban. Así lo hizo el Duque, avisando al P. Guardián cuando estuvieron conseguidas.

Se divulgó la noticia con rapidez llegando á

conocimiento de la mayor parte de los Religiosos de la Provincia, y empezó cada cual á sentir á su manera. Los Padres graves sentían la determinación, no porque no la consideraban buena y edificante, sino porque el cariño que le tenían, y el sentimiento de verse privados de un Padre de quien todos eran igualmente primeros hijos, los hacían titubear en su consentimiento. El Provincial, llamado Fr. Juan Jiménez, era quien más lo sentía. Aunque docto, lector en Teología, calificador del Santo Oficio, muy religioso y de gran autoridad, como era Prelado Superior tan en los principios de la Provincia, viendo que se le quería ausentar el primer Padre cuando más necesitaba de su persona, tanto para las acertadas disposiciones como para la apacible sombra que le hacía, prorumpió en extraño sentimiento, se fué á Cádiz donde residía el Santo, y allí comenzó por suplicarle, medió por disuadirle, y terminó por oponerse resueltamente á lo que Fr. Juan proyectaba.

Los menos entendidos, que no conocían el fondo, prudencia y capacidad de nuestro Santo, juzgaban su determinación como una sugestión del P. Fr. Matías, diciendo que como toda su juventud la había pasado en viajes á las Indias, ahora no se avenía con la quietud de la celda. Este era el juicio de los más, pero el peor fundado, porque quién no va á la guerra ¿qué sabe de ella? Si hu-

bieran considerado atentamente el fin de sus viajes, se hubieran persuadido que no era estar mal con los sosiegos de la celda atravesar seis veces el mar desde España á Filipinas, arrostrando imponderables naufragios y pasando mil fatigas y sobresaltos, sólo por llevar Ministros que propagasen la Fé; y el de ahora no era otro, que predicar el Evangelio en el Africa, aunque tuviera que perder la vida, cosa que podía darse por cierta. A más de esto, no era tan corto el espíritu del Padre Prado, para que necesitase de que se le infundiese mayor Fr. Matías, cuando este refiere en su *Viaje de Marruecos*, que como otro Elías á Eliseo le daba á él doblado aliento para toda empresa, y le infundía ilimitadas y firmísimas esperanzas.

El Ilmo. D. Fr. Plácido Pacheco, Obispo de Cádiz, discurrió que el medio más acertado para no privarse del P. Prado á quien amaba tiernamente, era afectar que le negaba las licencias. Otro tanto hizo D. Luis Bravo. Gobernador de aquella Plaza, suplicado por su esposa, D.^a María de Cardona, muy devota de nuestro Santo.

Muchos del pueblo achacaban el intento del Padre Prado, á fervorines de su devoción y á flaqueza de su ancianidad, como si en la ancianidad y devoción no pudiera haber serenidad y recto juicio. Siendo tan distintos los pareceres, todos convenían en procurar estorbarle su viaje al Africa; porque hasta el Provincial, siendo hombre de una

capacidad tan grande, llegó á persuadirse que era verdad que le influía Fr. Matías, y que este coloreaba su repugnancia á la celda con los especiosos matices de ir á convertir infieles. Sin reparar en que su juicio pudiera ser, como lo era, una sugestión diabólica para impedir una obra tan santa y laudable, ni en lo muy sensible que sería para el P. Prado su rígida determinación, sacó de Cádiz á Fr. Matías y le mandó á un convento bien retirado; pareciéndole que alejando el que suponía consejero, poco á poco iría extinguiéndose la llama de nuestro Santo hasta dejarle sosegado. Resignaronse uno y otro á la determinación del Provincial; obedeciendo Fr. Matías en su mudanza y no agraviándose nuestro Santo con la ofensa, si bien sentía que el demonio pudiera tan fácilmente engañar á los hombres.

Dicho está que el hombre no abandonará en su ancianidad el camino que en la juventud haya emprendido: había nuestro Santo encendido en su pecho, desde los primeros años de Religioso, el deseo de evangelizar á infieles y dar su vida por Cristo: era este incendio obra de Dios y de ello tenía seguridades; en vano, pues, su Provincial procuraba á todo trance extinguirle y el demonio en hacerle guerra, porque con esto cobraron doblados alientos los dos buenos Religiosos, confiados en que Dios desharía toda trama y sacaría adelante lo comenzado.

Aunque con la determinación del Provincial quedaron separados sus cuerpos, estaban sin embargo unidas en Dios sus almas, comunicándose en secreto, ya que en público ni un triste papel les permitían escribirse. Convinieron en acudir al Rmo. por conducto del Excmo. Sr. Duque de Medina-Sidonia, poniéndole al corriente de todo lo que les pasaba. Conocía el Rmo. la gran capacidad de Fr. Matías por haber sido Comisario de Filipinas, y no ignoraba las prendas y virtudes de nuestro Santo por las licencias que antes le había dado para pasar á las islas de Guadalupe, por haberse conocido en la erección de la Provincia habiéndole nombrado Provincial, y por el hermoso informe que de él daba el Sr. Duque; así que remitió inmediatamente su licencia y mandó al Provincial que diera sin demora y sin más recurso la suya, encargándole que no pusiese más impedimentos y que coadyuvase á la buena expedición del viaje, dando gusto á los pretendientes y al señor Duque.

Con esta orden no pudo ya el Provincial negar la licencia, pero discurrió otro medio más apropiado para salir con su tema, pues lo que antes creía razón de prudencia, ahora hizolo capricho. Se fué al Duque, y como hombre entendido que era, supo pintarle tan bién y tan razonada su negativa, que atrajo al Duque á su mismo sentir, conviniendo los dos en negar, ó por lo menos retardar tres

ó cuatro meses el permiso para embarcar, á ver si con esto desistían de su propósito los Misioneros. En vista de esto mandó llamar el Duque al P. Guardián y en presencia del Provincial le dijo:

«He considerado de espacio y con más acuerdo el viaje, y hallo que no conviene al presente por ser invierno, estar alterados los mares, ser los peligros evidentes y las costas de Berbería innavegables. Dejemos pasar el rigor de esta estación tan rígida: ya vendrá la templada primavera, y en ella con más seguridad le despacharé en embarcación que le prevendrá mi cuidado, porque no permite mi cariño entregarle á las aguas con tanto riesgo.» Con esta arenga tan bien hilada, cualquiera hubiera cedido, atendiendo sólo á lo humano; pero como el P. Fr. Juan era muy avisado y estaba iluminado de lo alto, vió en ella una trampa del demonio, y así respondió al Duque con energía:

«Señor: ¿es vuestra Excelencia Dios, que me puede asegurar la vida hasta la primavera, cuando ya mis cansados años me arrastran hácia el sepulcro? No dudo la razón y fundamento que tendrá vuestra Excelencia para juzgarme indigno del empleo que solicito, pues confieso que mi ingratitud lo desmerece; pero, Señor, la grandeza de Dios campea mucho cuando toma por segunda causa un instrumento tan ruín como yo soy, y todos me deben conocer. No le toca á la

criatura más que no resistir á las inspiraciones, y obrar con ellas ayudada de la divina gracia. Dios me llama hoy; pues ¿por qué lo he de dilatar hasta mañana? Dios me dá hoy más recios los golpes, y es sin duda que llegan á sus oídos piadosos los vivos clamores de aquel su cautivo pueblo. Pues si Dios atiende con tanta prontitud las aldabadas de la criatura ¿por qué la criatura no ha de atender muy desde luego los llamamientos de Dios? Ni en la católica sangre que corre por las reales venas de vuestra Excelencia, ni en la estrecha obligación que profeso de Ministro de Jesucristo cabe la desatención más mínima con un Dios tan piadoso, que jamás retarda nuestro alivio. Y si vuestra Excelencia (á lo que no me persuado) se determina á impedirme, sepa que le ha de pedir Dios estrecha cuenta de los atrasos de nuestras vocaciones y del detrimento espiritual que se les siga á aquellos pobres cautivos, pues todos los que muriesen en pecado mortal por no estar allí nosotros para confesarlos, han de clamar contra vuestra Excelencia en el tribunal divino. Además, que yo para no ser ingrato á las voces con que Dios me llama, de este pobre manto haré falua para cortar los mares y llegar con bonanza al puerto donde su Majestad me encamina.»

Pasmaron todos los presentes, y en particular el Sr. Duque, porque era á quien inmediatamente atemorizaba el espíritu celoso de nuestro P. Fray

Juan; pero ni con estas razones y amenazas desistió de su negativa por ser del gusto del Provincial, y así después de algunas excusas vino á concluir diciendo que «el viaje no se había de hacer, porque no convenía.» Esto contristó sobremanera el corazón del Varón de Dios, y deshecho en lágrimas se postró á los piés del Duque con los brazos en cruz, pareciendo que quería remontarse por los aires. En esta postura estuvo bastante rato, dirigiendo amorosas quejas á Dios, en las cuales le decía:

«Bien sabeis, dulcísimo Dueño mio, que esta vocación es toda vuestra...; ¿Cómo, pues, permitís que los hombres se atrevan á oponerse á lo que es sagrado decreto de vuestra amorosa providencia? Sr. Duque: Dios me manda, y el demonio me impide; ¿por qué vuestra Excelencia consiente parecer siquiera instrumento del demonio, y no quiere ser medio para servir á Dios...? Hágase cargo por su vida de las terribles consecuencias que se siguen para Dios, para nosotros y para los pobres cautivos si nos impide el viaje, y verá el gravámen con que se ha de hallar el día de su cuenta. La sangre que corre por estas venas (y le enseñó los brazos desnudos) está muy helada, y si espero á que se pudra ¿cuándo la derramaré por Aquel que en una cruz la derramó por mí entre tantas y tan crueles penalidades? Si en su Evangelio convida á su sagrada imitación, ¿serán más

seguros los informes que han dado á vuestra Excelencia, que las máximas infalibles del Evangelio?»

Decía estas razones con tanto fervor y valentía: estaban tan tristes sus inocentes y humildes ojos: movían tanto sus copiosas lágrimas y canas venerables, que suspendió los discursos de todos y se echaron á llorar. «Padre Provincial, dijo entonces el Duque todo conmovido y admirado: *Un segundo S. Francisco tenemos en nuestra tierra; no podemos los hombres oponernos á determinaciones tan divinas; y pues tan claramente vemos que esta es obra de Dios, no irriteemos más su justicia, ni agraviemos su misericordia. Dé su licencia á los Padres; que yo tomo el viaje y su más breve expedición á mi cuidado.*» Vino en ello desde luego el Provincial, que estaba tan lloroso y asustado, que ni encontró razones para negarse, ni podía contener el llanto. Desde este momento fué tan alto el concepto que el Duque formó de nuestro Santo y tan grandes esperanzas concibió para el porvenir, que no le dejó salir de su casa hasta que toda la bendijo. Llamó luego á sus hijos y criados, y puesto él con ellos de rodillas ante el venerable Padre, se empeñó en que los bendijera también, en la firme persuasión que los bendecía un Santo.

Vencidas estas dificultades, procuró y recogió las licencias necesarias. Dierónselas amplias el se-

ñor Obispo de Cádiz y el de Ceuta, el Sr. Nuncio, la Congregación de *Propaganda fide* en nombre del P. Urbano VIII (haciéndole Perfecto Apostólico de todas las Misiones de Marruecos y Fez por 10 años), el P. Provincial y el Ministro General de la Orden.

Solicitó luego entre sus devotos algunos ornamentos de Iglesia, una pequeña caja de plata que hiciera de copón y porta-viático, y todas las medallas y rosarios que pudo, porque comprendía que estas eran las mejores mercancías para aquella tierra. Hechas estas prevenciones, se determinó la salida para la tarde del 27 de Noviembre de 1630 con anuencia del Sr. Duque, que le dió también su licencia y cartas de recomendación para el Emperador de Marruecos y para el Gobernador de Mazagán, D. Francisco de Almeida. Entre los muchos que solicitaron acompañarle á la espiritual conquista marroquitana, solo escogió á Fray Matías, Sacerdote, Ministro Apostólico que había sido de Filipinas, y compañero del Santo en la deshecha tormenta de oposición para dicho viaje; y á Fr. Ginés de Ocaña, lego, pero entendido y virtuoso.

Dispusieron para la tarde de salida una procesión misional desde el convento á la playa. Como el P. Prado era tan querido de todos y estaba ya divulgada su marcha, concurrió al convento un innumerable gentío. Tomaron los nuevos Misio-

neros la bendición del Smo. Sacramento, de la Reina de los Angeles y de su Santo P. S. Francisco, como previene la Regla, y salieron á la puerta del convento, donde formaron dos coros procesionales. Iba delante el estandarte real de la Santa Cruz, que era el pendón que habían de tremolar en las regiones Africanas: seguían los Religiosos á pié descalzo: luego el P. Provincial de un lado, y de otro el venerable P. Prado: después muchos Sres. Canónigos de Cádiz y de Ceuta, Sacerdotes, toda la nobleza y gran parte de la plebe. No se oían en esta procesión más que suspiros acompañados de lágrimas, prueba inequívoca de lo mucho que le querían.

Llegados á la playa, quiso darles el último adiós en una plática que les hizo como otro S. Pablo, teniendo ya á la vista la barca que había de transportarle. Puso por tema de su discurso las palabras de Isaías, cap. 61: *«Me envió el Señor á predicar á los cautivos... y á consolar á todos los que lloran;»* donde trata el santo Profeta, de la misión que por disposición divina hizo, yendo con su saco ceniciento y sólo dos compañeros, y muriendo en ella á manos del idólatra Rey Manasés estando en su cautiverio. Ponderó Fr. Juan de tal manera los motivos de su viaje, que todos se echaron á llorar, acompañándoles él también. Terminada la plática, empezó á despedirse: hincóse primero de rodillas y recibió la bendición del Provincial, y luego le

abrazó cariñosamente; lo mismo fué haciendo con todos los Religiosos y con algunas personas distinguidas; y después se dirigieron, entre sollozos y lágrimas de la multitud, á una Tartana Francesa, que el Duque tenía preparada con todo lo necesario y con doce soldados y un cabo para su resguardo, haciéndose inmediatamente á la vela y esperando en la playa los concurrentes, hasta que perdieron de vista la Tartana.



CAPÍTULO XVII.

PELIGROS EN EL VIAJE, ESTANCIA EN MAZAGÁN, SALIDA PARA AZAMOR Y DISPUTAS CON JUDÍOS Y MOROS.



AVEGARON con viento próspero hasta la media noche; pero al aproximarse á las costas de Berbería, cerca del parage de la Mamora, empezaron á enfurecerse los vientos y á levantarse tan soberbias olas, que se vieron en medio de una deshecha y horrible borrasca, que los ponía en gran peligro. Plegaron las velas y echaron las amarras, pero el viento era tan fuerte, las olas tan bravas y el balanceo tan formidable, que se rompió una escota de la nave, y no pudiendo esta gobernarse por el timón, iba hácia donde el viento la arrojaba. Hacían los esfuerzos posibles y ponían toda diligencia para ganar algún puerto aunque fuera enemigo, pero su trabajo era inútil, porque no podía contrarrestar el ímpetu de las olas ni la furia del vendaval.

Rendidos ya y desanimados, se cruzaron de

brazos y se daban por naufragados, si Dios no lo remediaba con un milagro. Todos estaban afligidísimos y clamaban á Dios del cielo, pidiendo misericordia; pero quien más instaba, era el venerable P. Prado que se consideraba el móvil principal de aquel viaje. Viendo que todos estaban acobardados y tristes, subió á cubierta y con una profunda humildad les dijo:

«Hijos: no os espanteis de la tenebrosidad de la noche, de la bravura de las olas, ni de la furia de los vientos, porque llevais en vuestra nao al mayor de los pecadores, que ingratos ofenden á la divina bondad; no es por tanto vuestra la culpa, sino sólo mia. Si á tanta obligación como á mi Dios tengo, correspondo con tan enormes ingratitudes, ¿cómo quereis que no os cause huracanes mi mala compañía? Ea, cumplid como cristianos en perdonar á un tan vil hombre, y Dios os asistirá compasivo, cuando yo lo irrito justiciero: llorad conmigo confiados, vuestro peligro vosotros y yo mis graves delitos. Avivad la fé y fortaleced la esperanza, que la calma está ya cerca.»

Aun no había el Santo terminado su edificante confesión, cuando sobrevino una repentina y milagrosa bonanza, quedando la tripulación confundida y admirada. El demonio que había suscitado aquella formidable tormenta, con el fin de impedir el fruto que habían de hacer los buenos Misioneros entre infieles, huyó corrido al ver la con-

fianza con que el Santo se arrojó en brazos de Dios; la soberbia de Satanás fué vencida por la humildad del venerable.

Libres ya del peligro, dieron gracias á Dios por haberlos librado de una segura muerte, bendiciéndole miles de veces. Al amanecer se hallaron en el estrecho de la Mamora; y habiendo procurado desviarse de su angostura para seguir su derrotero, se echaron en no menor peligro, porque vieron que tres navios veleros se les venían encima. Vigearon los buques, y conocieron que eran de turcos; los cuales se pusieron por la proa como á distancia de un cuarto de legua. Intentaron alejarse á toda vela y remo, por ver si podían ganar algún puerto de cristianos; pero los turcos, que comprendieron la fuga de los que creían ya cautivos, hicieron fuerza de velas, y en breve tiempo el mayor de sus navíos se puso muy cerca de la Tartana. Daban ya los infelices por ciertas sus cadenas, y estaban totalmente desmayados. Animábalos el P. Fr. Matías á que gobernasen bien las velas; pero ellos se estaban quietos esperando sólo que les aprisionasen, y le decían: «Padre ya esto no tiene remedio: esclavos somos. ¡Infeliz estrella la nuestra! Este es el destino de la desgraciada suerte que nos persigue: escapamos del naufragio, y ahora caemos cautivos.»

El P. Fr. Juan y Fr. Ginés, como menos acostumbrados á viajes por mar, estaban mareados

de la tempestad pasada y descansaban bajo cubierta. Informado del peligro y desconsuelo del capitán y marineros, subió á cubierta el santo Prelado y les dijo: «Hermanos, poca fé parece que tienen, pues con tanta facilidad desmayan. Enciendan la devoción de San Antonio de Pádua, y sobre todo de la Virgen Ssma. Ntra. Sra. y clamen á las puertas de sus ternísimas piedades; que hacen sus entrañas gran alarde de ser Madre de los afligidos, y ninguno sale sin consuelo de su benignísimo corazón. Yo les aseguro de parte de su clemencia que no han de dar en manos de los enemigos de su Ssmo. Hijo, porque ellos quedarán burlados y nosotros libres.» Volvió bajo cubierta clamando á la Virgen y á S. Antonio de Pádua, de quien era muy devoto, rezando á la Virgen sus *antifonas y oraciones*, y á S. Antonio el *responso-rio*. En el entretanto vieron Fr. Matías y los marineros, que se cayeron todas las jarcias del navio que estaba sobre ellos quedando desarbolado á la vez, y que los otros dos se iban alejando ya.

Pasmaron al ver tan inopinado prodigio; veían inamovible el barco enemigo, y aun parecía que no lo creían. Sólo gritaban llenos de admiración y sin darse cuenta: «Milagro, milagro: el P. Juan nos ha conseguido esta maravilla.» Loaron á Dios por tan singular prodigio; y navegando á toda vela se alejaron del enemigo, que sólo se ocupaba en arreglar su desarbolado barco. Siguió el

turco su presunta presa después que reparó sus averías, pero navegando casi todo el día los cristianos con viento próspero, vinieron á refugiarse á Conil, puerto de Andalucía, dispuestos á saltar en tierra si hasta allí los perseguían, á fin de salvar las personas aunque el barco se perdiese. Los enemigos, temiendo que encallara su gran navío ó que se abriese contra alguna roca, viendo á los cristianos tan cerca de tierra, se hicieron mar adentro y abandonaron su codiciada presa. Luego que se vieron libres de su temida esclavitud, cantaron los Religiosos un «Te Deum» en acción de gracias, bendiciendo á Dios, á la Santísima Virgen y á S. Antonio por tan singular favor.

Siguieron luego la costa hasta tomar fondo en *Sancti Petri*, que es un fuerte en la Isla de Cádiz. Allí procuraron rehacerse de víveres por los gastados y por lo que pudiera ocurrir. Proveyóles de todo lo necesario la Sra. D.^a María de Villavicencio, devotísima del P. Prado, quien con sus dos compañeros se retiró en el ínterin á una quinta que allí tenía el caballero D. Juan Andrea Fantoni, para entregarse á ejercicios espirituales. Aquí fueron visitados de Religiosos y caballeros, que trataron de hacerlos desistir de su viaje; pero conociendo que estas súplicas eran ardides del demonio, dieron prisa al capitán para que se hiciese á la vela, y evitar de este modo el peligro que en tales visitas veían. Emprendieron de nuevo su na-

vegación, y siéndoles los vientos muy favorables, á siete de Dbre., víspera de la Purísima, dieron vista á Mazagán. Luego que la Plaza vió que entraba en puerto la Tartana, mandó el Gobernador una lancha armada que la reconociese; y visto que era de cristianos, la acogieron amistosamente y saludaron con urbanidad á los Religiosos, quienes inmediatamente entregaron las cartas que llevaban para el Gobernador.

Así que éste abrió el pliego y vió la calidad de los sujetos, y que iban recomendados por el Excelentísimo Sr. Duque de Medina-Sidonia, dispuso con magnificencia el recibimiento mandando la lancha real, con la nobleza del presidio, á recibir á los Religiosos, y haciendo una salva la artillería de los fuertes. Después de estas cortesías, el mismo Capitán General les acompañó á un alojamiento provisional, que fué la casa de Francisco Roque; y al día siguiente se empeñó en que fueran á su mismo Palacio, contra las instancias de los Religiosos que le pedían una ermita para morada, ó un lugar más humilde y menos bullicioso. Estuvieron unos días en su compañía, pasados los cuales quisieron entrar desde luego en tierra de infieles, pero se lo impidió el Gobernador, fundando su parecer en razones de estado primero, y después en la etiqueta que era necesario guardar, porque se acostumbraba escribir al Emperador, aunque antes hubiera dado salvo-conducto, cuan-

do alguno había de pasar de la Plaza; y además, porque era esto muy prudente, dada la inconstancia de los moros.

Como en escribir y tener contestación se había de pasar algún tiempo, no quisieron nuestros Religiosos estar ociosos, y por tanto determinaron dar una Misión, pues era el santo tiempo de Cuaresma. Copiosísimos fueron los frutos recogidos, porque la voz del P. Prado, que era el encargado de casi todos los sermones, de tal manera se insinuaba en los corazones y apretaba las conciencias, que todas se movían á la reforma de sus costumbres, y á emprender una vida santa. Hizo además varias procesiones para alentar con su ejemplo á los tibios, estimular á los olvidados y fortalecer á los fervorosos, edificando á todos con las penitencias que inventaba.

En una de esas procesiones, que era de Jesús Nazareno con la cruz á cuestas, había predicado un P. Jesuíta, confesor del Gobernador, ponderando las fatigas del Redentor con tanta ternura, que hizo derramar muchas lágrimas. Oyó nuestro Santo la divina palabra con tanta emoción de su espíritu, que empezó á sollozar y concluyó por llorar amargamente. Así estuvo largo rato en la Iglesia, hasta que ya formada la procesión salió á encontrarla por una calle. Luego que divisó la imágen del Nazareno clavó los ojos en ella, y sin poder reprimirse empezó á decir con sentida de-

voción:

«¿A dónde caminais, dulcísimo Nazareno de mi alma, con tan pesado madero? Si vais, Pastor Divino, á buscar la extraviada ovejueta, yo soy la que ingrata á vuestra solicitud y desvelo, quiso más pastar el alimento nocivo de la culpa, que los suavísimos néctares de vuestras misericordias. Hijo pródigo soy, piísimo Padre, que disipando todo el copiosísimo caudal de tantas fatigas, he tratado más de estar en la vil servidumbre del demonio, que en la amable clausura de vuestra casa, como hijo de vuestro cariño. No paseis más adelante, Redentor mio, si cuidadoso buskais pecadores, porque yo soy el mayor que podeis hallar... Si es mia la culpa, ¿cómo vos llevais la pena? por qué la inocencia muere y ha de vivir el culpado? No, no ajusta bien esa cruz en quien no tiene más delitos que hacer bien á culpados.» Sacó un santocristo que traía consigo, y volviéndose al pueblo dijo: «Yo, cristianos, el hombre más indigno, soy la causa de lástima tan sin igual: yo soy quien á vuestro Dios quitó la vida; tomad venganza de mí.»

Así prosiguió predicando al pueblo, y exhortándole á que llorase sus culpas y la Pasión afrentosa de nuestro Divino Salvador; siendo tan grande el llanto con que le correspondió, que no se oían más que suspiros. Por haber llovido y estar las calles intransitables, tuvo que subir la procesión á la mu-

ralla. Iba todavía el Santo predicando, pero ya tan fuera de sí, que al ímpetu de su fervor voló por el muro, prosiguiendo así mucho espacio sin poner los piés en el suelo, como lo testificaron todos por ser tan público el rapto. Con esta maravilla y otras muchas que le notaron, aunque procuraba ocultarlas cuanto podía, fué grande la veneración en que le tuvieron y eficacísimas sus exhortaciones en los santos ministerios; con lo cual ganaba á muchos para Cristo, confirmando á otros en el ejercicio de la virtud. Hasta los niños, enfermos y encarcelados participaron del fruto de su apostólico celo, pues á los primeros les acariciaba y enseñaba la doctrina cristiana, y á los otros los visitaba, consolaba y hacía saludables exhortaciones.

Entretanto supieron los Religiosos que el Emperador de Marruecos había revalidado el salvoconducto franqueándoles la entrada en sus dominios, y dispuesto que Francisco Roque viniese á buscarlos; pero el Gobernador nada les decía, ni les dejaba salir á pesar de sus reiteradas instancias en los tres meses y medio que allí llevaban, escudándose siempre en razones de estado que los Religiosos no comprendían. No faltó quien, con la mayor reserva, les declarase por fin el enigma de esas razones de estado, que tanto ponderaba D. Francisco de Almeida.

Tenía el General en su compañía unos Padres

Jesuitas, portugueses. Estos, celosos de la conversión de las almas y de las glorias de su nación, hicieron entender al Gobernador que á ellos, antes que á ningún otro, tocaba aquella heróica empresa, por ser la Plaza de Mazagán, que era la entrada para Marruecos, de jurisdicción portuguesa, y por tanto, que ellos debían ser los primeros labradores que entrasen á laborear aquella inculta viña del Africa; con lo que conseguirían gloriosos laureles para la Compañía de Jesús y nuevos timbres para su nación. Convencieron con esto último al Gobernador, que aunque cristiano, era también portugués, y por ende celoso y con pasión decidida de que Portugal se llevase en esto la primacía.

Informados de todo nuestros Misioneros, consultaron entre sí la resolución que tomarían, y determinaron salir fugitivos é internarse en Berbería, sin que nadie diera cuenta. Para preparar la fuga, dieron en salir por las tardes á unos huertos extramuros de la Fortaleza con pretexto de entregarse con más recogimiento á los ejercicios espirituales: continuaron estas salidas por unos días, y cuando lo creyeron oportuno, salieron con intención de no volver. Habían convenido en que se quedara Fr. Ginés en Mazagán con objeto de disculpar su ausencia y entretener la gente de la Plaza, para que los PP. ganasen camino y no fueran alcanzados, caso que quisieran ir en su busca y captura. Después que los santos fugitivos se

vieron fuera de las murallas, se escondieron en una noria, para no ser vistos de la gente que venía á recogerse al oscurecer, y luego que notaron que ya no transitaba nadie, se fueron por terrenos quebrados con gran fatiga y derramando mucha sangre por las caídas que daban, á fin de que los centinelas no los divisasen. Siguiéron después por entre unos sembrados, hasta que ya entrada la noche salieron á la playa, caminando con intención de no detenerse hasta Azamor, que distaba dos leguas. Pararonse á descansar un breve rato, en cuyo tiempo comprendieron que había sido notada su fuga en el Presidio, porque oyeron un cañonazo.

Tenía el General un hijo que se había encariñado con los Religiosos: como dos horas después de oscurecer fué al cuarto de Fr. Ginés con quien estuvo hablando un rato, y después quiso ver á los PP. No hallándoles en sus aposentos preguntó por ellos á Fr. Ginés que le respondió con la prevenida excusa; pero como tanto él como su padre se temían de la fuga, por los antecedentes que había, las excusas de Fr. Ginés se hicieron confirmaciones. Dió, pues, el muchacho cuenta inmediatamente á su padre de lo que sucedía; y éste mandó disparar un cañón, que era señal de llamada. Reunida la tropa al estampido del cañón, dió orden de salir en busca y captura de los Religiosos, y él mismo los acompañó para que se anima-

ran los soldados y no hubiera fraude alguno.

Tres cuartos de legua habían andado los Religiosos cuando se pararon á descansar, y estando en esta quietud oyeron el estampido del cañón; por lo que sospecharon que era aviso para salir en su persecución. Echaron de nuevo á andar y caminaban á buen paso; pero conociendo Fr. Matías que se cansaba el P. Prado por ser ya anciano y estar rendido de las caídas que había dado, le pareció más conveniente ocultarse y descansar, hasta que pasase el presumido asalto.

Extiéndese desde Mazagán hasta Azamor una escabrosa sierra, llena de malezas y concavidades. A este sitio se retiraron los dos Religiosos en busca de un albergue que los ocultara de los registros que temían. Hallaron una gruta y en ella se sepultó el P. Prado, tapándole luego Fr. Matías con algunas ramas que pudo haber á las manos, y no lejos de allí se escondió él en otra con la misma diligencia.

Ya en este tiempo andaban los soldados repartidos por aquel sitio, registrándolo todo, dando voces y haciendo un ruido espantoso; sin embargo, nada oyeron los Religiosos fugitivos. Hízolo así sin duda Dios, para que no peligrasen sus vidas; porque si hubieran oído el ruido, se hubieran internado en los breñales de la sierra para no ser descubiertos, con evidente peligro de ser presa de las fieras ó cautivos de los moros que allí

estaban emboscados. Así estuvieron cuatro horas; y no percibiendo nada, salió Fr. Matías de su gruta y se fué donde estaba su Prelado. Pusiéronse á discurrir sobre el cañonazo oído, no dudando que habría sido para salir á buscarlos, pero que sólo lo habrían hecho en las inmediaciones de la muralla por ser de noche, y que se habrían retirado á su fuerte, aplazando la busca para la aurora.

En vista de esto les pareció que podían y debían proseguir su camino para estar en Azamor al romper el alba, y así no los alcanzaría el General, caso de seguir en su busca á la mañana siguiente. Bajaron, pues, á la llanura y caminaban hablando sin cautelarse de que nadie pudiera oírlos; cuando tres caballeros que estaban apostados en una senda, oyeron ecos confusos, aplicaron el oído y percibieron voces castellas: se fueron acercando sigilosamente, y conocieron que eran los dos Religiosos que buscaban: picaron sus caballos, y en breve se pusieron delante de ellos. Algo asustados los Religiosos, dijeron: ¿Qué gente viene? Los caballeros les respondieron: «O Padres, nunca nos presumimos de su discreta capacidad determinación tan peligrosa, pues hemos estado á pique de perdernos todos y la Plaza.»

Los PP. replicaron: «Pues vuestras mercedes se acreditan de temerarios, ó no ha sido grave el peligro que ponderan; pues por oponerse á dos pobres frailes desnudos, que siguen la vocación di-

vina, han puesto á riesgo la Fortaleza que su Rey les confi6....» Les amenazaron con las censuras en que incurrian si los echaban mano; así que sin atreverse á detenerlos en su marcha, los iban humildemente suplicando que se volvieran con ellos á la Plaza. Viendo el santo tes6n con que continuaban su camino los Religiosos, uno de los caballeros se fué corriendo al Maestre de Campo, dándole cuenta de lo ocurrido. Vino éste, y no logrando sus súplicas más que las de los caballeros, despachó un ginete á dar noticia al Gobernador, que se alegró sobremanera.

Llegó el General inmediatamente, y poniéndose de rodillas á los piés del P. Prado le suplicó encarecidamente que se volviera á la Plaza. Resistieron los Religiosos intimándole las iras de Dios y de su Iglesia, si les impedían el camino; pero el católico caballero les dijo: «Mi ánimo en la salida ha sido sólo detenerlos, no para impedirlos, sino para que otro dia salgan con el acompañamiento debido á sus personas, correspondiendo al encargo que me hace el Sr. Duque de Medina; y así hago juramento al Hábito que traen puesto, que mañana se ha de efectuar el tránsito sin riesgo de los moros. Rindióse el venerable Padre á la palabra de honor y al juramento del General; pero Fr. Matías desapareciendo con disimulo, proseguía su camino; lo que notado del General, dijo al P. Prado que como Prelado lo detuviese con la

voz de su autoridad. El Padre le respondió que aquel Religioso seguía su vocación, y que él no podía mandarle, ni impedirle lo que Dios le determinaba; que su Excelencia hiciera lo que quisiese. Fué el General mismo á detenerle; y abrazándole con cariño, no pudo Fr. Matías deshacerse de él hasta que consintió en volverse. Regresaron, pues, á la Plaza, gustosísimos los militares y con sentido disgusto los Religiosos, habiendo sucedido aquella noche varias maravillas, y entre ellas el haberse mezclado los cristianos con moros que estaban emboscados, sin haberse conocido unos á otros, ni hecho daño alguno, como después se dirá.

Luego que vino la aurora, celebraron Misa los Religiosos y comulgó Fr. Ginés, con ánimo de salir aquel mismo día. Esta era también la intención del General por no faltar á su palabra y juramento; pero afligíale mucho su marcha, porque los amaba entrañablemente y temía por sus vidas: estaba perplejo y no sabía qué resolución tomar, en vista de lo que le acababa de participar el correo de Marruecos, el moro *Alfaqueque*. Por este supo que había sido asesinado el Emperador que había concedido el salvo-conducto á los Religiosos, y que le había sucedido en el Trono su hermano *Muley el Gualí*, hombre alevoso, ambicioso, cruel y contrario á toda disposición del anterior Emperador, que fué cosido á puñaladas por su orden y

dinero. En virtud de estas tristes noticias convocó á los Eclesiásticos, á los dos Jesuitas, á las personas principales de la Plaza y á los tres Religiosos Franciscanos, y dijo: «Padres: para que vean que no falto á la palabra y juramento, he convocado á todos estos Señores, ante quienes hago esta protesta. Los santos intentos de VV. PP. han sido muy públicos á todos y de singularísimo ejemplo....» Dilatábase mucho el preámbulo del Gobernador, y con una santa impaciencia le interrumpió Fr. Matías diciendo: «Ni hay más que hablar, ni nosotros tenemos otra cosa que escuchar; pues todo eso se dirige á impedir nuestro camino. Parece que su Excelencia no teme á Dios, ó quiere temerariamente provocar su justicia, pues ahora con un fútil y nuevo motivo quiere volvernos á embarazar nuestro llamamiento....»

Quedó el General corrido con tan valiente contestación; esto no obstante, replicó que su ánimo no era impedirlos, pero que se necesitaba nueva licencia por haber muerto el Emperador que concedió la primera. Había estado el P. Prado escuchando y sin desplegar sus lábios; pero así que oyó hablar de nueva licencia rompió el silencio y dijo con voz fuerte: «Señor, á mi me basta la licencia de Dios para pasar; y esta ya la tengo, pues me la ha concedido su Iglesia y mis Prelados. Bien sabían estos la poca seguridad que hay en palabras de moros y el peligro de que nos hicieran

cautivos; esto no obstante, nos concedieron sus licencias para pasar. Pues ¿por qué quiere Vuestra Excelencia con temeridad de soldado impedir la obligación que tenemos como ministros del Evangelio de Jesucristo? ¿Ese nuevo Rey podrá con nosotros más que hacernos esclavos suyos, darnos muchos tormentos, y quitarnos inhumanamente la vida entre mil crueldades? Pues eso mismo venimos buscando nosotros. ¡O quién fuera tan dichoso que pudiera merecerlo!» Diciendo esto se enagenó de los sentidos, y quedó por algún tiempo extático á vista de los circunstantes, que dijeron al General entre admiraciones: «Cuando Dios con tantas maravillas manifiesta su voluntad, sería irritar su justicia retardar lo que en sus siervos inspira.» No quiero dilatar más su viaje, contestó en vista de esto el Gobernador, porque me llega muy al corazón el sentimiento de Vuestras Pateridades.

Escribió luego al alcaide de Azamor, sin darse por entendido de la muerte del Emperador, diciendo cómo dos Religiosos habían llegado á su Fortaleza para pasar á Marruecos: que tenían salvo-conducto del Emperador, para quien llevaban cartas del Duque de Medina; y por tanto, le suplicaba que enviase algunos moros de autoridad que sanos y salvos los llevasen á la presencia del Rey. Mandó juntar después la nobleza y la tropa; y á son de marcha salieron á despedirlos como

tres cuartos de legua. Llegados al sitio señalado, hicieron alto; el venerable P. Prado les pagó con una plática la buena acogida que les habían dispensado, pidiéndoles perdón de sus altercaciones, instancias y diligencias. Se fueron después despidiendo entre lágrimas y suspiros, é hincados de rodillas recibieron su bendición, volviéndose unos para Mazagán y caminando los otros hácia Azamor.

Era muy aficionado al santo Prado un Capitán de la Plaza, llamado D. Gaspar Rodríguez. Este por ocupaciones imprescindibles no pudo venir á despedirle en compañía de los demás militares; más luego que se desocupó, salió á cumplir esta cortesía. En el camino encontró á los que regresaban, y con licencia del General para despedirse del Santo, corrió hasta alcanzarle. Se apeó del caballo, le abrazó, recibió su bendición y volvió á montar; pero reparó que se le quedaba en tierra la lanza. Por pronto que quiso apearse á recogerla, ya la tenía en su mano el P. Prado, pareciéndole al caballero que con este solo hecho su lanza quedaba dichosísima, y así pidió que la bendijera y le encomendara á Dios para que con ella tuviera buenas empresas. Hízolo así el Siervo de Dios, diciéndole al entregársela: «Tome vuestra merced su lanza, y crea que con ella conseguirá gloriosos triunfos y no le sucederá mal alguno.» Así sucedió, pues con ella alcanzó de los moros muchas

victorias, y no le sobrevino desgracia alguna.

Cuando ya se vieron solos nuestros buenos Religiosos, tomó la palabra su Prelado, y los exhortó al buen ejemplo entre los moros, á la constancia en la fé en medio de los tormentos, á la compasión con los cautivos, y á quedarse en cadenas, si necesario fuera, por cualquier alma. Los animaba al sufrimiento en las penalidades, á la paciencia en las injurias, y á la santa libertad en defender la fé y en abominar la maldita secta de Mahoma. Mandó después á Fr. Ginés que pusiera en un báculo un lienzo que llevaban prevenido, para que los moros cuando los vieran conociesen que iban de paz.

Al poco rato descubrieron tres moros de á caballo, con sus lanzas, que sin duda eran los que mandaba el alcaide de Azamor en vista de la carta del Gobernador de Mazagán. Se llegaron á los Religiosos, y para cerciorarse de si eran los que venían á esperar, les preguntaron en mal castellano que *si huían*; á lo que los Religiosos contestaron en no mejor árabe *que no*, porque ya en Mazagán habían mal aprendido algunos términos, añadiendo: «Venimos á traer cartas de grandes inteligencias á vuestro Rey, y así llevadnos al alcaide de Azamor, para que disponga lo que más convenga en esta materia.» Los tres moros se ofrecieron muy corteses á cumplirlo, y así los fueron acompañando hasta la presencia del alcaide

Traya, que así se llamaba el que gobernaba á Azamor.

Cuando los Religiosos entraban en Azamor, era la hora en que los moros labradores salían á sus haciendas. Al ver su hábito, extrañaron tanto el remendado sayal, que los hubieran cruelmente mortificado, si no los defendieran los tres moros que los acompañaban, siendo tanta la chusma que acudió á ver la novedad, que fué preciso abrir camino con las lanzas. Juzgaban todos que los llevaban cautivos: y como el cautivar cristianos es para ellos el triunfo más glorioso, lo solemnizaron con voces descompasadas, alabando á su Profeta, maldiciendo á nuestros Religiosos, y tirándoles muchas piedras.

Los presentaron al alcaide que los recibió benigno; y habiéndole entregado las cartas que llevaban para él, las estuvo leyendo y luego pidió las que iban para el Emperador. Diéronselas y también el salvo-conducto, que besó y puso sobre su cabeza, una vez que lo reconoció por verdadero, ceremonia reverente que los moros acostumbra. Después les dijo como había muerto el Emperador que dió el salvo-conducto, y que reinaba ya su hermano *Muley el Gualí*. Los Religiosos, haciéndose de nuevas, le respondieron que no había sido su ánimo entrar en sus tierras sin todos los requisitos necesarios: y puesto que imaginaban que era preciso contar con el gusto del actual

Rey, que se querían volver á Mazagán. Comprendieron nuestros Misioneros que no lo había de consentir, como efectivamente sucedió, pues les aseguró que el Emperador los recibiría con toda benignidad, á pesar de no saber nada de su entrada: que le avisaría luego, y entretanto se estarían con él en Azamor.

Llamó al *Xeje* de los judíos, que es su capitán, y le mandó que preparase hospedaje para los forasteros y les asistiera con todo lo necesario. Mientras esto se hacía, estuvo hablando con los Religiosos por medio de *Truximanes* judíos, que sabían el castellano, haciéndoles varias preguntas, y entre ellas esta: por qué noches anteriores habían disparado una pieza en Mazagán: (se refería á la que dispararon para salir en busca de los Religiosos cuando salieron fugitivos). Respondieron que habían ellos emprendido su viaje aquella tarde; y como á tres cuartos de legua de camino había venido á detenerlos el General con su tropa, por creer que no era conveniente proseguir el camino por ser tarde; y que para juntar la tropa había ordenado disparar la pieza. Informado el alcaide de la hora de salida y del sitio por donde anduvieron nuestros soldados, no lo podía creer, porque á esa misma hora había estado él con su gente en el mismo parage aquella noche.

Fué el caso de la manera siguiente. Acostumbraban los moros de las plazas fronterizas valerse

de la oscuridad de la noche para hacer cautivos, emboscándose en las cercanías de los límites territoriales. En la noche de la fuga de los Religiosos salió á este fin el alcaide de Azamor con su tropa y muchos de los que viven en las serranías de Azamor, y se emboscaron como á tres cuartos de legua de Mazagán. Oyeron el estampido del cañón, se reunieron los principales en consejo para deliberar sobre lo que aquello sería, y convinieron en poner espías que avanzando por el campo, dieran noticia de las novedades que vieran. Salieron estos reconociendo el terreno, y hallaron grupos de gente, que eran nuestros soldados: oyeron mucho ruido y percibieron voces confusas; pero no se atrevieron á acercarse mucho, por temerse algún riesgo. Dieron cuenta á su alcaide, y discutiendo en su consejo que serían moros paisanos que salían á lo mismo que ellos, y que habrían ido hasta cerca de Mazagán, por lo cual les habrían disparado aquella pieza, dió orden que toda su gente se estuviera quieta en la emboscada hasta la aurora; venida la cual, se volvieron para Azamor como habían ido.

Era el sitio donde se emboscaron los moros el mismo por donde anduvieron desparramados nuestros soldados buscando á los Religiosos, que estaban escondidos en sus grutas como á un tiro de piedra de los moros; y á pesar de hacer mucho ruido, dar voces, disputar fuerte con los Religio-

sos para que volvieran á Mazagán, y mezclarse con los moros por ser la noche muy oscura; sin embargo, no se conocieron unos á otros, ni se hicieron daño alguno. Hízolo Dios así, porque de otra manera hubieran muerto todos los cristianos y se perdiera la Plaza, pues para cada soldado nuestro traía el moro diez infieles. De este modo premió el Señor la cortesía y caridad del Gobernador de Mazagán para con los Religiosos, haciendo tan claro milagro en atención á sus siervos, no sea que luego los culparan de la desgracia.

Enterado de todo el alcaide, fué muy grande el sentimiento por no haber aprovechado tan buena ocasión para sus intentos, atribuyéndolo todo á hechicerías de los cristianos. Disimuló cuanto pudo, pero al fin desahogó su corage en los judíos por no tener preparado el hospedaje. Después de todo arreglado, dejó en él á los Religiosos asistiéndoles con lo necesario, hasta que el Gobernador de Mazagán los socorrió con limosnas.

Se quedaron con los Religiosos algunos judíos, y entre ellos uno llamado Rabbi Samuel Arroyo, que se tenía por muy leido y entendido. Este, como el mayor Sabio de la Sinagoga explicaba la Ley, y hacía tiempo que no quería disputar dogmas con los católicos cautivos, porque le parecían poco instruidos en materia de Religión; así que su presunción de docto no le permitía rebajarse á altercar con ignorantes. Cuando vió el

continente del P. Prado y supo que era Maestro en doctrina, se dejó caer con una diabólica sagacidad moviendo cuestión sobre su esperado Mesías. El venerable Padre que no quería más oír, soltó los raudales de su vasta ciencia; y corrigiendo los errores de su contrinca en la exposición de las Sagradas Letras, le presentó argumentos tan insolubles con textos abundantes, literales y genuinos de la Escritura, que aunque el Rabino quedó obstinado en su error, confesó sin embargo que el Religioso tenía un *acre entendimiento*, una *irrefragable ciencia* y *que era fuente de la Escritura*. Este mismo testimonio, dado por el judío, está inserto en el proceso de beatificación del Santo.

Se divulgó esta noticia, y quisieron también algunos moros, de los que se llaman sábios, tantear cómo sentía el P. Prado acerca de su Profeta y doctrina, que ellos tenían por una suave y apetecida libertad. El Santo no tuvo reparo en calificar de embustero é impostor á Mahoma, de brutales sus principios y doctrina, y de maldita su secta, destinada á vivir en la tierra como los brutos, y después á quemarse eternamente en el infierno con su perverso maestro; en tanto que la Ley de Cristo era toda celestial y divina, que además de enseñar á vivir racionalmente y llenar de gozo al alma, introduce en el cielo y colma de dulzuras inefables.

Confusos y avergonzados quedaron aquellos vanidosos sábios ante el inmenso gentío que había acudido á la disputa, por no saber qué responder al Padre que los redujo al silencio con sus argumentos. Tuvieron intención de poner en él las manos, pero los detuvo el temor al alcaide y Emperador, por cuanto los Religiosos habían entrado con su seguro y estaban bajo su protección; por milagro debe reputarse que no le delatasen á la justicia como blasfemo de Mahoma y de su Alcoran. Los compañeros del Santo, temerosos de que así lo hicieran los moros y él solo fuese martirizado, arrojándolos á ellos de aquellas tierras, le suplicaban que templase sus fervores; pero él, á pesar de prometérselo, faltaba fácilmente á su promesa cuando se presentaba ocasión, sin poderlo remediar; tal era su celo por la fé de Cristo y por la salvación de aquellas almas que veía miserablemente engañadas y en las garras del demonio. Catorce días estuvieron en Azamor hasta que vino órden del Emperador que pasasen á su Corte.



CAPÍTULO XVIII.

SALIDA PARA MARRUECOS
Y CIRCUNSTANCIAS DEL VIAJE:
DAN LA EMBAJADA AL SULTÁN, Y CELEBRAN
EL DOMINGO DE RAMOS CON LOS CAUTIVOS.

PEELIGROSO era el viaje á Marruecos por los muchos ladrones que frecuentaban sus caminos; razón por la cual el alcaide recibía enviarlos solos, y así esperó á que se formase una *Cáfila* (grupo de gente armada) para que fueran en ella. Formóse una bien numerosa, y en ella resolvió enviar á los Religiosos dándoles su licencia y seguro. Componíanla moros y judíos, mortales enemigos de nuestra fé y llenos de odio y deseos de venganza contra los ministros evangélicos por las disputas habidas; así que determinaron quitarles la vida en el camino para satisfacer su cólera. Consultaron el mejor medio para conseguir su intento y quedar impunes del atentado, y se resolvieron á ponerlo en ejecución; pero Dios que nunca abandona á los suyos, movió el

corazón de un moro que llamándolos aparte, les descubrió como les querían dar veneno; con cuyo aviso se pusieron en guardia y evitaron el peligro, quedando agradecidísimos al bienhechor.

Mucho tuvieron que sufrir en esta jornada, porque, á más del sobresalto continuo por ir en tan mala compañía, el camino era penosísimo y descansaban muy poco: los calores excesivos: el agua para beber excasa y cenagosa: y los alimentos casi nulos, porque vivían de la caridad, virtud rara entre los de la comitiva. Había querido el alcaide de Azamor darles algunas provisiones para el viaje, pero el Santo las rechazó urbanamente, cosa que admiró el alcaide. Los compañeros le suplicaron que permitiese buscar, admitir y llevar algo, porque el camino era largo, despoblado y los de la *Cáfila* enemigos del nombre cristiano; pero el Santo les contestaba con las palabras del Evangelio: «No lleveis alforja para el camino.» Le replicaban que eso era mero consejo y no precepto formal; y caso de ser precepto, de él dispensaban las Bulas Pontificias que tenían en su favor; por tanto, que no era prudente irse sin nada, sino más bien tentar á Dios, máxime habiendo razones para dudar de la caridad de los acompañantes. Mas él les respondió con espíritu apostólico y profético:

No ignoro las muchas causas que concurren para poder admitir provisiones sin gravámen de conciencia; pero creo que todas las que VV. Cari-

dades alegan tampoco las ignoró Nuestro P. San Francisco, y mucho menos la infinita Sabiduría; y el uno en su Evangelio, y el otro en su Regla, nos encargan que no llevemos provisión alguna. También sabían que aquellos á quienes dan este consejo habían de hacer viajes, como nosotros, entre infieles, pues les mandan predicar el Evangelio á toda criatura; luego en tierra tan ingrata como esta tenemos de nuestra parte el Evangelio: está empeñada la palabra de todo un Dios, que nos asegura lo necesario para no morirnos de hambre. Además de esto, quien nos hace limosna entre cristianos es la divina inspiración que mueve los corazones para que nos socorran, como lo experimentamos en toda nuestra vida; ¿no podrá Dios, pues, mover á estos infieles á hacernos caridad, cuando ablandó la dureza de un peñasco en el desierto para socorro de los Israelitas? Y caso de que ellos resistan á la divina inspiración, ó no quiera Dios tomarlos por instrumentos de sus piedades, ¿no podrá hacer un milagro con nosotros en esas soledades? No, no se le ha acabado el poder con que alimentó á las muchedumbres que le seguían en Judea, y á los Israelitas 40 años en el desierto. Bien conozco que cuando las cosas pueden hacerse por medios humanos no se deben pedir á Dios milagros; pero yo no los pido, sino que quiero hacer lo que el Santo Evangelio y la Regla me aconsejan; el hacerlos ó no, queda de

cuenta de Dios: yo hago lo que debo y Dios hará lo que fuese servido. *Estoy segurísimo que no nos hemos de morir de hambre*, si caminamos con fé viva; el modo cómo nos hemos de socorrer, á Dios toca. Su providencia nos cuida y su palabra está empeñada; por tanto, no he de permitir que se lleve alimento, dado por la vanidad de los hombres, cuando lo podemos esperar de la mesa de la divina providencia, á impulsos de nuestra fé.

Con esta edificante contestación quedaron sus dos compañeros resignados á la voluntad de Dios, que permitió que su discurso llegase tanto á lo humano, para que sobresaliese la fé de su Siervo que era quien debía darles ejemplo como Prelado; viendo después premiada en aquél viaje su evangélica pobreza y confirmado cuanto les había dicho. Salieron, pues, de Azamor sin más provisiones que la confianza en Dios por consejo de su Prelado. Acostumbraban, cuando paraba la Cáfila, retirarse á sitios ocultos para rezar y hacer algunos ejercicios espirituales. Habían caminado todo un día sin tomar alimento alguno; y como ya llovía sobre mojado, por ser tiempo de Cuaresma, comprendió el Santo que sus compañeros sentirían mucha hambre, porque también él la sentía. No se atrevían á decirle nada, aunque bastante lo demostraban sus rostros, hasta que el Padre les dijo: «¡O qué poca fé tienen, hermanos! Aliéntense, que pronto verán como la Divina Providencia

cuida de sus ministros. Vamos á dar de comer al alma, que los hermanos cuerpos no se quedarán sin comer á su gusto.» Retiraronse á un sitio solitario, y hallaron en él unos manteles tendidos con tres servilletas muy aseadas, pan blanquísimo y muy tierno, y algunos peces aderezados. Como en aquella tierra no se acostumbran servilletas ni manteles, y estos estaban sin estrenar, conocieron por esto que era mesa que les preparaba el Padre celestial. «¡Ea, que no llegamos tarde, dijo el Santo! Coman, hijos; que les aseguro que estará muy bien sazonado ¿Para qué queremos más provisiones que una fé viva, si Dios sabe premiarla con tanto esmero?»

Pasmáronse los compañeros al palpar tan gran prodigio: comieron muy á satisfacción de su necesidad que era mucha; y después de dar gracias á Dios por tan señalado beneficio, quiso uno de ellos, fuese inadvertidamente ó como reliquia del milagro, recoger los manteles, servilletas y algunas sobras; pero el Santo le dijo con cierta gracia: «¿Ese pago, hermano, quiere dar á quien nos ha hecho tan espléndida limosna? A nosotros sólo nos han convidado á comer, no á llevar. ¿Qué refectorio quiere preparar, pues tanto cuidado pone en recoger manteles y servilletas? Déjelas en su sitio; que quien tuvo tanto cuidado en prevenirnos la comida, no se descuidará en recogerlas.»

Así lo hicieron, y siguieron su camino fortale-

cidos con el milagroso alimento, moviendo Dios en adelante el corazón de varios infieles que les daban algunos pedazos de pan. Al cabo de cuatro días, llegaron á las márgenes de un río distante de Marruecos dos leguas. Aquí hicieron alto: descansaron de sus fatigas y se refrescaron con sus cristalinas aguas, avisando en la Corte su llegada, como era costumbre y según orden que tenían.

Luego que los cautivos tuvieron la feliz noticia de que estaban tan cerca los Padres, pidieron licencia al alcaide que los custodiaba para salir á recibir á sus *Cazizes*. Se la concedió á condición de que no pasaran de un sitio señalado; pero ellos, una vez obtenida, salieron unos á pié y otros á caballo y no se detuvieron hasta donde estaban los Padres. Al verlos venir el santo Prado, les salió al encuentro con sus dos compañeros, y con los brazos abiertos les decía: «Venid á mí, hijos míos: venid á mí, queridos hermanos, engendrados en las amorosas entrañas de nuestro buen Dios y reengendrados en las sagradas aguas del bautismo, tan ignorado en esta tierra infeliz: venid á mí que os busco;» y entre estas razones y otras les fué abrazando cariñosamente á todos. Los pobres cautivos, no pudieron contener las lágrimas al oír tales expresiones de ternura, y unos se echaban á sus piés, otros les besaban las manos y el hábito, y todos les hacían tales demostraciones de cariño y respeto, que los infieles estaban admirados, al con-

templar tanta veneración.

«Venimos, continuó diciéndoles el Santo, á ayudaros á arrastrar las pesadas cadenas de vuestra miserable esclavitud, y á gemir con vosotros en las prisiones; y no desistiremos del empeño menos que á falta de la vida. Tendreis en nosotros ministros para vuestras almas, padres para vuestro cuidado, hermanos para vuestro alivio, amigos para vuestras necesidades y compañeros para los trabajos.» Decía esto tan de veras y derramaban sus venerables ojos tantas lágrimas, que se volvió á renovar entre los cautivos la escena de cuando llegaron, dándose mil parabienes por haber logrado ministros en cuya compañía se consideraban casi felices en medio de su miserable estrella.

Estaba ya ordenada la *Cáfila*, y los Religiosos se dispusieron á entrar con ella en la Corte. Empezaron la marcha acompañados de los cautivos que no acertaban á separarse de ellos, y al llegar á una fuente que está ya cerca de la ciudad, viendo que los Religiosos iban desfallecidos, solitaron tiempo para descansar un poco y tomar algún refrigerio. Sacaron los pobres cautivos unos duros pedazos de pan, fruto de sus continuos sudores, y tomaron algunos bocados los Padres apreciando mas aquella pobre comida, oferta de los que gemían en el dolor, que cuantos platos delicados se sirven en las mesas de los grandes. Después, considerando el santo Prado los abrasa-

dores ardores del sol, las aguas cristalinas de aquella fuente, el tiempo santo de Cuaresma en que estaban, y el estado miserable en que se hallarían tal vez muchos de los cautivos por la suma fragilidad y carecer de ministros, se le representó nuestro Divino Redentor, cansado del camino, fatigado por la sed, molestado por el sol, y sentado junto á la fuente de Sicar, en busca de la cautiva Samaritana. Tomando ocasión de este hecho evangélico, empezó á conversar familiarmente con los cautivos en el negocio de la salvación; y sacando un crucifijo que llevaba pendiente del cuello, los exhortó á seguir en la penitencia á la feliz Samaritana, ya que muchos la habrían imitado en la culpa, y á conservarse firmes en la fé aunque tuvieran que morir entre crueles tormentos. Tanto se enfervorizó su espíritu, que quiso entrarse por la ciudad predicando á Jesucristo, y así lo hubiera realizado si sus dos compañeros y los cautivos no reprimieran sus ardorosos impulsos, diciéndole que si esto hacía era seguro quedarse sin ministros como estaban antes, porque el Emperador le haría morir á él y á sus dos compañeros. Con estas breves razones se contuvo, aunque de muy mala gana, porque su espíritu se consumía de celo por la salvación de las almas.

Al dar vista á la ciudad lloró y suspiró sobre ella, como Jesucristo sobre Jerusalén. Consideró la innumerable multitud de almas que bajo aque-

lla soberbia fábrica dormían el sueño de la muerte, engañadas con los funestos errores de Mahoma, y que fácilmente podían despertar y conocer la verdad, si recibían la embajada que el Señor se dignaba enviarles; pero al prever que obstinadamente cerrarían los oídos y darían muerte cruel á los enviados de Dios, sus entrañas se conmovieron de compasión y dolor al contemplar tanta desgracia y la eterna condenación que les esperaba, escapándose del fondo de su amoroso corazón un «¡Ay de tí, Marruecos!» capaz de enternecer á los más duros peñascos. Besó el suelo antes de pisar sus calles, correspondiendo con mansedumbre á la que sabía le había de corresponder con tantos agravios; y se quitó antes de entrar dentro de sus muros, unas sandalias que había usado en el camino, para hallarse más ágil en la lucha que le aguardaba.

Entraron en Marruecos, cabeza de tanta infidelidad, y se dirigieron á ver al Rey. Como se había divulgado la noticia de que venían Embajadores con cartas para el Sultán, fué inmenso el gentío que concurrió á presenciar su entrada. Creían los musulmanes que los Enviados vendrían con deslumbradora pompa; pero al verlos pobres, humildes, descalzos y vestidos tan toscamente, levantaron la voz bendiciendo á su Profeta y maldiciendo al Cristianismo. Llegaron entre voces é improperios al Palacio Real, con bastante tiempo

para ser recibidos; mas el Rey, después de hacerles esperar hasta ya entrada la noche, resolvió en consulta con sus alcaides que se difería la audiencia hasta que hubieran descansado los Embajadores. Dió orden á un judío, llamado *Xeque Israel*, que los hospedase en la Judería (barrio de los Embajadores) suministrándoles todo lo necesario. Este comprendiendo que tendrían sumo gusto en aposentarse en casa de algún cristiano, los llevó á la de Manuel Alvarez, superior de los esclavos, donde pasaron la noche en santa conversación con varios cautivos, á quienes dijeron que al día siguiente celebrarían Misa en la *Sagena* al rayar el alba. Tan luego como se corrió sigilosamente esta voz entre los cristianos, fueron muchísimos los que acudieron, deseosos de adorar reverentes á su Dios Sacramentado, porque hacia bastante tiempo que no le tenían entre ellos

Era la *Sagena* un barrio murado, en forma de carcel, en donde vivían todos los cautivos que no eran casados ni servían á amos particulares: figuraba un cuadrado y estaba todo cercado de muralla alta y fuerte, con cuatro torreones en los ángulos y tres puertas con planchas de hierro, que daban á la muralla. En ellas asistían de dia y de noche, las guardias que el alcaide tenía para la custodia de los cristianos. Dentro de la *Sagena* estaba la Iglesia de los cristianos, que era la antiquísima de la órden Franciscana y que fabricaron

los Godos, según común tradición. Aquí, sobornadas las guardias, vinieron en la madrugada los Religiosos y celebraron la santa Misa; después de ella les predicó el Padre Prado, exhortándoles y enseñándolos á prepararse para recibir los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, y terminando con la protestación de la fé y un ternísimo acto de contrición. Después se ocuparon en adornar la Iglesia, componer los altares, asear las imágenes y remendar los ornamentos, pues estaban muy deteriorados, volviéndose á su hospedaje cuando hubieron terminado estas faenas.

Desde que el Rey tuvo noticia por el alcaide de Azamor que habían llegado de España unos Religiosos con cartas para él, se puso melancólico y caviloso sobre tal venida; y cuando los tuvo en su Corte, empezó una serie de cabildeos y consultas con sus alcaides, que duraron casi dos días. Conocieron estos la displicencia del Rey en recibir á los Religiosos y el aborrecimiento que tenía á las cosas de su hermano, á quien él como otro fratricida Caín, quitó vilmente la corona y la vida; y de aquí tomaron pretexto los más de ellos para adularle, aconsejándole lo que era de su gusto é inclinándole á que no reconociera el salvoconducto que llevaban. Le dijeron, pues, que el Rey difunto era muy amigo de los cristianos; y que esto arguía que lo era él también en secreto; por lo cual justamente Dios le había despojado de

la púrpura y de la vida, colocándole á él en el trono para que defendiese la causa de Mahoma y de su ley, y destruyese todo lo que fuera contra sus santos ritos. «Sin duda, añadieron, el Rey difunto ha enviado por estos *Cazizes* cristianos para que acristianen á los moros y dijese Misa en su Palacio Real; á Vuestra Majestad toca no permitir en vuestros dominios gente tan maldita, que con el disfraz de Embajadores vienen á quitar las almas á Dios y entregarlas al diablo, haciendo cuatro encantos que nos venderán por milagros.»

Con estos diabólicos consejos, que el Rey agradeció y tomó por una rara agudeza puesto que le lisonjeaban, se puso hecho una hiena y determinó quitar la vida á los Misioneros; más el *Cadi*, que era el Supremo Maestro de la Ley y había estado observando silencioso los pareceres de aquellos aduladores, se opuso resueltamente diciendo: «Estos Frailes han venido bajo palabra real contenida en el salvo-conducto que dió el difunto Rey: aunque este es ya muerto, subsiste sin embargo la fuerza del privilegio, que dió la dignidad que nunca muere, sino que persevera en el sucesor; de otro modo jamás los hubiera enviado su dueño. Además, es muy poco honrosa para un Monarca esa determinación tan sangrienta, y ningún extranjero se atreverá en adelante á venir á estos reinos, viendo que tan fácilmente se quebrantan los seguros; aparte de lo que han dicho de esos

frailes no es más que una mera conjetura. Mi parecer es, para no caer en la nota de fementidos y vernos libres de recelos, echarlos de estas tierras, y con esto van suficientemente castigados.

Siguió el Rey este parecer, y mandó venir á los Religiosos á su *Alcazaba*. Fueron estos, y salió á recibirlos el Conductor de Embajadores, quien les advirtió que ejecutaran lo que á él viesen hacer. Pasaron varios patios, y al descubrir al Rey, que estaba en el Mexuar (recibimiento común) con el Cadí, varios alcaides y muchos moros de la nobleza, el Introdutor hincó tres veces las rodillas y besó otras tantas el suelo, haciendo lo mismo los Religiosos, aunque con intención muy distinta. Estaba el Rey sentado en una silla muy alta, con una pierna sobre otra y mofándose con los acompañantes, de los sayales de los Religiosos: llegaron estos, y puestos de rodillas ante aquel indigno Monarca, que parecía un sastre cosiendo, preguntó al santo Prado: «Quién eres, y á qué has venido á mis reinos?»

Sacó el Santo las cartas del Duque y le dijo: «Señor, yo vengo enviado del Excmo. Sr. Duque de Medina-Sidonia, que es Príncipe en España y de quién pocos ignoran sus grandes prendas. Quiere amistarse con Vuestra Majestad, como lo está con los demás Soberanos de Europa; y para estas inteligencias me ha enviado á mí con estas cartas á vuestros reinos: de su parte os ofrezco

una amistad muy segura, que confirmarán los primeros regalos de nuestro país.» «No quiero, semejantes correspondencias, respondió el Rey en tono altivo y descortés; sé muy bien la intención con que habeis venido á mis dominios y el fin para que os traía mi hermano; salid cuanto antes de estas tierras, sino quereis sentir el rigor de mi justicia.»

Instó el venerable Padre que los permitiese en su corte siquiera para experimentar en sus personas un rendimiento agradecido y alguna utilidad que le aliviase en el cuidado de los cautivos, pues les asistirían en sus enfermedades, y los harían dóciles, fieles y trabajadores con sus amonestaciones. «Tengo yo, dijo el Rey lleno de cólera, lindos palos, azotes, lanzas y plomo para hacerlos trabajar; y si cayeren enfermos y muriesen, no me quedará otro sentimiento, que no haberles yo mismo quitado la vida. No necesito, pues, de vuestras personas para nada, ni de vuestras cartas, ni de ese Duque que tanto me ponderais. Cuidado con que mañana esteis todavía en mi Corte, porque os haré confesar con exquisitos tormentos la trama oculta que traías con el Rey difunto.»

No le pareció al santo Prado que era aquella ocasión oportuna para predicarle los engaños de Mahoma y las verdades de nuestra santa Fé por estar turbado y colérico, y así afectando sentimiento por verle disgustado le dijo: «Siento mucho,

Señor, no haber acertado con lo que mi obligación pedía y el haberos destemplado; y puesto que no gustas que estemos en vuestros reinos, manda que nos den los despachos necesarios para irnos á nuestra tierra con toda seguridad.» El prometió hacerlo así, y se despidieron con las mismas ceremonias, saliendo de la Alcazaba desconsolados y volviéndose á su hospedaje.

Vista la insistente negativa del Rey, acudió el Santo á Dios, que es el consuelo en toda tribulación, y tuvo hablas interiores en que le volvió el Señor á asegurar la corona del martirio y tiempo bastante para confesar á todos los esclavos. Salió de la oración confundido de su nada, pero con el corazón dilatado por los favores recibidos: se fué á decir Misa á la *Sagena*, y después predicó á los cautivos que asistieron todos los que pudieron. Como estas juntas eran tan numerosas, no se pudieron ocultar á la malignidad de algunos renegados, que por adular al Rey, le dijeron que los *Cazizes* iban á catequizar moros á la *Sagena*. Con este informe siniestro, prohibió, bajo pena de la vida, que entrasen más en la *Sagena* los Religiosos, y repitió que salieran al instante de su Corte.

Fué esta orden cruel para los miserables cautivos y muy sensible para los Padres, porque habrían convenido en confesarlos á todos en la *Sagena*, que era el lugar más oportuno al intento; más en virtud de la prohibición, determinaron se-

pararse uno de otro, quedando el Prefecto en casa de Manuel Alvarez y yendo Fr. Matías á la de D. Andrés Camelo. Cada uno en su punto improvisó un altar para decir Misa, confesando los cautivos unos en una casa y otros en la otra. Innumerables fueron las conversiones y copiosísimos los frutos espirituales que recogieron entre los infelices cautivos, dándoles por fin el hábito de la venerable órden tercera de San Francisco.

Sólo había un cristiano, á quien no habían podido asistir por tenerle el Rey en prisiones. Este era Francisco Roque, aquel devoto mercader, corresponsal de Alonso de Herrera, que había remitido el salvo-conducto. El Rey anterior había mandado á un alcaide, llamado *Amuda*, que prendiese á Muley el Gualí, actual Emperador, y que le metiese en la cárcel. Hízolo así el alcaide, cerrando á Muley el Gualí en una mazmorra bastante indecente. Cuando Muley el Gualí subió al trono, quiso vengar el agravio en la persona del alcaide, pero no pudo porque se huyó á Mazagán refugiándose en casa de Francisco Roque. Al saberlo el Emperador, puso en la cárcel al mercader cristiano, creyendo que de este modo le entregaría el Gobernador de Mazagán el alcaide fugitivo.

Viéndose Francisco Roque tan injustamente preso, y oyendo á los cautivos los muchos frutos espirituales que recogían los Padres, sintió en el

alma no estar libre para participar de tanto bien: y así, escribió al P. Prado manifestándole el grande desconsuelo en que se hallaba, por no poder confesarse en un tiempo que tanto reclamaba penitencia. El Padre le contestó diciendo, que tuviera buen ánimo y confiase en Dios: que examinase bien su conciencia y estuviese prevenido, porque le tendría á su lado, cuando menos lo pensara. Todo se cumplió como el Santo lo profetizó, pues estuvo después con él bastante tiempo en la misma cárcel; y un día antes de que le prendiesen, despreciando peligros, salió, y entrando en la mazmorra en que estaba Francisco Roque sin que carcelero alguno se atreviera á impedirlo, le confesó, dejándole muy consolado. Con esto quedó cumplida la seguridad que Dios le había dado en la oración, de que tendría tiempo para confesar á todos los cautivos, pues no quedó ni uno sólo sin confesar, para el Domingo de Ramos.

En este día, cada Sacerdote celebró en su respectiva casa los oficios divinos, bendiciendo palmas y teniendo un simulacro de procesión. Estaban los cautivos tan fervorosos, que cantaban muy fuerte sin poderse reprimir. Ocurrió que durante la procesión y cuando más alto cantaban, pasó el Rey por la calle inmediata con dirección á donde tenía la fundición de cañones y trabajaban los cautivos. A pesar de ser tan altas las voces, que se oían á mucha distancia, ni el

Rey ni los de la comitiva se apercibieron de nada, pues de lo contrario hubiera concluido con Sacerdotes y cautivos. No fué esto sólo, sino que al llegar á la fundición, no viendo ningún esclavo, preguntó: ¿Dónde están estos cristianos que no parecen? Todos los sobrestantes se turbaron sin saber qué responder: un moro fué el único que dijo lo que ni él mismo entendió, y con esta contestación el Emperador no insistió más. Todo esto fué providencia divina, verificándose dos milagros para salvar á los cristianos y evitar profanaciones; y más que todo, para que se cumpliera la palabra de Dios de que habría tiempo para todo, pues en este día cumplieron muchos cristianos con el precepto pascual.



CAPÍTULO XIX.

PRENDIMIENTO DE LOS RELIGIOSOS:
CÁRCEL, Y PENALIDADES QUE SUFRIERON:
PROPUESTAS DEL EMPERADOR:
SON LLEVADOS Á SU PRESENCIA,
Y DEFIENDEN LOS SANTOS SACRAMENTOS



El amor halla ó hace semejantes á los que se aman, y no queda satisfecho hasta que trasforma en sí el objeto amado; esto es lo mínimo con que se contenta. Jesús amaba á su siervo Juan, y este sabía corresponderle agradecido; por eso quiso asemejarle á sí en los lances y tiempo de su pasión, pues en lunes santo empezaron los tormentos de nuestro Martir, y fueron estos muy parecidos, en parte á los de nuestro Salvador, como puede irse notando.

Después de haber celebrado con los cautivos la solemnidad de los Ramos, comprendiendo que se acercaba el tiempo de su martirio, se recogió con sus dos compañeros á la oración para resistir varonilmente el combate sangriento y cruel que

le esperaba, previniéndose con esta arma poderosa de que el Divino Maestro había usado para ejemplo de sus dóciles discípulos.

Al mismo tiempo juntó el Rey concilio de sus mayores sátrapas y letrados, porque estaban ya todos enfurecidos con la moción que notaban en en los cristianos, para resolver qué harían de los Misioneros. El había dado orden que salieran cuanto antes de su reino, pero los cautivos acudieron al moro *Ami Embarca*, privado del Rey, para que interpusiera todo su valimiento y permitiera á sus Cazizes estar algunos dias más con ellos. Fuese por esto, ó porque discurría algún pretexto que cohonestase los perversos intentos que su ánimo abrigaba, es lo cierto que se fingió olvidado del decreto que había dado, y les iba tolerando. Entretanto vinieron unos renegados y le dijeron que los Frailes celebraban Misa y predicaban á los cautivos, cosas que eran contra las leyes de su Profeta, pues en tales ejercicios era forzoso que interviniese el desprecio de su secta, porque los Frailes no podían amonestarlos á ser cristianos finos sino abominando los preceptos de su Alcorán. Además, el judío que había servido de intérprete, aseguró que los Frailes habían dicho que venían á hacer cristianos á los moros, mintiendo como pérfido enemigo de nuestra ley, porque nunca los Religiosos dijeron tal cosa, aunque sus deseos se dilatasen á convertir todo el

mundo.

Todo esto expuso el Rey, lleno de furia, á sus *sabios* consejeros diciéndoles: «Pues si esos perros venían á hacer cristianos á los moros, yo haré moros á los cristianos, y á ellos les quitaré sus infames vidas. ¿Qué os parece: no es justa causa la que habeis oido para que experimenten la severidad de mi justicia?» Ellos cobardes y lisonjeros, contestaron: «Sí, reos son de muerte por un crimen tan atroz.» ¡Oh *amén* tan practicado en el mundo, principalmente para con los poderosos! Por no faltar á la propia conveniencia ¡cuántas veces se condena al inocente contra todos los dictámenes de la conciencia! En vista de esta unánime aprobación, que él calificó de prudente, dió un decreto en 14 de Abril mandando que les pusieran pesadas cadenas y los encerrasen en una oscura mazmorra, poniendo centinelas en su puerta, para que no hablasen con cristianos ni con moros, ni fueran de nadie socorridos en lo preciso. Este fué el decreto que salió de aquel maldito conciliábulo, semejante al que celebraron los Escribas y Fariseos para el prendimiento y muerte de nuestro inocente Jesús.

Pasaron el decreto al comisario de prendimientos, y este acompañado de multitud de soldados y varios esbirros el lunes santo por la mañana, vino á casa de Manuel Alvarez donde estaban hospedados los Religiosos. «¿Dónde está el Fraile,

«dijo?» Salió el santo Prelado con Fr. Ginés, y ofreciéndose animoso al pelotón de enemigos, les respondió: «Yo soy ese que buscáis.»—«¿Dónde está el otro, repusieron? Se ha escondido por cobarde?» Preguntaban por Fr. Matías, que se había quedado en casa de D. Andrés Camelo, para comulgar por la mañana á seis cautivos que deseaban recibir á Jesús sacramentado. «Está en la Alcazaba con unos cautivos paisanos, dijo Manuel Alvarez, para distraerlos algún tiempo y que no le cojieran con las sagradas vestiduras todavía puestas; con lo que se aquietaron algo. Pidieron un pié á cada Religioso presente, que le ofrecieron contentísimos; y ellos les echaron una gruesa cadena en señal de esclavitud.

En el intermedio el Médico D. Andrés que se hallaba allí corrió presuroso á su casa, donde acababa Fr. Matías de decir Misa, y con lágrimas en los ojos le previno, que era llegada la desdicha tantas veces recelana. *«¿Será más que morir, contestó el Padre con una serenidad peregrina? Pues eso venimos buscando. Esta vida necesariamente ha de acabarse; nada más glorioso que rendirla por una causa tan santa. Calle por su vida, Andrés, y no tenga pena; déjenos morir por Dios.»* ¿Es tan poca cosa morir, contestó el buen Médico, que parece que nada le asusta? No vienen á quitarles la vida, me parece, pero los hacen esclavos, pues sus dos compañeros ya arrastran gruesas ca-

denas. «Entonces Fr. Matías echándole al cuello los brazos le dijo: *«¡Jesús, hombre! ¿y por esas cadenas viene tan congojado? Yo presumía algún mal gravísimo. ¡Ahora sí que vamos á quedarnos con ustedes en estas tierras!»*

En esto llegó un moro de extraordinaria fiereza, que tuvo noticia donde estaba Fr. Matías; y sin preámbulos ni cortesías le dijo: *«Dame el pie»*. El Religioso se le ofreció con serenidad y prontitud; y él le puso una pesada cadena, sacándole después á la calle. Ya venían el P. Prado y Fray Ginés, cada uno con su correspondiente cadena. Al verlos Fr. Matías en esta forma entre aquellos foragidos, se le saltaron las lágrimas. Se juntaron los tres y diéronse unos á otros el parabién, bendiciendo á Dios por las cadenas que arrastraban.

Se había divulgado la prisión de los extranjeros; y con este motivo fué innumerable la gente que concurrió, principalmente de la plebe, que se conmueve á la menor novedad. En este caso fué más extraordinaria la concurrencia, porque como tenían á los Religiosos por hombres malditos, causarles mortificación era como ganar un jubileo en la Meca; y por no perder tanto mérito, todos se echaron á la calle, voceando unos, silvando otros, y maldiciéndoles todos; cada uno apostaba á ser el primero en mofarse de ellos, escarnecerlos, tirarles piedras y arrojarles inmundas salivas y esputos; aquello era el infierno revuelto

contra los benditos Padres. Entre afrentas y baldones llegaron á casa del primer alcaide, llamado *Mostafá*, para que señalase cárcel; éste fingieron que estaba ausente. Fueron luego á *Amin Embarca*, que era segundo alcaide, y no quiso señalar prisión. Anduvieron hasta seis alcaides y ninguno quiso señalarla, porque aunque aprobaron el dictámen de prendimiento, bien comprendían que era injusto; sin embargo, creyeron quedar limpios con negarse á ejecutar la sentencia. Ya tenemos aquí un remedo de lo que dijo Pilatos, después de su inícuca sentencia contra Jesús; «Inocente soy de la sangre de este justo; crucificadle vosotros.» De estas consideraciones solía valerse el santo Prado para esforzar á sus compañeros en el sufrimiento por Cristo. «*Ea, Carísimos Hermanos, decía: de Anás á Caifás, y de Pilatos á Herodes anduvo nuestro Maestro; imitémosle nosotros con santa resignación*». Y al ver á los infelices cautivos que como otras hijas de Jerusalén salían á su encuentro llorando, les decía: «*No, no lloreis nuestras afrentas; gemid sólo y llorad por la Pasión del Señor y por vuestras culpas y las nuestras, que fueron la causa de ella*». Por fin, llegaron al séptimo alcaide, que no fué tan escrupuloso ni hipócrita como los otros. Este mandó que por aquella noche los llevasen á una casucha ruinosa en la Alcazaba Real, donde estaba preso Francisco Roque, y que los vigilasen soldados para que no se

escaparan. Esta cárcel, aunque estrecha y poco aseada, tenía alguna luz y era menos indecente de lo que se deseaba; así que el alcaide temeroso de las iras del Rey, les señaló otra al día siguiente. Había en el mismo patio un aposentillo de veinte palmos de largo por ocho de ancho, que servía de cuadra á un bruto. Corría por él una antigua cañería, que por algunas grietas dejaba escapar el agua, formándose con ésta y las inmundicias del bruto un verdadero pantano. Las paredes eran viejas y de tierra, y el techo tan ruinoso y desmantelado, que sobre amenazar ruina, todo se llovía. La luz sólo se comunicaba por las grietas del techo y por las hendiduras y resquicios de la puerta, porque sus tablas, aunque gruesas, estaban muy desunidas. A un lado había un escusado, casi al descubierto y sin ningún preservativo contra la inmodestia, y á otro la sala de audiencia, que aturdía con las voces de los litigantes. En este aposento mal sano, indecente y desabrigado encerraron á nuestros pacientes Misioneros, candando la puerta con fuerte llave.

Sentáronse en el suelo, porque estaban quebrantadísimos de haber andado todo el día con las cadenas á cuestas y sin tomar alimento. Considerando el santo Prado que sus compañeros estarían afligidos por tanta penalidad, para darles ánimo y desahogar su valiente espíritu, se echó las cadenas al cuello y entró en coloquios con

Dios. «Aquí teneis, mi Dios, decía, á vuestro esclavo. Los hombres en odio de vuestra santa Fe, han puesto estos hierros al cuerpo; pero vos los poneis dulcemente en el alma. No podía yo conseguir estos favores, si no fuera tan grande vuestra benignidad. Dad permiso, mi Dueño, para que yo y estos dos vuestros siervos, que tan rendidos os lo suplican, logremos la felicidad de padecer más y más por vuestro amor, con tal que no se ofenda vuestra soberanía, ni deje vuestra piedad de ayudarnos con vuestra gracia». Con estas espirituales respiraciones infundía tanto ánimo á sus compañeros, que les parecía que tardaban ya las crueldades, pues se ponían ansiosos de combatir por la Fé.

Al sacar á los Religiosos de la primera cárcel, quedó en ella Francisco Roque; pero así que supo el Rey que había sido quien les remitió el salvo conducto, le tuvo por cómplice, y mandó que corriese la misma suerte. En virtud de este mandato, le trasladaron á la cárcel donde estaban los Religiosos, alegrándose mucho él y ellos, porque se podrían consolar mutuamente padeciendo por la misma causa. Era la cárcel tan estrecha, que con bastante penalidad vivían los tres; y ahora con el nuevo encarcelado hubieron de estar más incómodos, pues no les quedó sitio para el descanso natural. A estos trabajos juntábase la necesidad que pasaban, porque prohibió el cruel Emperador,

por bando y bajo pena de muerte, que nadie los socorriese; sólo permitía que les dieran agua, pues de las obras de misericordia sólo practican los moros la de dar de beber al sediento. No obstante la severa prohibición, algunos cautivos, valiéndose de la oscuridad de la noche y exponiendo sus vidas, les arrojaban algunos pedazos de pan por los mechinales que había en lo alto de la cárcel; pero aun así pasaban mucha necesidad, porque el socorro les venía cada 24 horas y en pequeñas cantidades.

Trataron de remediar este mal los cautivos por influencias para con el Rey, pero nada consiguieron, porque quería acreditarse de fiera, haciéndolos morir de hambre. Tantearon otro medio, y fué que todas las cautivas se lo suplicasen; mas tampoco dió resultado, sino que se enfureció de mala manera desatándose en improperios, y amenazándolas con la muerte á los golpes de su mismo alfanje. Viendo que todo salía inútil, procuraron ganar á los carceleros con dinero, que es el medio casi todopoderoso para vencer los mayores imposibles; y en efecto lo lograron, conviniendo en que cada mes les darían un tanto porque permitieran que les diesen de comer dos veces cada veinticuatro horas: la primera entre doce y una, y la segunda al oscurecer, que son las horas en que los moros se recogen en sus Mezquitas á hacer oración. Así fué como únicamente pudieron

remediar la extrema necesidad de sus pobres presos. Quisieron también traerles algunas tablas para preservarlos de la humedad y que pudieran conciliar el sueño, pero no les fué posible, porque no había más puerta que la de Palacio, donde asistían las guardias, que no intentaron sobornar por el peligro de ser descubiertos y echarlo todo á perder; Dios sin embargo, proveyó á esta necesidad casi milagrosamente. Fué el caso que trajeron unos cajones de lienzos que repartieron entre los soldados del Rey: limpiaron el patio y dejaron en él varios pedazos de tablas, siendo así que otras veces los solían utilizar los soldados de las guardias: vinieron los cautivos y los fueron recogiendo con disimulo, dándoselos á sus amados Padres, mediante un pequeño obsequio á los carceleros. Con estas pequeñas tablas y otras insignificantes cositas trataron de asear algo aquel inhumano lugar. Los dos compañeros se ocupaban en limpiarle, pero quien más se aplicaba á ello era el santo Prado, que con frecuencia respondía á Fray Matías por los reparos que en ello solía hacerle: «No reparemos en gravedades que no son más que tildes de la vanidad humana. Deje, hermano, esos reparos á quien quisiere, que yo no puedo ajustarme á ellos».

Estando en la tarea del aseo de su cárcel, vino un recado del Rey en que les amenazaba de muerte, si no conseguían del Gobernador de Ma-

zagán que le entregara el alcaide que allí estaba refugiado y al mismo tiempo la Plaza; y entonces que les daría libertad, aunque su delito no lo merecía; de no hacerlo así, ó morir ó abrazar las verdades de su Alcorán; no había otro medio.

Ir con estas peticiones á los Padres, fué pedirles imposibles; así que con cortesía y santa libertad le respondieron que ellos no eran capaces de darle el gusto que pretendía: lo uno, porque ni la Plaza era suya, ni ellos su Gobernador; y lo otro, porque no eran hombres de tanta autoridad y mérito que se valuase su rescate por una Plaza que con tanta gloria de Dios habían conquistado los cristianos á costa de su propia sangre; y caso que uno y otro fuese y que todo estuviera en su mano, que jamás lo harían, por no ser infieles á su Patria, á su Rey y á su Dios: á su Patria, en hacerla vivienda de moros, siendo cuna de tantos cristianos guerreros: á su Rey, quitándole traidoramente lo que sus soldados le habían conquistado con lealtad; y á su Dios, prostituyendo sus santos templos con el culto é inmundicias de Mahoma. Por fin le respondieron que no temían sus amenazas, porque ni estaban mal con las prisiones de rigurosa esclavitud, ni les horrorizaban las congojas de la muerte; que hiciera lo que Dios le permitiera.

Volvió el bárbaro á instarles con otra petición diciéndoles: que ya que en lo propuesto no que-

rían entrar, porque también él había considerado algunos imposibles, que á lo menos le hiciesen otra cosa más fácil, que era solitar del Rey de España que le enviase una librería de su Padre, *Muley Zidán*, que por desgracia de la fortuna tenía usurpada; en la cual había muchos y preciosos libros expositivos de su Ley: que ésto ni era mucho pedir, ni querer cosas dificultosas; que no se hiciesen indignos de su piedad, porque experimentarían la severidad de su ira tan justificada.

Para inteligencia de esta disparatada propuesta, es necesario hacer la siguiente digresión.

El Emperador de Marruecos *Muley Xec*, hombre que sólo se distinguía de los cristianos en no estar bautizado, aunque Dios después se lo concedió en premio de sus muchas virtudes morales, cedió á los Reyes católicos la fortaleza de *Alarache*. Reinó después su hijo *Muley Zidán*, padre de *Muley el Guali*; y al verle poco asegurado en su trono un *morabito*, llamado *Romali*, se rebeló contra él, refrescando la memoria de la entrega de *Alarache* hecha por su padre, aunque no la tenían muy olvidada los moros: hizo muchos prosélitos y dió una batalla decisiva, venciendo á *Muley Zidán*. Este viéndose en peligro, puso en un navío francés, surto en *Zafi*, todas sus joyas y la librería en cuestión, con intención de embarcarse para Francia. Sobrevino un recio temporal que

rompió las amarras del barco; y éste, andando á merced de los vientos, cayó en poder de D. Luis Fajardo, siendo Almirante de nuestra Armada D. Antonio de Oquendo. Apresaron el barco con todo lo que traía; y entre lo que presentaron á nuestros Reyes fueron estos libros con otros de San Agustín, encuadernados todos con gran aseo y primor, mandando sus Majestades colocarlos en la gran biblioteca del Escorial.

Estos son los libros tan suspirados por todos los Emperadores de Marruecos, desde entonces hasta hoy; y esta la librería que el Rey solicitaba de nuestros Religiosos, á cuya petición ellos respondieron con humildad, que no eran consejeros del Rey de España, si no unos pobres hombres de quienes á penas si nadie tenía noticia; que escribiera él al Rey Católico, y en su prudencia y discrección hallaría la respuesta. Quedó el Rey muy irritado por la libertad con que le respondían, y así trató luego con sus alcaides de la satisfacción que debía tomar, aunque estuvo algunos días como olvidado de los Religiosos. Visto ésto, quiso el santo Prelado saber de boca del mismo Rey los motivos que había tenido para ponerlos en prisiones, aunque como eran públicos en la Ciudad se los decían los cautivos, á fin de que con la respuesta tuvieran motivo para predicarle las verdades de nuestra santa Fé. Para ello le escribió un memorial en nombre de los

tres, con humildad profunda, pero con santa libertad, en que le decía que explicase la causa que había tenido para ponerlos en prisiones, faltando á la ley del seguro y al fuero de Enviado contra el derecho de gentes, cuando ellos no habían agraviado á nadie, ni con tal ánimo venían: que si era algún informe nada sincero, estaban prontos á dar la mejor satisfacción á todo; que le aseguraban que su ánimo había sido siempre hacerle el servicio más importante. No se dió por entendido á petición tan justa el endurecido Rey, y los dejó sin respuesta.

Pasaban nuestros Religiosos alegres los días en sus prisiones, confesando y consolando á los cautivos que iban á verlos, y entregados á la oración y ejercicios piadosos, sin que el Rey los hubiera nuevamente molestado, hasta que el día 13 de Mayo, hablando con algunos alcaides y renegados se tocó incidentalmente el punto de los encarcelados *Papaces*. ¿Qué género de gente son entre los cristianos los Frailes, preguntó entonces el Rey? ¿Cómo viven y cual es su ocupación?

Señor, dijo uno de ellos que quiso ganar créditos de buen moro: «Estos *Cazizes*, llamados Frailes, traen una vida lo más escandalosa que puede darse, y es la gente más infame y maldita que hay entre todos cristianos, porque hacen un género de embuste que ellos llaman *confessar*; con lo que obligan á los ignorantes á que les digan todo

cuanto han hecho con título de que los perdonan. Así saben estos malvados todo cuanto pasa, sin que les cueste siquiera el preguntarlo, porque los simples se postran á sus pies y ellos están sentados como Reyes, mientras el otro tonto está llorando y diciendo hasta lo que ha imaginado. ¡Mira, Señor, si puede ser más grande la ceguedad de aquellos infelices! Gracias á Dios que nos sacó de tales bellaquerías.

Aun pasa á más el atrevimiento de estos embusteros, porque como hombres sin Dios, hacen otras invenciones que llaman *decir Missa*; aunque están aquí con mas autoridad, porque se visten de ricos olanes, de muchas sedas bordadas de plata y oro, y luego salen á la *Chema* á leer en público, después comen y beben muy lindamente, persuadiendo á la gente bárbara que en aquella comida y bebida está el cuerpo de Dios; y lo que es más, mientras ellos comen y beben, los demás están mirando muy compungidos, dándose grandes golpes de pecho; por decir eso que llaman *Missa*, reciben de los simples mucho dinero. ¡Mira ahora qué ley puede ser la suya cuando están creyendo esas boberías! Así viven esos embusteros, y por eso es la gente más perdida que hay; si no fuera por ellos, muchos de los cristianos se harían bien pronto moros.»

A este tenor fué desbocándose aquel infeliz apóstata contra todos los sacramentos y miste-

rios cristianos; ni el mismo demonio creo que tuviera atrevimiento para tanto, pero ya se sabe que el que apostata, ni se hace moro, ni judío, ni cismático, sino incrédulo refinado, que vive como si no hubiera Dios, aunque la conciencia le arguya de resistir tan claramente á la verdad. En Mequinez, dice un Misionero, concurrieron en un festín donde se comían cosas contra la ley de los moros dos renegados que tenían la más asentada opinión de buenos moros (porque el uno de ellos estaba graduado de primer sabio de la ley y por eso era el primer letrado y consejero del Rey), y comiendo se dijeron uno á otro: «Moros somos; pues comamos y regalémosnos, que buen infierno nos espera». ¿Quién más maldito y embustero que aquel que dice lo que no siente y aparenta lo que no es? Pues así hacen, según muchos observadores, los cristianos renegados, sólo por lisonjear á sus príncipes y superiores, como éste de que venimos hablando.

Le oyó el Rey con mucho gusto por tratarse de blasfemias contra la Religión cristiana y sus ministros, y dijo á los presentes: «¿No os parece acertado que llamemos á esos Frailes, y vosotros que sabeis todas esas patrañas, hagais con ellos confesiones y Misas, para que así nos diviertan? Sí, señor, respondieron ellos. «Ea pues; traedlos acá, dijo el Rey, que hemos de tener un buen rato, y Misa sin zumbido de campanas, ni gastos de

dinero, pues no les daremos otra paga que muchos palos por lo que se han regalado en sus tierras». Fueron por ellos á la cárcel y se pusieron cuatro moros á cada Religioso, oprimiéndolos por las capillas, y casi ahogándoles, porque imaginaban que se les podían escapar á pesar de ir amarrados con sus cadenas, y los llevaron á la Alcazaba.

Estaban con el Rey muchos renegados y moros, ó porque los habían avisado para el festín ó por haberse divulgado la noticia, y habían preparado mesas que hicieran de altar, vasos para simular cálices y unas como hostias de pan. Luego que los Religiosos estuvieron en presencia de tan sacrílega gente, dieron principio los renegados á su blasfemo y sarcástico festín. Poníase uno á elevar su hostia, y los otros se postraban con las manos juntas: luego comía el pan y bebía del vino, y los demás se daban golpes de pecho con mil muecas, celebrando todos el sainete con risotadas. Llegábase otro á los pies de los Religiosos, y dándose en el pecho decía: «Padre de mi alma, confié-
sese que soy gran pecador, y perdóneme mis muchas culpas». Fué uno al P. Fr. Matías, fingiéndose todo una Magdalena, y pidió que le confesase; como el Padre estaba santamente indignado contra tan blasfemo atrevimiento, quiso darle en la cara la absolución que pedía su sacrílega lengua; pero consideró al instante que la mejor ven-

ganza es sufrir por Jesucristo, y se contuvo.

Se enardecieron tanto los Religiosos con aquellas parodias que presenciaban, que como fuera de sí y poseidos del Espíritu del Señor, cada uno se volvió á su porción de moros, y comenzaron libremente á predicarles lo que Dios les inspiraba sobre las verdades de nuestra santa Fé y sus Sacramentos, particularmente de las finezas de Jesús en el sacramento del amor, y sobre las falsedades, inmundicias y engaños de la de Mahoma. El Santo Prado se volvió hacia los renegados, y con los brazos en cruz, como extático les decía: «Vosotros miserables, no solo os habéis hecho esclavos del demonio por no ser hijos de Jesucristo vuestro Dios, sino que por lisonjear á este hombre, os vais amontonando infierno sobre infierno, convirtiendo en veneno la celestial medicina. Esos mismos sacramentos divinos, de que con tanta irreverencia habeis hecho burlesco entretenimiento serán vuestros severos fiscales, ya que no les quereis por piadosos abogados. ¿Es posible que por dar gusto á este vil hombre, hayais querido hacer mofa de Jesucristo? ¡Oh infelices! Si Dios hubiera arrojado rayos sobre vosotros, ¿dónde estuviérais ya? Pero visto que no lo ha hecho su justicia, sin duda que os está esperando su misericordia. Ea, hijos: haced de las chanzas veras; que todavía hay lugar para el arrepentimiento. Bien os dice vuestra misma conciencia el infeliz estado á que os ha traído el

demonio, y que el abominable Mahoma no merece sino desprecios; como también os dice que Jesús á quien cobardemente habeis negado, es vuestro Dios infinitamente misericordioso. Pues hijos míos, si estais sintiendo este conocimiento, no os amedrenten vuestras feas culpas; llegad confiados detestando esa falsísima secta en cuya esclavitud os puso vuestra fragilidad; que si Jesucristo tomó tan á su empeño el redimiros, que derramó toda su sangre, también hará por vosotros lo que á su piedad cuesta menos, que es perdonaros. No querais, por vivir libres en tantas torpezas como permite Mahoma, que precisamente se han de acabar con esta vida caduca, malograr la gloria que es tan segura en la observancia de nuestra Ley, y que después de la muerte se ha de poseer por una eternidad; y si obstinados permanecéis en vuestras iniquidades, es infalible que habeis de tener *para siempre, para siempre*, el infierno en que se abrasan Mahoma y cuantos ciegos siguieron sus falsedades. Temed la justicia divina; que si Dios sabe sufrir á los malvados, no por eso se olvida de castigarlos.»

Querían los renegados interrumpir los católicos fervores de los Religiosos, porque sentían contra sí la fuerza de la verdad y porque veían al Rey sumamente disgustado con aquella predicación, pues entendía algo de castellano; pero estaban los Misioneros tan ébrios de celo por la honra

de Dios y predicaban con tanta intrepidez, que todos los circunstantes como que se pasmaron, según testimonio de algunos renegados que después se convirtieron; halló, pues, el Rey desesperación y rabia en lugar del jolgorio y regocijo que buscaba; y en lo que pecó, fué cruelmente molestado. Le pesó mil veces haberse metido en la representación de aquella sacrílega escena, que degeneró en triste tragedia: buscó desprecios de la Ley católica, y encontró aprobios para Mahoma y su secta. Viendo que la predicación no cesaba, y temiendo oír repetidos agravios para su ley y que se convirtieran los renegados, dijo con voces desentonadas y llenas de enojo: «Quitadme de aquí esos perros; que bien me habían dicho que es la peor gente del mundo y que tienen engañados á tantos, pues aquí nos han puesto no sé cómo. ¡Oh infames! Muchas son vuestras hechicerías, pues podeis con ellas pasmarnos tanto. Llévenlos luego; que en palos les daré la paga de su sermón. Como están holgazanes, tienen tantos bríos y están tan habladores; pero yo con el castigo los haré más silenciosos, porque á unos esclavos tan viles no los quiero letrados sino mudos: á la mazmorra con ellos.»

Aun no había acabado de hablar el Rey, cuando cayó sobre los Padres tanta lluvia de palos, bofetadas, salivazos y patadas, que no había cuerpos para recibir tantos. Los sacaron arrastrando

por los cordones y cadenas, y mesándoles las barbas y cabello; de modo que cuando llegaron á la cárcel iban sin fuerzas pero no sin voz, pues no cesaban de predicar á renegados y moros. A pesar de haber predicado con tanta valentía el Santo Prado, fué tanto el sentimiento que tuvo al acordarse de la sacrílega mofa que aquellos malvados habían hecho de los Santos Sacramentos, que le pareció que nada valía todo lo practicado y sufrido, toda vez que no había muerto allí en su defensa; y de este mal ejemplo pidió humildemente perdón á sus compañeros, asegurándoles morir, si se les ofreciera otra ocasión en que fuera preciso defender la fé ó alguno de sus misterios.



CAPÍTULO XX.

OTRAS CADENAS,
INGENIO PARA MOLER PÓLVORA,
TRABAJOS QUE PADECEN,
PALOS JUDICIALES Á FRANCISCO ROQUE,
VIRTUD DE LA PALABRA DEL SANTO PRADO
Y DISPOSICIÓN DE EJERCICIOS.



PENAS habían entrado los Santos varones en su cárcel, cuando llegaron unos ministros de justicia con tres cadenas más pesadas que las anteriores, y se las echaron á los pies que estaban libres, haciéndoles imposibles los más leves movimientos. Las del P. Prado le venían tan apretadas, que se le hincharon los tobillos y hacían cintura en la carne causándole gran dolor. Los caritativos cautivos trataron de cambiarlas por otras más desahogadas, dando algún dinero á los carceleros. Cuando lo lograron, venían llenos de satisfacción; pero al saber el Padre el motivo de su alegría, les dijo: «Yo les agradezco la piedad; pero ha sido una lástima que ha-

yan malogrado esos ochavos que han ahorrado de su comida dándoselos á esos moros, pues ellos han sido inobedientes á su Rey y ustedes no me han dado gusto. Sepan que por nada haré cambio de mis cadenas, porque me han tratado muy bien y como merezco, y no hay razón para que les pague este beneficio con un desprecio. Además, estas me las ha dado Dios y esas me las traen los hombres; no traten pues, más de esa materia ni de otra alguna en que nos quiten sufrir tormentos por causa tan justa, porque ni les agradeceré las diligencias, ni admitiré sus solicitudes». Por tanto se quedó con las cadenas que tenía, sin querer admitir las agenciadas.

Les pusieron después en la estrecha cárcel un ingenio para que moliesen pólvora. Consistía en un almirez grande en forma de campana, que arriaron á una pared sujetándole por los lados con poyos de ladrillo y cal. Trajéronles luego cuatro mazos de bronce, de 15 libras de peso cada uno; y además de los carceleros comunes, puso el Rey dos sobrestantes. Eran éstos tan hijos de la maldad, que los temían por sus furias hasta los mismos moros: el uno era hijo de un renegado genovés y de una judía vuelta mora, y el otro de la peor casta de muslines.

Traían estos satélites del demonio diariamente la tarea que habían de moler los presos, haciéndoles entre día varias visitas. Sus saludos al

venir y animaciones al trabajo consistían en atroces bofetadas y asquerosos salivazos: con las primeras les ensangrentaban la boca y con los otros les cegaban los ojos, juntándose á veces en sus rostros la sangre con la saliva. Usaban unos palos muy á propósito para desahogar su inaudita crueldad; con ellos les daban donde caía, pero principalmente en los brazos y espaldas, dislocándoles los huesos y dejándolos inútiles por algunos días para el trabajo. Imposible es referir, dice el P. Fr. Matías, todo lo que padecimos mientras tuvimos estos infernales sobrestantes, porque no nos dejaban de la mano todo el tiempo del trabajo, que era desde el amanecer hasta las tres de la tarde, menos un ratito al medio día para comer lo que nos traían los pobres cautivos.

Como la cárcel estaba en el patio de la Alcazaba Real y concurrían allí moros y soldados á sus negocios y agencias, no podían suspender un momento su trabajo, porque ó los insultaban diciéndoles: «Trabajad perros, ó volveos moros;» ó los delataban á los sobrestantes ponderando su omisión; con lo que ellos irritados, descargaban fuertes palos sobre los pobres encarcelados. Juntábanse también los muchachos y mozalvetes, y como por entretenimiento se iban á la cárcel y los escupían por las rendijas de la puerta profiriendo horribles blasfemias contra nuestra santa Ley, dando grandes carcajadas y haciendo ruidos

infernales. Cuando algún alcaide forastero venía á visitar al Rey, uno de los primeros obsequios y cortesías con que les complacía era llevarlos á la carcel á ver los *Cazizes* cristianos, para que en el castigo de éstos elogiassen el ardiente celo que tenía en defender su Alcorán. Otros moros, á título de compasivos, los persuadían á que se volviesen moros, «pues sobre abrazar la verdadera ley, decían, os excusais de tanta miseria como inútilmente estais disimulando. ¿De qué os sirve vuestro sufrimiento? ¿No basta el infierno que os espera, sino que de antemano quereis ir ensayados en el penar? Pobres miserables y más que simples, pues pudiendo llevaros una vida como la de un moro, quereis tontamente morir en tanta miseria por no dejar de ser cristianos».

Como el demonio es la mona de Dios, así los santones moros quisieron ser la mona de los Religiosos. Había oído el Rey su fervorosa predicación á los moros y renegados para que se hicieran cristianos, y trató hacerlos á ellos moros por medio de un santón que los amonestase y convenciese. Era este un hombre que por simple ó loco se granjeó entre ellos el juicio de Santo, siendo lo asqueroso de su persona, lo ridículo de sus ademanes y su pública deshonestidad las virtudes que le habían canonizado en vida. El Rey le estimaba mucho, y los demás le adoraban con muchas genuflexiones cuando le tropezaban en la ca-

lle. A este loco, bobo ó endemoniado mandó que se encargase de la conversión de los *Papaces*, y todos esperaban de él grandes cosas en el asunto; por lo que atrajo mucha gente de la plebe á celebrar lo que ya daban por hecho. Llegó á la cárcel este apóstol de campanillas, y empezó á echar asquerosas babas, porque esta es la gran señal de santidad entre moros: díjoles después algunas simplezas y muchas bellaquerías, acompañadas de ademanes impuros que lastimaron á los castos Religiosos: les convidó luego con el mundano embeleso de sobresalientes bellezas si se hacían moros, y con esto dió por terminada su brillante alocución.

Como el predicador era de tan poco fuste y de menos seriedad, los Religiosos dieron á entender con alguna modesta risa el poco caso que hacían de su perorata y promesas, y manifestando á los circunstantes que no siempre ni todos los locos decían verdades, pues la bondad que ponderaba de su vida libre era falsísima; y que podrían conocer el engaño en que vivían, reflexionando que no podía ser Santo quien tantas impurezas y libertades ejecutaba, porque estas desdicen de toda virtud: Esto sólo basta y sobra, añadieron, para convencer de inmunda la ley que os dejó vuestro grosero Mahoma. Sintieron mucho los moros el mal logro del triunfo que esperaban celebrar y la clara definición de la virtud de su santón, que

despechado y colérico con estas flores, comenzó á vomitar maldiciones contra los perros cristianos, acabando de demostrar con esto su rara virtud y profundísima humildad.

Por este tiempo trató *Muley el Guali* poner sitio á la Mamata, y mandó á un morabito, *Mahamez Laez*, que á son de cimbales y con bandera desplegada publicase la guerra santa contra los cristianos. Tenían permiso los moros en tales ocasiones para mortificar á los cautivos cuanto quisieran. Fué este día fatalísimo para todo cautivo; pero á quienes más alcanzó la crueldad fué á los pobres Religiosos, pues todos los que pasaban junto á la cárcel se creían en el deber de darles golpes, bofetadas y puntapiés. En este mismo día vino á la cárcel aquel sobrestante Neron, hijo del renegado genovés, y les dió de palos hasta que no pudo más, volviendo á la misma barbaridad después que hubo descansado. Pero con quien más se ensañó fué con el P. Prado, maltratándole tan cruelmente, que escandalizó á los mismos moros, especialmente á un portero de Palacio, que movido á compasión le reprendió su brutalidad diciendo: «El Rey te manda que los castigues pero no te encarga que los mates; y según les das de palos, quieres acabar con ellos. Ese miserable viejo ¿en qué te ofende para que con más crueldad te distingas en molerle sus ya desalentados huesos? A fuerza de suspiros te da molida la

tarea, pues ¿por qué le pagas la solicitud de sus fatigas con tanta inhumanidad?»

Fué el portero con la queja al Rey, pero éste en vez de castigar los desmanes del sobrestante, alabó su comportamiento y reprendió ágríamente al portero queriendo privarle del cargo. Encargó de nuevo al Nerón que sin miedo los castigase; y él sabía tan bién hacerlo, que cuando venía á la cárcel todos los moros presentes se retiraban por no ver los bárbaros golpes con que martirizaba á los Religiosos distinguiéndose siempre en ojeriza contra el Santo Prado, por suponer que era el que alentaba á los otros, y porque se señalaba en la paciencia cuando le maltrataba, diciendo frecuentemente á cada golpe que le daba: «Sea por el amor dulcísimo de mi Redentor: sea en memoria de su amarga Pasión. Danos más, hombre, danos más, porque más merecen nuestras culpas.»

Cuando ya sonaban las cajas pregoneras de la guerra contra la Mamora, entró en la cárcel este diabólico ministro, y no minorando á ninguno de los presos en los rigores, mejoró en el martirio al bendito Prelado: después de darle de palos, descargó en su venerable rostro su maldita mano con estraña fiereza. Cruzó el Santo los brazos sobre el pecho, é hincándose de rodillas á sus inmundos piés le dijo: «Más merecen mis culpas: aquí tienes el otro rostro: si quieres y Dios te lo permite, iguala las mejillas en los golpes, porque

á sufrirte mucho más me ha dispuesto la gracia de mi Dios.» El bárbaro, ó porque se irritó con la paciencia del Santo, ó porque no entendía el lenguaje de la humildad y resignación, puso su brutal mano en la otra mejilla con tanta inhumanidad, que dejó tendido en el suelo al sufrido Padre.

Francisco Roque que observaba todas estas crueldades, al ver tendido en el suelo al venerable anciano que no podía levantarse y que su rostro estaba acardenalado y bañado en sangre, falto ya de sufrimiento y despreciando humanos temores arrebujo sus cadenas como pudo, y echando mano al verdugo le dió fuertes golpes y tremendas bofetadas. El cobarde Ministro, conociendo que no es lo mismo dar palos á un rendido que defenderse contra un determinado, temiendo que el buen Roque concluyera con él, se dió á la fuga después de bien calentado, dejando en manos del preso el *Xayque*. Comenzó á dar grandes voces pidiendo auxilio, pero nadie le atendió: fué al Rey fingiendo una muerte segura, á no haberle amparado el Cielo y la agilidad de sus piés; y el Rey sin más averiguación ni proceso mandó al mismo verdugo que cortára la cabeza á Francisco Roque. Fué aquél muy ufano á ejecutar la sentencia, pero le detuvieron algunos moros principales, amigos de Francisco Roque, que consiguieron del Rey que conmutase la pena de muerte en cortarle la mano con que dió el mayor número de

golpes, que fué la derecha. Ya iba á ejecutarse este mandato, cuando se interpusieron el General del Ejército, *Ayagena*, y el alcaide *Mostafá* que debían muchos favores al delincuente, mandando que se suspendiera la ejecución. Se fueron al Rey; y como eran personas de tanta autoridad, á fuerza de súplicas lograron que conmutára también esta pena por palos judiciales que son distintos de los comunes, y tan crueles como se verá.

Sacaron á Francisco Roque al patio, como tres ó cuatro varas de la prisión: le tendieron en el suelo boca abajo, y se sentó un morazo sobre la cabeza y otros dos sobre los piés: tomó luego el querellante un palo de vara y media de largo y de grueso como una lanza y comenzó á dar tan fuertes golpes, que á pocos palos le carmenó el vestido y molió la carne. Sufría el reo su martirio con cristiana paciencia; pero conociendo que le faltaba ya mucha sangre; que su carne estaba despedazada, y que le iba faltando el aliento por el peso que sobre la cabeza tenía, viendo que aquél infame y desalmado verdugo tiraba á quitarle la vida, exclamó: «Que me matan, que me matan; ¿no hay quien me favorezca? Válgame Dios y su Santísima Madre.»

Se habían retirado los Religios llenos de amargura, á un rincón de la cárcel por no ver la lastimosa tragedia que temían, encomendándole de todas veras á Dios para que le diera fuerzas y pa-

ciencia en su martirio; pero cuando el P. Fr. Juan oyó aquellas desmayadas voces de su buen compañero, lleno de celo y echando sus cadenas al hombro salió á la puerta de la cárcel y les dijo con voz formidable:

«Reino sin Dios, hombres sin ley, ministros crueles y verdugo inhumano: ¿por qué quieres, haciendo de tu bárbaro enojo celo de justicia, quitar la vida á ese miserable que casi lo teneis ya en las últimas agonías de la muerte? ¿Cómo es tanta vuestra ceguera que haceis delincuente á la inocencia? Andad, ministros del demonio; no atormentéis más á ese pobre hombre, que no tiene más culpa que haberos sufrido con paciencia.»

¡Oh palabras milagrosamente eficaces! A la imponente y severa voz del P. Prado al sobrestante se le cayó de la mano el palo y quedó sin movimiento alguno en el brazo, yéndose confuso y amedrentado sin cuidarse más del despique. Los demás huyeron aterrorizados sin que quedara ni uno solo que cerrase la puerta, porque, según después dijeron, el Padre salió trayendo un globo de luz sobre la cabeza que los llenó de espanto. Salieron los dos compañeros de la cárcel y levantaron como pudieron al paciente, metiéndole en la cárcel con la ayuda de *Dominet*, amigo de Francisco Roque y que como por milagro se apareció por allí. Lo recibió en sus brazos el piadoso Padre, y con paternal ternura le decía:

«Bobillo, no pierda el merecimiento cuando ha sido tan linda la ocasión. ¿Qué cree, que le lastimarían menos á nuestro Divino Redentor los azotes que le dieron por nuestras culpas? Acuértese ahora de aquellos cruelísimos martirios, y verá como descansa de sus tormentos: tenga fe, y rece un *Padre nuestro* y *Avemaria* porque Dios traiga á verdadero conocimiento á ese moro que lo ha molido á palos, pues la lección de rogar por los que nos ofenden, en la cátedra de la cruz nos la leyó nuestro Divino Maestro». Con estas palabras consoladoras entró el pobre Roque en resignación cristiana ofreciendo sus muchos dolores á Dios.

Muchas eran las penalidades de los pobres Religiosos, pero su mayor dolor era el no poder celebrar ni administrar los sacramentos á los cautivos, pues aunque algunas veces solían confesarlos por las rendijas de la puerta, eran pocas, con gran incomodidad y sin poder darles la Comunion. Discurriendo medios á su deseado fin, les ocurrió hacer altar del almirez en que molían la pólvora, cubriéndole con tablas de las que tenían recogidas; encima poner las sabanillas y el asa, colocando en la pared una estampa del breviario y una cruz de caña, y que los cautivos á la hora de la cena, les trajeran los ornamentos y demás que era necesario. Después de bien pensado, los cristianos se encargaron de sobornar á los carceleros.

para que cada noche permitieran que se quedasen seis ó siete de ellos con los Padres á pretexto de hacerles compañía y consolarlos en sus trabajos; mas su objeto era asistir al Santo Sacrificio y recibir los Sacramentos, cosa que lograron todos al cabo de unas cuantas noches.

Cuando ya todo estuvo arreglado, éste era el orden de sus trabajos y piadosos ejercicios. Al amanecer venía el sobrestante con la tarea de la pólvora; este trabajo duraba hasta las tres de la tarde, repartiendo entre sí las horas para moler, pues aunque quisieron relevar al P. Prado por su ancianidad, él nunca quiso consentirlo, lo uno por que eran los compañeros de complexión delicada y lo otro porque quería animarles con su ejemplo. Ataba las mangas del hábito y tomando el mazo decía: «Ea, hermanos míos: hagámonos cuenta que estamos en la cocina de nuestro convento en la hora del trabajo ó lavando la loza, y con esto nos acordaremos también de nuestros Hermanos.»

Francisco Roque como menos acostumbrado á mortificaciones, sentía al principio el trabajo, pero el Santo le animaba diciendo: Hijito mío: tomemos los mazos como buenos esclavos en memoria de la pesada cruz que pusieron nuestras culpas sobre los delicados hombros de nuestro Divino Redentor. Este primer golpe hemos de dar diciendo: *Reniego, con todo mi entendimiento y voluntad*

del abominable Mahoma y de todas sus falsedades. Digamos en este: *Viva la verdadera fé de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana, que profesamos como hijos de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.* En otros golpes decía: *Recemos un Padrenuestros y Avemaría porque Dios convierta al móro que le dió aquellos crueles palos. Demos ahora treinta y tres golpes en agradecida memoria de los 33 años que en nuestra carne mortal vivió con nosotros en este valle de lágrimas nuestro pacientísimo Jesús.* Otras veces decía: Esta tarea de hoy hemos de moler en memoria de la lastimosa Pasión del Divino Cordero Sacrificado: en cada golpe hemos de contemplar un azote de los muchísimos que sufrió por nosotros. Otras veces hacía coloquios con Nuestra Señora ponderando su dignidad de Madre de Dios y Virgen, su poder en la presencia del Señor, y su clemencia para con los pobres pecadores, contándoles muchos ejemplos que había leído. Otras les ponderaba el mérito de traer aquellas cadenas por la fe de Jesucristo, diciéndoles que había que venerarlas como reliquias. De mil medios devotos se valía para animarlos, haciéndose todo de ellos.

Después de las tres que terminaba la tarea, rezaban de rodillas y en dos coros el Oficio Divino: al oscurecer venían los cautivos con la cena y ornamentos: luēgo se daban la disciplina y tenían oración mental: concluida ésta, confesaban á los

cautivos que había, y les echaba una plática el Santo preparándolos para comulgar dignamente: después se entregaban al descanso sentados ordinariamente, porque de otro modo no podían. Por la mañana madrugaban y componían el altar, tapando la puerta con los mantos, ó con ropa de los cautivos, para que no se vieran las luces: decían Misa con grande recogimiento y ternura, daban la Comunión á los cautivos, se retiraban á dar gracias, y el rato que les quedaba hasta que viniera el moro con la tarea de pólvora lo empleaban en rezar Horas; de modo que cuando llegaba el sobrestante, ya habían salido los cautivos llevándose los ornamentos. Este fué el modo extraordinario que les deparó el Señor para que todos tuvieran el consuelo espiritual que deseaban; por lo que le daban repetidas gracias, cantando el Te Deum con frecuencia.



CAPÍTULO XXI.

SEGUNDA DEFENSA DE LA EUCARISTÍA:
LLEVAN Á FR. JUAN Á LA PRESENCIA DEL REY,
Y PREDÍCALE LARGAMENTE
LA LEY EVANGÉLICA.



STABA un día el Rey leyendo los malditos libros de su Alcorán, porque presumía de docto, y había tenido algunas disputas con moros letrados, morabitos y santones que había reunido en su Palacio con motivo de ser su gran Cuaresma, en cuyo tiempo para distraerse en el ayuno, que dura de sol á sol, los plebeyos y poco instruidos pasan casi todo el día durmiendo, y los sabios se reunen para conferenciar sobre puntos de doctrina. A fin de que todos supiesen por experiencia el celo que tenía por su falsa Religión é hiciesen obras meritorias ante Alá, mandó traer a su presencia á los Religiosos, con el fin de desplicarse del mal rato que le dieron con el sermón contra su ley.

Puestos en su presencia, en una mal formada dis-

puta les preguntó diferentes cosas sobre nuestros dogmas y sobre la ley de Mahoma. Tomó la mano Fr. Juan como Superior para responder, alegando razones tan inexpugnables, que vencido el Rey, pero siempre obstinado, decía: «Este perro sabe mucho, ó el demonio se lo inspira, porque con todo me concluye; pero yo con mi acero concluiré con su vida, ya que con mis razones no puedo impugnar las suyas». Tenía allí libros expositivos de su Alcorán: iba y venía á buscar algunos sofismas para presentarlos al Padre, pero nada le valían porque todos se los pulverizaba: con lo cual se irritaba sobremanera y prorrumpía en maldiciones y amenazas.

Una de las preguntas que le hizo y que creyó imposible de responder, fué ésta: «Como podía ser verdad que en el pan y vino de la Misa que hacían los *Papaces*, hubiera carne verdadera y verdadera sangre, y un cuerpo entero con sus naturales perfecciones». El Santo le respondió: «Señor, ni tú ni los tuyos estais en disposición de entender tan soberano Misterio, porque no teneis la luz de la fe verdadera, sin la cual no se pueden entender tan divinas obras. No fué solo hombre el autor de maravilla tan estupenda, porque los hombres por encumbrados que se hallen tienen un poder muy limitado; sino un Dios infinitamente poderoso, que uniendo á sí, de un modo milagrosísimo, la humana naturaleza, quedó hecho, desde

aquél mismo instante, Dios y Hombre verdadero. Este es Jesucristo, mi Señor, verdadero Mesías etc...» y entró á explicarle que Jesucristo murió por nosotros... y que antes de morir, en prueba de amor quiso quedarse con los hombres en el Sacramento del altar, convirtiendo la sustancia de pan en su cuerpo y la de vino en su sangre; en fin, le expuso toda la doctrina católica sobre la Eucaristía, concluyendo: «No te he dicho esto, porque conozca que puedes entenderlo, no dispensando Dios contigo; para comprender algo es preciso tener fé sobrenatural, la cual tuvieras si te hicieras cristiano. Renuncia, pues, la falsísima secta de Mahoma y abraza la Fe de Cristo, porque de lo contrario sobre condenarte, jamás podrás entender nada de estos Misterios, y más cuando preguntas llevado de una vana curiosidad.»

Aunque el Rey no entendió la teología expuesta por el Santo, quedó como fuera de sí y sin ocurrírsele palabras con que interrumpir su predicación; pero un renegado portugués, queriendo dar pruebas de sabio, dijo mil sandeces, blasfemias y mentiras contra el augusto Sacramento y contra sus Ministros. Al oír tantos disparates el Padre, inflamado de amor de Dios, le contestó: «Calla, infeliz y atrevido: eres un obstinado blasfemo, pues conociendo que es mentira todo lo que has dicho, te atreves á pronunciarlo sólo porque te crean por verdadero infiel, cuando has dejado

de ser fiel á Jesucristo. ¿No basta que desprecies la vida y muerte de tu Dios para ser por siempre esclavo del demonio, sino que insolente pronuncias blasfemias tan execrables, sin acordarte de que puede arrojarte rayos la Divina Justicia? Ese mismo Dios sacramentado, con que dices que me embriago, será juez de tu causa en el divino tribunal, cuando rodeado de demonios no tengas ya remedio para dejar de quemarte con el maldito Mahoma á quien ahora sigues.»

Al terminar estas palabras el Santo, todos los renegados que allí había empezaron á pedir justicia como escandalizados, escupiendo á los Religiosos. El Rey, movido de sus tumultuosas quejas, mandó que los volviesen á las prisiones entretanto que se deliberaba el más rígido tormento. Tomaron los ministros de justicia unos palos; y como si los Religiosos fueran bestias, los molieron á golpes llevándolos á la cárcel entre escarnios, ultrajes y maldiciones. Puestos en las prisiones, vino aquel bárbaro sobrestante, que aún no había quedado escarmentado con la parálisis de su brazo al dar los palos judiciales á Francisco Roque, y pidió las llaves al carcelero jurando que no había de permitir que persona alguna les diera de comer para que murieran de hambre, como se lo tenía ordenado el Rey. El carcelero se negó á entregarlas; pero llevada la cuestión al Emperador, mandó al carcelero que á su presencia entre-

gara las llaves al inhumano sobrestante, á quieu de nuevo encargó todo rigor con los presos, con tal que por violencia no les quitara la vida. Estaban con el Rey, cuando la cuestión entre el carcelero y el sobrestante, *Mostafá y Sinán Ayagena*, amigos de Francisco Roque, y quisieron templar este rigor para que minorase la jurisdicción del sobrestante, diciéndole que era tirano y todos le aborrecían por sus excesivas crueldades; pero nada pudieron conseguir del tirano, que cuanto antes los despidió con disculpas.

Estuvieron los Religiosos en la cárcel desde el 14 de Abril hasta el 24 de Mayo, que fué cuando comenzaron los más rigurosos tormentos y terminó su carrera mortal el invicto Juan de Prado. En este día dijeron Misa y cumplieron con los demás ejercicios espirituales. Se retiró después el Santo á un rincón, y se entregó á una profunda contemplación de la Pasión de su Divino Maestro. Estaba todo absorto en su objeto, y los actos de amor, humildad y resignación eran muy repetidos, como observaron sus compañeros, por más que él trataba de ocultarlos. Sacó del pecho un pequeño crucifijo que traía siempre consigo y empezó á decirle con devota y conmovedora ternura:

«Divino Crucificado de mi alma: una súplica quiero hacer á vuestra soberanía, paliada con una queja amorosa. Vuestra infinita piedad me ha enseñado esta llaneza, que como me habeis perdonado

do tantas culpas toma ánimo mi ingratitude para pedirlos, porque os conozco el genio como tan beneficiado. Una dilatada vida me ha concedido vuestra liberalidad; pero ya, mi Dios, que he sabido con ofensas despreciarla, quisiera finalizarla con servicios. Viejo soy ya, Señor; y mis cansados años quisiera que se acabaran con gustar el cáliz de vuestros tormentos. No dudo de vuestras promesas en que por vuestra piedad me habeis asegurado que moriré por Vos en un martirio; pero temo, Señor, que haya dado con mis ruindades motivo á vuestra justicia para que se me haya revocado esta gracia. También conozco lo indigno que soy de conseguirla; pero ésto lo facilita vuestra misericordia. Pues ¿para cuándo, Bien mio, reservais el goce de felicidad tan nunca merecida? No quiero eximirme de padecer, porque sólo vuestra obediencia quiero. Si es vuestro gusto, padezca eternidades con tal que en ello acierte á no ofenderos y haceros servicio; pero, mi Dios, razón será que deje ya este miserable mundo el que hasta aquí no ha sabido despreciarle. Bien conocéis lo frágil de esta mi condición humana; y á costa de un riguroso martirio que deseo, quiero verme sin las contingencias de amaros y con las seguridades de no ofenderos. Ea mi crucificado Redentor: cuente ya entre tantas misericordias como os debo, esta última que espero de vuestra benigna condición. No me dilateis más el que desligada

mi alma de la mortal carne vaya á besar los piés de vuestra grandeza al cielo, como así lo espero de vuestra clemencia infinita.»

Quedó abstraído de los sentidos, en cuyo amoroso sueño le manifestó su tierno amante Jesús la cercanía de su doloroso martirio: volvió en sí, y guardó en su pecho el crucifijo. Tomó luego un pedazo de pan que había quedado de la noche antecedente, y dividiéndolo en iguales partes, le dió á sus tres compañeros de cárcel diciendo: «Tomad, hijos, este pan, y comed para que tengais algún valor para sufrir los trabajos que hoy os esperan». Hablaba en todo proféticamente, pues según todas las circunstancias le fueron revelados en aquél dulce extasis todos los ápices de su martirio, y así á imitación de nuestro Divino Maestro á quien seguía, quiso por última fineza repartir aquel pan entre los que amaba como Padre: no comió él de aquél pan, porque como había recibido en la Misa el pan de los ángeles no quería tomar otro alimento hasta gustarlo en las celestiales bodas del Cordero Inmaculado.

Tenía el Rey reunido concilio de renegados y en él les proponía su determinación de hacer moros á los Religiosos por la fuerza, pues ya con el cruel tratamiento estarían arrepentidos de lo que habían dicho, y prontos á lo que intentaba. Aprobaron todos su dictámen; pero le dijeron que si quería conseguir fácilmente y con menos sustos

su intento, que no los trajera á todos juntos, porque unos con otros se animaban; que trajese uno solo, el más viejo y de más autoridad el primero, pues vencido éste, no sería difícil rendir los otros. Pareció al Rey muy cuerdo aquel dictámen y mandó por el más viejo para probar fortuna en su constancia.

Llegaron á la cárcel los ministros capitaneados por otro Judas apóstata, que era un renegado traidor: entró éste en la cárcel y con alborozo satánico dijo: «Quién de vosotros es el más viejo. El Santo le respondió: Yo soy. — Pues vente conmigo, porque te llama el Rey». Conoció el P. Prado que estaba ya vecina su muerte, y abrazó amorosamente á sus tres compañeros, que se hicieron un mar de lágrimas con esta cariñosa despedida. Echó al hombro sus cadenas y se fué animoso á reñir la última batalla, presentándose en aquel inicuo tribunal.

Estaba el Emperador en su trono acompañado de los letrados de su ley, de alcaides y de multitud de renegados que había convocado para tan brillante lance. Puesto en su presencia el Santo, le preguntó con afectada humanidad: «¿Cómo te ha ido con los trabajos en que tu cansada edad ha gemido tantas congojas?—Muy bien, respondió el Padre, no cansándome penas sino granjeándome gustos; porque aunque es verdad que la parte inferior de la carne estaba algo enojada, la más no-

ble porción que es el alma estaba muy agradecida, considerando que aquel penar era dispuesto con permisión de la Divina Providencia, y lo que Dios dispone no puede estarle mal á la criatura.» A lo menos, repuso el Rey, sobre quejoso no podrás dejar de aborrecerme, porque aun cuando haya sido con permisión de Dios, como tu dices, no podrás dejar de mirarme como instrumento, y esto naturalmente causa ojeriza por más que el hombre quiera vencerse».

No quiera Dios, contestó el Santo con cariñosa humildad, que á tí ni á otra cualquiera de sus criaturas deje yo de amar en cumplimiento de su santísima Ley; antes te aseguro que con esas penillas que me has hecho sufrir, en nada se ha entibiado el amoroso deseo que me sacó de mi Patria para hacerte bien y amarte de veras. Este cariño me trajo de España; y atropellando toda suerte de trabajos, me ha conducido á tu presencia sólo por rendirte el mayor servicio que hasta ahora puedas deber á hombre alguno, en una embajada que te traigo aunque no has querido oirla, cuando te importa el atenderla, más que cuantos reinos pudieras imperar en el mundo».

El Príncipe replicó: «Mira que ya sellan las losas sepulcrales al difunto Rey á quien venías.— No, señor, respondió el Santo: no ha expirado, mientras no agonice tu imperio, porque no vine á Rey determinado en persona, sino á cualquiera

que ciñera el laurel de la regia dignidad; y pues tú al presente tienes la imperial corona, á tí vine.

Como el Rey había notado el encarecimiento de la embajada, fijo en la materialidad de las palabras y aficionado á la codicia, dijo: «Pues si aseguras que soy yo á quien venías, dí lo que traes de importancia, para que yo asegurado de la verdad, enmiende en vosotros el tratamiento y determine lo que más convenga».—Pues trae intérprete, dijo el Padre, para que á uno y á otro nos explique en lo que no nos entendiésemos.

Mandó entonces el Rey llamar al judío *Feliache*, pero el Religioso, así que oyó hablar de tal danzante, le dijo: «No, no sea de esa gente el intérprete, porque los judíos no están bien con los cristianos, ni les guardan la fidelidad debida, ni nosotros queremos intervenir con ellos en nada». —Pues si vosotros estais mal con esa canalla, respondió el Rey, más lo estamos nosotros, que totalmente los aborrecemos. Mandó entonces que viniera un mocito, hijo de padres cristianos, que era él también cristiano pero oculto; y á su presencia empezó el Santo diciendo:

«Señor: te veo muy inclinado á las cosas de la virtud, según te explicas, y con vivísimos deseos de salvar tu alma, para cuyo fin andas ingeniando los medios que te parecen más idóneos. Cierto que obrarás en eso como Monarca, porque los Príncipes en ciñendo la corona han de mirarla co-

mo que grava, no como que eleva, porque la elevación puede desvanecerlos, más el peso podrá humillarlos. Es la corona más soberana una insignia del rendimiento y de la veneración que deben tributarle los vasallos, pero aunque distingue á los sujetos no puede discernir las cenizas. Además, como se ponen las coronas sobre las cabezas, por ajustadas que estén, si da un tropiezo la fortuna, suelen bambolearse hasta caerse; pues es gloria que en el mundo se posee, pero que no se asegura. Dilata la memoria, puesto que eres tan noticioso en historias, por el inmenso campo de los sucesos, y verás tan confirmada esta verdad cierta, como lo dicen tantos infortunados Monarcas que solo subieron á la cumbre para precipitarse deslumbrados, porque todo se trastorna en esta vida. ¿Qué día hay que no tenga una enemiga noche, que con sus opacidades no le destierre las luces? ¿Qué sol que en mortales desmayos no expire? ¿Qué luna sin menguante: qué fuego sin negro humo: qué mar sin borrascas: qué tierra sin espinas: qué vientos sin mudanzas: qué cielo sin nubes: qué flor sin desmayos; y qué vida sin muerte?

Estas materialidades nos enseñan que es todo lo criado únicamente inimitable en su mudanza. Así se acaba todo; así permanece nada; pero ¿cómo no se ha de mudar quien sólo de mudanza vive? Y si no fueran las glorias de este mundo tan in-

variabilmente volubles, bastaba para despreciarlas la tiranía con que tratan á quien las posee, porque más matan que alientan. Vive el que gobierna, no para sí sino para otros; y así teme el breve rato de una diversión, porque como la vida no es suya, dirán que hurta aquel rato á su obligación precisa; porque no sólo le censuran los descuidos, sino aún las solicitudes que se toma. Toda su vida es un perpétuo recelo y un conítuo sobresalto, no siendo para sí y debiendo ser para los demás; y finalmente, desmerece aún con los inevitables deslices, y no gana aún con los prudentes aciertos.

Pues si esto es así, como lo contestan los que desengañados saben despreciar las glorias mundanas, ¿dónde están las honras, los gustos y conveniencias que tan seguras promete el mundo? Luego este no ofrece otra cosa sino un falso teatro donde ninguno acaba el papel que comienza, y sobre haber sido fábula de la fortuna, no se vale del escarmiento para el desengaño».

Con muchas más razones ponderó la vanidad de las grandezas del mundo, con tanta eficacia definidas, que según confesión de muchos alcaides, los tuvo totalmente olvidados de sus intentos y con mucho gusto admirados. Así lo depusieron en forma algunos de ellos; porque es tan bella la luz, que aún la misma ceguedad reconoce su hermosura comparándola con las sombras de la no-

che.

«Si todo este mundano fausto, prosiguió, no es más que brillar de rayo, cuyos resplandores deslumbran por un momento dejando luego en tinieblas, ¿qué cosa habrá de aprecio y utilidad para el hombre en este valle de lágrimas? Yo no creo que haya otra cosa, que el salvarse y gozar de Dios eternamente, cuyas fruibles delicias no se acaban, ni son materiales y sucias, como alguna ignorancia las finge, pues resultarían groseras para aquella Patria tan cortés. Son unos gustos tan sumamente espirituales, que solo las potencias más nobles del alma los gozan; y consisten en ver á Dios y gozarle según los grados en que su equidad dispone, quedando todos dichosos, porque el objeto de la felicidad es uno solo, que es el mismo Dios.»

«Los infelices que no quieren desengañados seguir el camino que introduce en esta dicha, van á llorar eternamente en el infierno su final condenación, sin fruto ya de sus amargos suspiros. Están en aquél honroso lugar los miserables condenados, teos, inmundos y cercados de demonios, sin respirar más que penas. Es esta galera infernal un sitio donde sus miserables forzados carecen de todo bien y solo encuentran toda suerte de desdichas; donde no hay más día que tinieblas, ni más catres que aspides y basiliscos; no hay otro lenguaje que blasfemias, ni más orden que una

confusión espantosa, ni más esperanza que el no poder siquiera fingirla.»

Pasó después á describir la desdicha eterna de los miserables condenados, la abominable compañía de los demonios, la acerbidad de los tormentos, lo escandaloso de las maldiciones y la pena de no ver á Dios jamás, sino tener que penar sin fin. Como tenía una moción tan apostólica, estaba ardiendo de celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, era sumamente instruido y el Espíritu del Señor reposaba sobre él, hizo estremecer al tirano y dejó al auditorio todo horrorizado y confundido. Sus modales, viveza, energía oportuna y pulido lenguaje los tenían admirados, no sabiendo cómo compaginar estas prendas con el tosco sayal que vestía.

«Todo esto que has oído de mis órganos flacos, continuó diciendo, es tan infalible, como lo conoceremos todos el día de la cuenta inevitable, aunque los unos para más gloria y los otros para no menos tormento. Pues bien; si deseas salvarte, como siempre insinúas, sabe que llevas complicados los medios con los deseos, pues en esa ley que observas, vas tan errado como los que en la misma falsedad han ido para siempre á padecer, porque el origen de la verdadera fe que salva es éste. Crió Dios al primer hombre en gracia original, dándole dominio sobre todas las cosas y sobre la floresta del Paraiso para su recreo, obligándole

por precepto á que no comiese de aquél fruto vedado que tantas lágrimas ha costado al mundo; pero por sugestión del demonio perdió la gracia cayendo en la culpa, haciéndonos á todos los hombres esclavos de Satanás, hijos de ira y naciendo desheredados del cielo».

Luego le expuso la necesidad de un Redentor que fuera Dios y Hombre, y cómo la Beatísima Trinidad, queriendo salvarnos, determinó que se encarnase en las purísimas entrañas de una Virgen la Segunda Persona Divina, y que así se efectuó por obra y gracia del Espíritu Santo, siendo Virgen antes del parto, en el parto y después del parto la Mujer que dió á luz al Díos-Hombre, llamado Jesucristo. Después le propuso los Misterios del Redentor y Artículos principales de nuestra Fé católica, diciéndole que sólo la Ley de Cristo es la que salva, y lo que á ella se opusiese era error introducido por el demonio y sus secuaces, como sucedía con la ley de Mahoma.

«Ya que quieres salvarte, prosiguió el Padre, para que Dios justifique más esta causa y no tengas ignorancia que alegar, te digo claramente y sin embages, que sólo en mi Ley puedes hacerlo; recíbela, pués, bautizándote y adjurando de todos los errores en que hasta aquí has vivido, porque es lo que más importa á tí, á los tuyos y á todos, pues de lo contrario vas infaliblemente á una condenación eterna, como han ido é irán todos los

que han muerto y muriesen en la secta de Mahoma. Esta es la embajada que te he venido á traer de parte de Jesucristo mi Señor, Dios y Hombre verdadero y Rey de cielos y tierra. Mira si te dije bien, que te importaba más que todos los reinos del mundo; y por aquí conocerás que no te aborrezco, sino que te amo con particular ternura como á un hermano mío.»

Oyó el Rey este conjunto de razones, pero no le convencieron: las escuchaba en cierto modo con gusto por lo que para él tenían de novedad, más no les dió entrada en su corazón: fué oír un tigre la suave música que no entiende, pagando al fin con un sangriento destrozo. Como en los últimos periodos el Padre le había dicho que le amaba como hermano, le replicó el estúpido: «Si tú eres cristiano y yo moro, ¿cómo podrás ser mi hermano con sangre tan distinta y opuesta? Hazte moro como yo; y uniéndonos así en una amistad indisoluble, seremos hermanos muy de veras.»

Así que nuestro Santo oyó semejante disparate, atropellando toda política humana y elevando sus ojos al cielo, escupió indignado en el suelo y dijo en tono despreciativo: «Reniego del maldito Mahoma y de su asquerosa secta, que ha de dar con todos vosotros en el infierno, donde tú tendrás pena doblada por cada uno de estos infelices vasallos que se condenaren, pues no quieres recibir la embajada que de parte de Dios te he dado.»

«Luego yo, dijo el Rey, y los míos no podremos conseguir la salvación en la ley de nuestro *santo* Profeta?—«¿Cómo *santo*? respondió el Padre: ¿Santo dices que es, cuando está siendo negro tizón del infierno, porque sus muchas y graves culpas no le merecieron otra cosa que hacerle para siempre esclavo del demonio? Para que por todos los caminos no tengas excusa en el tribunal de Dios, oye por último quién fué ese maldito monstruo, epílogo de las mayores insolencias, á quien venerais por *santo*». Y les explicó quién fué Mahoma, sus principios, medios y fines, sus torpezas y maldades, errores, mentiras, contradicciones y fábulas: y todas las iniquidades que les permite su ley, pues de todo tenía claras noticias. Así prosiguió tan enfervorizado, que escupía siempre que pronunciaba á Mahoma, siendo un verdadero milagro que allí mismo no le quitaran la vida por los escarnios á su ley y á su *santo* Profeta.

Se levantó el Rey, y desembarazado ya de su admiración le dijo: ¡Oh perro! ¿Cómo contra mi *santo* Profeta y segurísima ley te atreves á pronunciar blasfemias tan inauditas?» Viendo el Padre el poco fruto que se podía esperar del Rey por su obstinación, se volvió á los renegados y con voz cariñosa les dijo: «Oh Hermanos, vosotros que en algún tiempo estuvisteis en el seguro camino de la salvación cuando érais hijos de Jesucristo, ya que esta fiera, á quien llamais vuestro

Rey, no quiere oír lo que le predico, oidme vosotros arrepentidos, que todavía es tiempo. Bien sabeis que nuestro amantísimo Padre Dios se puso en una cruz por redimiros; ¿pues cómo pagais tan mal la fineza de un Dios Hombre? ¿Qué agravio os ha hecho Jesucristo para que le pagueis con tan graves ofensas? ¿Es agravio el haberos criado de la nada, el haberos sustentado liberal, el haberos sufrido paciente, y el haber muerto por vosotros amante? Ea, hijos: Dios sin duda os espera, pues no tiene gana de castigar quien tanto sufre.

Esta predicación que con tanto interés y cariño hizo á los renegados, fué lo que acabó de mortificar al Rey, porque vió la eficaz persuasiva con que los combidaba al arrepentimiento, y temió que se retractasen de su apostasía algunos, ó al menos que se turbasen sus conciencias y tuvieran pesadumbre; aunque los más se quedaron bien hallados en sus vicios convirtiéndose solo unos cuantos después.



CAPÍTULO XXII.

ES AZOTADO DE MUERTE EL P. FR JUAN:

LLEVAN Á LOS OTROS DOS COMPAÑEROS

Y SON AZOTADOS TAMBIÉN:

VUELTA Á LA CÁRCEL:

FERVORES DEL P. JUAN.

LAN turbado y colérico estaba el Rey, que ni aún podía articular con claridad las palabras por la fuerza de su enojo. Repuesto después de algún tiempo en sus bárbaras pasiones y dando rienda suelta á su ira, dijo á los ministros de justicia, todo descompuesto y quejumbroso: «¿Cómo habeis tenido disimulo viéndome tan divertido en mi propia inadvertencia, para oír á este maldito viejo tantas blasfemias contra nuestra ley y Profeta, sin haberle arrancado la lengua infame con que ha dicho tantos atrevimientos? Quitadme de aquí ese Perro; que yo le pondré en tan miserable estado, que venga la miseria misma á arrepentirle, ya que no ha podido mi misericordia. Atadle á esa columna y dadle

tantos azotes, que le obliguen á retractarse de sus locuras y desatinos, ó que deje la infame vida que indignamente goza.»

Cogieron al Santo aquellos crueles sayones y le pegaron contra la columna tan desapiadadamente, que de solo el golpe le desconcertaron el pecho. Atáronle las manos con un fuerte cordel y amarraron su cuerpo sin dejarle el menor movimiento. Trajeron los *sofeles*, instrumentos del suplicio cuando es de muerte, porque no se concibe que viva alguno después de ser verberado con ellos un cuarto de hora á no avistarle Dios de un modo sobrenatural; y mandó el Rey que cuatro fornidos negros, de dos en dos, le azotaran inhumanamente con ellos. Son los *sofeles* unas trenzas hechas de tiras de piel de camello, secas al sol y formando esquinas, que cortan como la más afilada cuchilla, y de ellos se valen para los castigos de más rigor.

Pusiéronse dos negros á la tarea con estos mortíferos instrumentos, y á los pocos golpes, dados con toda la fuerza posible, porque estaba presente el Rey y toda su comitiva, quedaron denegridas las espaldas del Santo Viejo y vertiendo arroyos de sangre tan requemada, que teñía como tinta. Su carne se iba moliendo y sintiendo la fiereza de los golpes; pero su espíritu no se rendía, sino que sacando fuerzas de flaqueza, continuaba predicando á aquellos ciegos energúmenos. No se cansó

el pobre Anciano de sufrir azotes, y tuvieron que rendirse los dos negros primeros y dar lugar á que entraran los otros dos, que como iban de fresco y con ganas de concluir con el paciente le daban con fuerza y rabia extraordinaria. Cesó de predicar el Santo porque estaba muy fatigado; y con esto creyó el Rey que ya no tendría alientos para injuriar á Mahoma y que estaría corregido; por lo que mandó que le soltaran y llevasen á su presencia. Fué el Santo Anciano con paso trémulo, pero con ánimo inflexible y valeroso; y entonces el Rey le dijo: «Díme, pobre viejo y hombre mezquino, ¿cual de las dos leyes es la mejor? ¿Dirás todavía descorteses palabras contra la mía? ¡Ahora ya querrás desengañado admitir la que profesamos los moros!

Sonrióse el Santo sin gana al oír semejante majadería, y le contestó con viveza: ¿Con que á fuerza de azotes quieres que tu ley sea buena? La ley se prueba que es buena con razones suaves y eficaces, no con crueldades y tormentos; todo lo que aquellas persuaden á admitirla, mueven estos á rechazarla, porque la ley há de ser racional, no de bestias que se gobiernan á palos. ¿Cómo quieres que tu ley sea buena y admisible, si la hizo uno que está condenado por toda la eternidad? Ley que no pudo salvar á su autor, tampoco te salvará á tí, ni á ninguno de cuantos la sigan, esperandoos una espantosa condenación en compa-

ña de Mahoma. ¿Estarás muy ufano porque me han dado estos cuatro azotes? Pues mira: te desengaña, no para que dejes de atormentarme, sino para que no te lleves de tu obstinación, que ni cuantos tormentos puede discurrir tu cruel malicia, ni cuantos se han sufrido en este mundo, ni cuantos han de padecer por una eternidad los condenados y demonios en el infierno, serán bastantes para que deje de abominar la falsa secta que ciego sigues, ni deje de morir en la confesión de la fe verdadera de Jesucristo que te he predicado. Castiga, que la carne flaca es esclava tuya, pero el alma goza de más nobles privilegios: á ella no se estiende tu tiránica jurisdicción. Tened entendido que cuantas verdades os he predicado, han de ser en el día de vuestra cuenta quienes más rígidamente os fiscalicen y acusen.»

Quedó el Rey avergonzado, al ver que se burlaba de sus castigos un hombre que por viejo ya le consideraba muerto á la violencia de los azotes. Sumamente irritado se volvió á los verdugos y les dijo: «¡Oh infames! Sin duda que fué mucha vuestra flojedad en los azotes, pues lo habeis dejado con tantos bríos. Volved á darle de forma que cuanto antes muera, ó pida por señas misericordia.»

Volviéron á atarle á la columna; y considerando que era imposible que viviera después de castigado tan atrocemente, atribuyeron la conservación

de su vida á arte mágica; por lo que desconfiando ya poder quitarle la vida por este medio, le amenazaron con más crueles azotes, si no corregía su yerro. Mas él risueño despreció las amenazas, y les dijo que ellos sí que serán azotados con inaudita crueldad por los demonios en el infierno, si no se hacían cristianos. Enfurecidos los sayones con esta contestación, le volvieron á azotar otros seis verdugos con doblados bríos y saña, haciendo correr arroyos de sangre de su desmayado cuerpo. Estos segundos azotes fueron mucho más sensibles que los primeros por la fiereza y número de los ministros que los dieron, y porque ya estaba el Santo sobradamente mortificado y molido. Durante estos azotes mandó el Rey que trajeran los otros dos Religiosos, á fin de acabar con los tres al mismo tiempo.

Fueron por ellos en tropel; y cuando ya daban vista al Palacio, desataron al invicto Mártir azotado, cayendo en tierra como muerto, sin poder moverse ni tener en pie, creyendo todos que ya era difunto. Luego que el bendito Padre conoció que estaban allí sus compañeros, comprendiendo que los habrían traído para horrorizarlos con su destrozada presencia, se esforzó cuanto pudo y levantó un poco la cabeza sobre el pecho, diciéndoles con voz desmayada: «¡Oh carísimos hermanos y amadísimos compañeros! Buen ánimo, que ya estamos á las puertas de la gloria y en los lan-

ces porque tanto hemos suspirado. No dista de nosotros el cielo, más que lo que tarda la muerte». Cayósele luego la cabeza porque no tenía fuerzas para sostenerla, quedando envuelto en su misma sangre.

Había allí un renegado de Murcia que quiso hacer titubear á los dos compañeros del Santo, y llegándose á ellos les dijo: «El extrago sangriento que os horroriza en este Viejo desdichado, no es efecto de la crueldad sino castigo de su locuaz vejez, porque ha blasfemado contra nuestro santo Profeta, con público vilipendio de nuestra verdadera ley. El sin duda caduca ya y ha errado como hombre loco; no espero de vosotros la misma necedad, y por tanto admitireis nuestra ley.»

Respondióle Fr. Matías con una santa libertad: «Mejor mil veces que tú, conozco yo á ese venerable Anciano, y siempre le he notado muy cuerdo; creo que jamás habrá hablado con más acierto, que cuando haya abominado vuestra maldita secta y predicado la verdad de la Religión de nuestro Señor Jesucristo.» Quedó el renegado afrentosamente abochornado, viendo que en lugar de agradecimientos y alabanzas había sacado confusiones y desprecios.

Entretanto los fueron aproximando al Emperador, que preguntó á los ministros: «¿Estos Cazizes están protervos, ó quieren ya desengañados ser moros?» ¡Moros Señor! le respondieron, no lo es-

peres en su vida. Antes hemos entendido que nos están agradeciendo todo lo que les atormentamos. Bien puedes discurrir penas y no amenazas, porque aunque de unas y otras se rien, es perder tiempo el que se gaste en amonestaciones. Pues cortadles las cabezas, dijo el Rey. Ya estaban con las manos atadas atrás y puestos en un patio esperando la cuchilla que había de degollarlos, cuando fué conmutada la pena de muerte en crueles azotes, que recibieron en la misma forma que el Santo Prado. Después que los ministros se cansaron de azotar á los dos Religiosos, mandó el Rey que los tres fueran devueltos á la cárcel y que los tuviesen en vigilante custodia. Levantaron como pudieron, los dos compañeros al Santo Prado, que aún estaba tendido en tierra, y echando al hombro las cadenas de su Prelado, hicieron como una silla de los brazos para ayudarle á caminar, porque no podía tenerse, y en esta forma llegaron á la cárcel.

Cuando el Santo vió que habían quedado solos, el alivio que buscó á sus muchas fatigas fué exhortar á sus compañeros diciéndoles: «Ea, Hermanos carísimos; ya estamos en el lleno de nuestra vocación; agradecidos debemos estar siempre á nuestro Dios amante; porque se ha dignado oír las súplicas humildes con que siempre le hemos rogado estos tormentos; y pues ya nos ha dado á probar el amargo cáliz de su pasión acerba, dé-

mosle rendidas gracias por tan señalado beneficio.» Así los iba animando, pero como estaba tan lleno de llagas, se le escaparon algunas palabras de sentimiento. «Mucho me duelen estas espaldas, dijo; sin duda que las han mortificado alguna cosa. Recibe, Jesús mío, estos pocos azotes que he sufrido por tu amor en satisfacción de mis muchas culpas.»

Descubriéronle las espaldas para darle algún alivio, y vieron que estaban todas abiertas y llenas de sangre cuajada y negra como la tinta, con que aquellos malditos verdugos firmaron la sentencia de su eterna condenación. Gran lástima tuvieron al ver tan sangriento y triste espectáculo: se quitó Fr. Ginés los paños menores, porque no tenían otra cosa y con ellos fueron embebiendo la sangre y enjugando las heridas; después le pusieron al cuello una servilleta, dejándola caer por la espalda, para que no le molestase tanto el sayal: luego le trajo Francisco Roque un caldo de lentejas que, hurtando la presencia del sobrestante renegado, había llevado un cautivo con unos pedazos de pan; y habiendo tomado dos ó tres sorbos, se quedó desmayado, por la mucha sangre que había perdido.

Volvió en sí; y sacando de su pecho el Crucifijo puso los ojos en él y lo besó, y llorando amargamente decía: «¿Cuándo, Inmaculado Cordero, mereció favores tan soberanos mi ingratitude, que

llegue á gustar las penas que vuestra misericordia quiso poner sobre sí solo por hacerme el bien que no he sabido agradecer? ¿Pero cuándo vuestra liberalidad no excede en piedades á la malicia de nuestras ingratitudes? Recibid por última satisfacción que os quiero dar, de mis culpas, todas cuantas penas permitiéseis y quisiese ejecutar en mí la ceguedad de esta gente miserable. Recibid este sacrificio que os hago de mi vida, que si no es mayor es porque no tengo víctima de más precio que mi vida caduca: perdonad la grosería con que os he servido y venerado hasta aquí; y si ahora os dejo, no es porque no se me parte el corazón de pena al quedar sin vos, sino porque ya la cercanía de mi muerte me dice la contingencia á que os expongo, si dan con tan preciosa joya unos hombres que no saben apreciarla.»

Dió entonces el crucifijo á sus compañeros para que se le entregaran á un cautivo que por su especial virtud se había hecho acreedor á esta gracia; y hallándose algo más alentado les refirió brevemente lo que le había pasado con el Rey, concluyéndo su narración con estas edificantes y amorosas palabras: «Bendito seais para siempre de ángeles y hombres, Dios mío, que me disteis tiempo, aliento y palabras para volver por vuestra honra. Todo es vuestro y nada es mío, sino haber sido el instrumento, por lo cual os rindo repetidas gracias.



CAPÍTULO XXIII.

CONCILIO DE ALCAIDES:
VUELVEN POR EL SANTO PRADO:
CUCHILLADA QUE LE DIÓ EL REY:
ES ASAETEADO: LE ARROJAN EN UNA HOGUERA:
MUERTE FELIZ
Y PRODIGIOSAS CIRCUNSTANCIAS.

MIENTRAS nuestro Santo confortaba á sus compañeros en la cárcel y hacía dulces coloquios con Jesús, el Rey en su Alcazaba tenía concilio con sus alcaides, proponiéndoles que estaba resuelto á que los Cazizes cristianos expiasen en las llamas las ofensas hechas á Mahoma, como ordenaba su Alcorán.

Era el primero que había de responder á tan inícuca propuesta el *Cadi*, supremo doctor de la ley. Dijo este que no debían ser quemados, porque el Alcorán aplicaba esta pena al que libre y voluntariamente, y siendo Mahometano, tratara de falsa y maldita á su ley; pero no al que fuese de religión contraria y quisieran violentarle con

tormentos á que se hiciera moro, como sucedía con los Cazizes cristianos, quienes estaban en su deber de defender la ley evangélica como la mejor del mundo. Que él para el absoluto descargo delante de Dios y del mundo lo decía sin políticos ambages, porque no le notaran de lisonjero las gentes. Eran sus razones convincentes, pero no fueron eficaces para vencer la obstinación del Rey, que se había propuesto salir adelante con su idea. Mandó, pues, á sus ministros, pasando por encima del dictámen del *Cadi*, que llevasen al Santo Prado, á quien había cogido odio mortal, á su jardín, donde se trasladó él con toda su comitiva.

Llegaron los ministros á la cárcel á la una próximamente de la tarde; y abriendo la puerta el que los capitaneaba, dijo al Santo: «Vente conmigo, Viejo, porque te llama el Rey, y manda que te lleve con brevedad sin disimularte la menor pereza.» Levantóse con prontitud aque valeroso Capitán con tantos alientos como si no hubiera sufrido nada, y tan gozoso como si estuviera ya en la gloria: se despidió de sus compañeros con paternal ternura, abrazándolos y dándoles el último adios; y ellos, hechos un mar de lágrimas, le suplicaron su bendición. Se la dió; y puesto él de rodillas les pidió perdón de los malos ejemplos y de no haber sabido apreciar su amable compañía, rogándoles que le encomendaran á Dios para que

le asistiera con los auxilios necesarios. Al despedirse de Francisco Roque, pidióle éste que le encomendase á Dios para no apartarse de su gracia y amistad y para que lo sacara de tan miserable suerte. Bañóse el venerable rostro del Santo con tan refulgentes luces, que el mismo Francisco dijo ser un milagro cada resplandor que despedía. Le puso las manos en los hombros, y le dijo con cariño: «Tenga buen ánimo, y confíe humildemente en Dios la salvación de su alma; que para el cuerpo yo le digo que dentro de pocos días se verá fuera de estas prisiones con conveniencias bastantes y decentes para alimentar su familia, y con honra para ennoblecerla.» Todo lo cual se cumplió, como el Santo se lo predijo.

Solía traer el Siervo de Dios en su ancianidad unas suelas para defender sus piés de la fragosidad de los caminos, y se le quedaban olvidadas en un rincón de la cárcel. Cuando iba saliendo, las vió Francisco Roque, y tomándolas le dijo: Padre, tome sus suelas, pues no sabe por qué caminos le llevarán, y quizá le hagan buena falta.—Déjelas ahí, para un pobre, le respondió; que ya no las he menester, pues este es el último camino. Jesús llevó la cruz con los pies descalzos; y yo quiero, aunque tan malo, imitarle en esta última jornada. Recogió como pudo sus dos pesadas cadenas, y marchó, á pasos trémulos, con los infernales ministros, que le llevaban preso por la capilla te-

miendo que aun se les escapase. Llegaron donde estaba el Rey, y al ver que solo llevaban al viejo les dijo: ¿Cómo no me traéis sus dos compañeros? —Porque no nos lo mandaste, respondieron.— Pues id ahora mismo por ellos.

Fueron por ellos, y entretanto dijo el Rey al Santo: «Te he llamado para que por última vez, en presencia de esta numerosa plebe, ó te hagas reo de las peñas que te tengo prevenidas, ó arrepentido te hagas capaz de mi misericordia. Díme por último cual de las dos leyes es la verdadera y segura. «Mucho me alegro, respondió el Padre, que me preguntes eso repetidas veces, para decirte otras tantas la verdad. No se puede llamar ley la que no tiene santificado origen y canonizados dogmas por el Espíritu Santo. Solamente la Ley de Cristo que profesamos los cristianos, es la que se debe llamar Ley, porque ella sola tiene canonizado origen, es santa, justa, suave, segura, verdadera y pone seguramente en el camino del cielo. La que tu llamas ley, no lo es, sino un agregado de contradicciones, torpezas, maldades y vicios, que el desventurado Mahoma os dejó para vuestra condenación eterna». Y prosiguió su predicación apostólica, desengañándoles de la necedad en que estaban. Se volvía con frecuencia á los renegados como hijos predilectos de su corazón, inculcándoles el arrepentimiento de sus extravíos, y escupía con gran desprecio y libertad

en el suelo cada vez que tenía que nombrar á Mahoma, tanto que los judíos presentes dijeron después á los cautivos, que debían venerar como glorioso Santo á aquel Padre. «Si nosotros, añá-dieron, tuviéramos un Maestro que con tanto va-lor recibiera semejantes martirios por defender nuestra ley con tanta fortaleza y ciencia, le levantaríamos suntuosos templos para tributarle reve-rentes cultos, colocando sus cenizas como Reli-quias en los mejores tabernáculos». Pero éstos, á pesar de sus palabras, se quedaron también en sus errores.

La turba ciega que oyó las execraciones contra Mahoma y su ley prorrumpió en descompasadas voces: «Loco está, loco está este mal viejo; muera, muera para que pague su locura». Excitado el Rey con esta satánica vocería y lleno de rabia, desenvainó su alfanje y llegándose al invencible Campeón de la Fé le asestó un golpe tan recio, que dejándole clavada la cuchilla, no pudo repetirle otro. Le abrió una herida mortal en el lado iz-quierdo de la cabeza, diciéndole al mismo tiempo:» «Perro, vuélvete moro, ó morirás.» En esto llega-ron los dos compañeros, que puestos junto al Pa-dre, contemplaron, con distinción y claridad, el sangriento drama.

Apenas el Santo vió que caía de su cabeza abundancia de sangre; como tanto deseaba derra-marla toda por Jesucristo, puso los brazos en

cruz, y enardecido su espíritu con la consideración de la lanzada en el costado de su Divino Maestro, se arrobó elevándose de la tierra y bañándose todo su cuerpo, de peregrinas y deslumbradoras luces que no dejaban distinguirle. Era muy frecuente en el santo Varón coronarse de resplandores; pero en esta ocasión fueron tan raros y vivos, que como que eclipsaron los del sol. Como aquella ciega canalla no tenía experiencia de tan raros prodigios, unos echaron á huir y otros se quedaron pasmados con la visión; hasta el mismo Rey se retiró algunos pasos blandiendo su alfanje, porque *juzgó que el Santo queria acometerle, aunque luego le pareció que se le subia al cielo*; son palabras del Tirano, dichas al alcaide *Morato* y al bajá *Roduán*. Los mismos ademanes hicieron los que le acompañaban, creídos de que corrían gran peligro. Muchos alcaides, moros y renegados confesaron en forma después este prodigio; asegurando algunos que les pareció que el mismo sol vino á iluminar su rostro. Volvió de su prodigioso éxtasis el invicto Mártir, y sin que le desmayara la sangre que derramaba, prosiguió su predicación.

El Rey cada vez más obstinado, apesar de los prodigios; temiendo ya acercarse al Santo, pidió el arco y flechas, para concluir con él. Quiso armarle y no pudo en un buen rato poner en punto la flecha, porque estaba sobresaltado con lo ocu-

ocurrido: ajustóla por fin, y le disparó la primera, que no hizo blanco, aunque estaba á unos diez pasos, porque le temblaba el pulso, tocándole sólo en el hábito. Volvió á pedir otra flecha, y mientras la disponía, mandó á cuatro moros y renegados que fueran á persuadir á los compañeros que se hicieran moros, ó que les quitaría la vida.

Fueron estos á cumplir su orden; y para hacer la amonestación más eficaz, desenvainaron los alfanjes y los iban blandiendo, amenazándoles con cortarles las cabezas, si no se volvían moros. Tan bién los redarguyeron Fr. Matías y Fr. Ginés, que se volvieron cavizbajos y desesperanzados de su intento. Al ruido del altercado entre los Religiosos y moros, volvió la cara el Santo, y los miró con ternura de Padre; pero reparando que el Rey tenía junto á sí cinco mozos que había hecho apostatar el día de Viernes Santo, llenó de dolor y de celo, se encaró con el Rey y dijo: «¡Oh tirano, tirano! ¿No basta que destroces los cuerpos, que soberbio pretendes esclavizar también las almas? Esas que asisten á tu lado, tienes robadas á Dios, que es su único Dueño». Elevó luego los ojos al cielo, y quedando suspenso un rato, recomendó á la Divina Piedad á sus dos compañeros, á todos los presentes y en especial á los renegados, para que los iluminara y conociesen lo engañados que vivían. Volvió de la suspensión y continuó predicando, dirigiéndose principalmente

á los apóstatas, á quienes trataba con el dulce título de hermanos.

Un renegadillo, sin vergüenza, que oyó los términos de *tirano* con que el Santo llamó al Rey, y de *hermanos* con que los trataba á ellos, cambiando las palabras empezó á decir á voces: «¡Ay que llama hermano á mi Señor! ¡Hermano le llama! Hermano seas tú de todos los diablos». El Santo no le oyó; pero le oyó Fr. Matías, que se encargó de la respuesta, para que aquel adulator no se quedase sin paga. «No hay tal, infame, descortés y embustero, no hay tal; no le ha llamado hermano, sino tirano, tirano; y con razón, porque no se contenta con el extrago cruel que hace en los cuerpos, sino que también quiere matar las almas». Quedóse con esto callado el habladorcillo y confusos los demás, sin que nadie vengara la injuria, ni se lo dijese al Rey.

En el interin volvieron al Rey los que habían ido á persuadir á los Religiosos que se hicieran moros, y le dijeron que todo lo que no fuera acabar con ellos de una vez, sería gastar tiempo en ceremonias impertinentes, porque lo que deseaban los Frailes era que les propusiesen muchas veces semejante intento para despreciarlo muchas más, diciéndoles tantos oprobios que no eran para repetidos. «Pues llevad esos dos Perros á la mazmorra, dijo el Rey, y dejadme quitar la vida á este malvado Viejo con el mismo gusto que si flecha-

ra á un tigre; que después yo os prometo que serán también el blanco de mis saetas».

Cargaron sobre ellos los diabólicos ministros, y entre palos, bofetadas é insultos los sacaron del jardín, partiéndoseles de dolor el corazón al ver que los separaban de su venerado Prelado. Fray Matías iba diciendo: *«Viva la fe de mi Señor Jesucristo, y muera la abominable y maldita secta del perverso Mahoma. No hay ley, no hay fe... y al querer decir sino la de mi Redentor Jesucristo le dió un moro tan fuerte bofetada, que le derrivó al suelo y quedó totalmente privado de los sentidos, volviendo en sí cuando ya estaba en la cárcel.»*

Durante estos divertimientos del Rey, quedó el Santo casi sin sangre por la gran copia que había vertido, y cayó medio desmayado en tierra, pero sin dejar de predicar en voz baja. Como el Rey le vió con los labios cárdenos, pálidas las mejillas, desalentado el pecho y ya casi difunto; antes que fuese totalmente cadáver, quiso que un renegado, paje suyo, ganase indulgencia en atormentarle; y así le mandó que le introdujera por la boca la punta del alfánje, para cortarle la lengua y labios y que no predicase más, si es que aun no estaba difunto. Hizo el moro lo que le mandó su amo; y á penas sintió el Santo el acero junto á los labios, abrió gustoso la boca y lamía su propia sangre en señal de que aun estaba se-

diento de padecer. Como el Santo despedía resplandores, el mozuelo no se atrevió á hacerle daño y se retiró diciendo á su Señor que aun vivía; con lo cual se dispuso á tirarle otra saeta.

Reparó el Santo Mártir que el Rey quería asestarle otro tiro, y para que no errara como la primera vez, trató de ponerse en pié, mas no pudo; hincóse entonces de rodillas y estendió los brazos, para que el blanco fuese mayor. Crugió enseguida la cuerda del arco, y recibió la primera saeta que le atravesó el pecho, hiriéndole las entrañas. Clavóle algunas más estando aún de rodillas; pero la sangre que derramaba era tanta, que cayó al suelo. Como eran tantas las ansias de padecer, para que el tirano no malograra los tiros que prosiguió, tendido en tierra como estaba afirmó el codo derecho en el suelo, y dejando caer la mejilla sobre la mano, levantaba el pecho cuanto podía siempre que veía disparar flecha. Así estuvo todo el tiempo que hubo saetas en la aljaba, recibiendo en su cuerpo siete de éstas que se quedaron profundamente clavadas. Mientras tanto repetía encendidas jaculatorias y versículos de la Santa Escritura, como áquel de Jeremías: *Posuit me quasi signum ad sagittam.*

Volvió á predicar al Rey; y como terminó diciendo: «*Tirano, estas saetas que has puesto en mi frágil carne serán testigos de tu obstinación y de las verdades que te he predicado y que ciego*

desprecias», preguntó el Rey qué era lo que decía; é informado de ello, mandó que á cuchilladas le hicieran callar. Cayó entonces la cabeza en tierra, porque no tenía ya fuerzas para sostenerla, ni aun ayudada del brazo; y pareciéndole al Tirano que agonizaba, largó el arco y mandó que le quemaran antes de que espirase. Llegáronse á él entonces muchos moros y renegados, que le dieron multitud de cuchilladas con sus alfanjes; y cogiéndole después por las cadenas, le sacaron arrastrando de los jardines. Con este acto brutal le dislocaron algunos huesos, rompieron varias saetas de las que tenía clavadas quedando el hierro dentro, aumentaron los dolores de las heridas recibidas y abrieron de nuevo otras contra las piedras, dejando pegadas en ellas sus canas venerables con parte del cutis, y regando aquel patio con su sangre, que clamaba venganza al cielo.

Después que el Rey dictó la inicua sentencia de quemarle vivo se retiró con su comitiva á los corredores de su Palacio que daban á la plazuela, donde tenían ya una hoguera encendida y gran cantidad de leña para alimentarla. Mientras se avivaba el fuego, andaban los ministros de justicia buscando cautivos que llevasen al último suplicio al Santo, como el Rey lo había ordenado; pero ellos así que oyeron la cruel orden, huyeron precipitadamente por no intervenir, ni aun involuntariamente, en tan sacrílego crimen. Echaron

entonces mano de los protestantes que había, y á violencia de palos trajeron doce de éstos y un solo católico, catalán, llamado *Rafael Soler*, que no había podido escapar por ser portero de los jardines.

Llegaron á donde estaba tendido en tierra el Santo, y mandaron á los trece que le levantasen; pero ellos no se atrevían á tocarle, á pesar de los muchos palos que por su negativa recibían de los ministros. Vió el bendito Padre,—que ya había vuelto en sí—el tratamiento que daban á los miserables esclavos por no querer cargar con su cuerpo, y con amoroso sentimiento les dijo: «Hijos míos: á un pobre esclavo importa obedecer á su dueño, y más siendo tan tirano. Haced lo que os mandare, ya que Dios os ha puesto en esclavitud tan mísera; que no ofendeis á su Majestad en cargar conmigo porque os lo manda el Rey». Tomaron algún ánimo con estas palabras, y entre todos levantaron aquel destrozado cuerpo, para luego cogerlo en sus brazos. Así que sentó el pie en el suelo el esforzado Capitán les dijo: «Aunque no tengo alientos para vivir, haré esfuerzos para morir por nuestro Dios: dejadme á ver si puedo ir por mi pié; que á morir por causa tan justa, no quiero que imagineis que me llevan forzado, sino que me voy gustoso».

Por no andar ocioso aquellos pasos de la muerte, empezó á predicar, aunque desalentado, á los

cautivos portadores, para pagarles la buena obra que le hacían en ser cirineos de sus pesadas cadenas. Tanto los conmovió, á pesar de ser herejes, que lloraban amargamente, y algunos se convirtieron después. Llevaban por cabo al cruelísimo sobrestante; y al verlos tan llorosos, les dió muchos palos con un bastón, diciendo: «¡Perros! ¿Así llorais á un hombre tan maldito, que ha puesto su infame lengua en nuestro Profeta y ley, y que ha enojado á nuestro Amo con tan locas palabras?» Sintió el Santo estos golpes más que sus propias cuchilladas, y procurando evitárselos les dijo: «Hijos míos: no lloreis sobre mí; que las lágrimas piden más noble empleo. Gemid en vuestro corazón siempre vuestras culpas, y llorad amargamente las penas que causaron á nuestro Divino Redentor. Si mis palabras son causa de vuestro llanto, yo callaré; pues no quiero ser causa de que os maltraten».

Llegaron á la plazuela, y le posaron como á un tiro de piedra de la hoguera, porque quisieron esperar á que se prendiera toda la leña. Quedó medio recostado en el suelo y proseguía predicando; lo que oido por uno de los principales ministros, se acercó á él, y entre injuriosas palabras le dió tan bárbaros palos en su venerable rostro, que le descompuso la boca. Reprendió agriamente tan inaudita crueldad el sobrestante, que en esta ocasión reconoció la brutalidad y sinrazón del aten-

tado. Daba el santo Mártir algunos vuelcos en el suelo con las ansias de la muerte; y viendo los moros que espiraba, le cogieron entre varios y le arrojaron en las llamas, para que siquiera su última boqueada fuera en el fuego. Luego que se vió en las brasas, cobró nuevos alientos de vida; se puso de rodillas, y abrió los brazos en cruz. Asombrados quedaron los superticiosos mahometanos al presenciar este prodigio, porque veíanle todo desangrado, destrozado su cuerpo, los años muchos, los trabajos y tormentos sufridos innumerables, y todas las señales de moribundo en la última agonía; creían que espiraba antes de arrojarle al fuego, y sin embargo ¡vive! y vive con tantos alientos de vida! «El demonio tiene, dijeron con los Escribas y Fariseos, y por su virtud ha obrado este prodigio».

Puesto de rodillas entre las llamas y con los brazos en cruz, comenzó su último sermón con voz tan vigorosa, como si predicara descansado en una iglesia. Su materia fué abominar de la maldita secta de Mahoma é inculcar la Fe de Cristo, nuestro Redentor. Mientras estuvo predicando, no se atrevió el fuego á quemarle ni un hilo del pobre hábito, porque su actividad estaba sujeta á la voluntad divina que dijo: «No toques á mi Siervo, hasta que se cumpla todo lo que sobre él tengo decretado».

Como aquellos ciegos ministros vieron que ni

aun en su último trance dejaba de abominar de su Profeta y que se burlaba del fuego, desesperados porque no moría ni dejaba de predicar, cargaron todos de piedras y apostaron enfurecidos á ver quien primero le derribaba en el suelo. Empezaron su reñida tarea, y fueran tantas las que le arrojaron, que casi apagaron la hoguera: maltrataban, sí, su santo cuerpo, pero no conseguían derribarle. Cogieron entonces varios peñascos entre dos y tres ministros, y dejándolos caer á plomo sobre la cabeza, hombros y espaldas del Santo, ni con ésto fueron quienes para quitarle los brazos de la forma de cruz, ni para tirarle al suelo, ni hacer enmudecer su lengua. Muchas fueron las heridas gravísimas y mortales que recibió, especialmente en la cabeza, pues depuso un testigo después, que le vió blanquear los sesos como espuma, porque la tenía rota toda; sin embargo, Dios le mantuvo inmóvil y firme como una roca para testimonio de su infinito poder, encadenando unos con otros los prodigios, pues no hubo circunstancia que no fuese milagrosa.

Perplejos ya los ministros sobre qué harían para concluir con él, viendo que ni con el fuego ni las piedras conseguían enmudecerle, derribarle ni hacerle perder la vida, tomaron seis ó siete sayones cada uno su palanca, de las que habían traído para avivar el fuego, y le dieron con ellas á porfía tantos golpes, que le hicieron trozos la cabeza

cayendo los pedazos en las brasas, pues hasta el mismo tiempo de espirar permaneció de rodillas sin poderle derribar. Antes de espirar, volvió á bañarse de resplandores que eclipsaron los del sol, que estaban entonces en su máximun, y disiparon por completo el denso humo que la hoguera despedía. En el momento de coronarse de luces comenzó á cantar divinas alabanzas á su Amado, entregando su alma á Dios al pronunciar aquellas dulces palabras: «*En tus manos, Señor, pongo mi alma.*» Dividióse entonces el globo de luces que le había asistido, quedándose parte con su santo cuerpo, y parte ascendiendo en forma de nube lúcida al cielo, acompañando á su bendita alma.

Rasgáronse los cielos luego que espirò, según testimonio de varios cautivos á quienes Dios concedió registrar tan estupenda maravilla; y bajaron innumerables espíritus celestiales trayendo una guirnalda para ceñir las sienes del invicto Mártir, y una palma que acreditase su victoria sobre las ordas mahometanas, á fin de que adornado con tan vistosas insignias entrase su alma triunfante en el cielo á recibir el premio merecido por combate tan sangriento en defensa de la Fé. Como no había Eclesiásticos que le hicieran las honras fúnebres entonando el *Subvenite, Sancti Dei...* *Ocurríte angeli Domini...*, ellos por mandato del Altísimo descendieron alegres y festivos, á cantar en dulces y armónicos metros, el *In paradisum*

deducant te angeli... Muchos de los cautivos percibieron claramente las dulces voces de los coros angélicos, que después de hacer los honores al santo cuerpo, se fueron alejando hasta dejar de percibirse; signo evidente de que con esta sublime música introdujeron su alma en el cielo.

Murió el glorioso P. Fr. Juan de Prado un sábado á las tres de la tarde, día 24 de Mayo de 1631, á los 47 años de hábito y 68 próximamente de edad. Dichosa vida que sin conocer la malicia del mundo, supo consagrar á Dios en la soledad del claustro lo más florido de su edad, despreciando todo lo terreno por seguir al que es camino, verdad y vida; con cuarenta y siete años de ayunos, mortificaciones y contemplación continua, supo de tal manera agradar á Dios, que le concedió terminar su mortal carrera del modo más digno que puede desear cualquiera fervoroso cristiano.

Luego que expiró el santo Prado, mandó el Emperador llamar á Francisco Roque; y pareciéndole que podían censurarle de injusto y desatento por su proceder contra el santo Embajador, le ordenó que escribiese al Rey de España, al Duque de Medina-Sidonia y al Gobernador de Mazagán, diciéndoles que era verdad que había quitado la vida al Sacerdote anciano, pero que lo había hecho con sobrada razón, porque en público había predicado á sus moros la Ley cristiana, y

baldonado mil veces á su Profeta y á su ley, calificándolos como no podía decirse; y que si en España un morabito elogiara la ley de Mahoma y despreciara la católica, sin duda lo quemarían vivo, después de castigarle con muchas y atroces penas.

Un santón que estaba á la sazón presente, dijo también á Francisco Roque: «Escribir, escribir, que estar borracho mucho.» Había visto este grosero ignorantón los resplandores que bañaron al Padre Prado y las encendidas llamas que despedía su rostro, y lo atribuía todo á que el Padre estaba borracho. «Bien sabe V., Señor Francisco, añadió el judío *Ielache* (que era un buen truhán) como allá en España, en hablando uno mal de la Ley de los cristianos, luego lo aprehende la Inquisición y lo quema.»

En la misma forma que mandó el Rey, escribió Francisco Roque al Gobernador de Mazagán: y revisada la carta por un intérprete, se la mandaron por medio del alcaide de Azamor. Recibióla D. Francisco de Almeida; y apenas comenzó á leer el cruel martirio con que había muerto el Santo, mandó hacer una salva con toda la artillería y voltear las campanas. Quiso también el cristiano Gobernador, que el baluarte por cuya muralla había volado el Santo en la procesión de Jesús Nazareno se mostrase más agradecido por haberle honrado el santo Mártir con aquella maravilla; y

ordenó que en tres diferentes veces hiciese salva real con toda su artillería. Dispusiéronse festejos con iluminaciones y juegos de cañas y de sortija.

Uno de estos días salió á la carrera, con la lanza bendita por el Santo, (con predicción de que obtendría señaladas victorias y no le sucedería desgracia alguna) el capitán, D. Gaspar Rodríguez. En una de las carreras se le desbocó el caballo; y corriendo á rienda suelta y con la lanza enristrada, dió en el pecho de un niño de ocho años tan fuerte golpe, que se hizo el hasta tres partes y el muchacho rodó por el suelo unas cuantas veces, atropellándole al mismo tiempo el caballo. Todos daban al niño por muerto al presenciar lo ocurrido, y con sobrada razón á no haber mediado un milagro. Fueron á recogerle, y le hallaron sano y salvo, con solo un pequeño rasguño en el cutis, como señal de la maravilla. Entonces el caballero declaró lo que le había pasado con el Padre al despedirse, admirando todos el portentoso y bendiciendo mil veces al Santo.



CAPÍTULO XXIV.

SEPULTURA DE SU SANTO CUERPO:
MARAVILLAS QUE SE NOTARON:
SACAN LOS CRISTIANOS LAS RELIQUIAS.



UNQUE el fuego se había negado á quemar el santo cuerpo y su ropa, mientras el Santo vivía; luego que este espiró, recobró su actividad, que había estado suspensa por disposición de Dios, y redujo á pavesas alguna parte de él, aunque no fué mucha, para que así conocieran aquellas ciegas gentes que el no haberse quemado cuando vivo, no era porque las llamas fueran aparentes, sino porque Dios les había prohibido ejercer su natural actividad.

Estaba el Rey observando desde sus corredores la flema con que el fuego caminaba en reducir á cenizas el cuerpo destrozado, á pesar de la diligencia que empleaban los sayones en avivarle y poner el cuerpo donde la hoguera estaba más encendida, dándole muchos golpes con palos para que el fuego tuviera menos que vencer.

Cansado ya de estar allí contemplando, mandó que entregasen la parte incombusta á los cautivos para que la diesen sepultura, proponiéndose horrorizarlos con el castigo, y hacerlos titubear en la Fe, y con esto lograr fácilmente su apostasía. Oyó la orden el renegado *Mos'afá*, natural de Murcia, y le dijo: «Oh Señor, ¿qué es lo que haces? ¿A los cristianos mandas entregar el cuerpo de ese Viejo embustero? Eso es lo que ellos quieren, y aun te lo llegarán á pagar muy bien, si lo pones en ajuste. Has de saber que te agradecerán eso más, que si les concedieses la libertad, porque como hombres ciegos tienen ya por Santo á ese maldito encantador, que por malo ni el fuego quería llegarse á él por las locuras que habló contra nuestro Profeta y ley. Tomarían ellos á peso de oro alguna parte de su cuerpo para venerarla como reliquia y librarse de todo mal; aunque por esta parte importa muy poco que la tuvieran, porque ¡á buen santo se encomendaban y buena alhaja conseguían!; pero será para nosotros lo más afrentoso y sensible, que las mandaran á España, donde las recibirían con gran veneración y les harían iglesias; cuyo disparatado alborozo cederá en descrédito de nuestra ley y en ofensa de nuestro santo Profeta».

Con este consejo diabólico varió de dictámen el Rey, y consultó cual sería el sitio donde le pudieran esconder, y qué tierra le querría recibir,

porque le parecía al maldito, que no habría lugar por inmundo que fuese, que no excediera en decencia á lo que merecía el cuerpo. Pensaron darle tierra en un muladar ó en una sentina, pero dijeron que en sabiéndolo los cristianos, como gente baja que eran, atropellarían los más insufribles ascos y sacarían los huesos, aseándolos después. Discurrieron al fin que lo menos arriesgado era enterrarle donde se había ejecutado el suplicio, porque siendo el sitio público y habiendo siempre gente en la plazuela, era imposible que de allí intentaran sacarle.

Habían hecho la hoguera en una especie de zanja que servía para desagüe de la plaza, cuando eran las lluvias copiosas; y en este sumidero mandó que los mismos moros enterrasen todo lo que hubiera quedado del cuerpo, á fin de que los cristianos no ocultasen, si lo hacían ellos, algunas reliquias ó embebieran algún lienzo en la sangre. Cogieron los moros el cuerpo y le sepultaron en aquella hoya, echando encima los carbones y troncos humeantes de la hoguera, y terraplenando el sitio, hasta que bien pisado igualó con la planicie de la plaza. Esta fué la lápida sepulcral que la malicia de los hombres puso á tan insigne héroe: este el epitafio que le esculpieron para que llegasen á la posteridad las virtudes del ilustre campeón que allí yacía frío cadáver. Mas lo que no hicieron los hombres, hizolo Dios grabando una

inscripción maravillosa, para que sabios é ignorantes la leyeran con toda claridad.

Todas las noches por bastante tiempo señalaba el cielo con luces y resplandores extraordinarios el sepulcro del venerable Mártir, y coros angélicos dejaban oír sus dulces cánticos y sonoras músicas. Esparcióse la noticia de la maravilla; y al oscurecer se reunían cuadrillas de moros, judíos y cristianos á contemplarla, convirtiéndose con esto muchos herejes y renegados, que el P. Fr. Matías reconcilió con nuestra Santa Madre la Iglesia. Hasta el bárbaro Rey tuvo de ella conocimiento, para que fuese más culpable su obstinación en el tribunal de Dios; y enterado bien de todo, hizo cargos á Francisco Roque por haberlo comunicado á España, pues temía el descrédito de su Profeta y de su ley.

Otra circunstancia notaron los cautivos por milagrosa, y fué que por más de un año amanecía todo el sitio de la sepultura cubierto de finísimo rocío, estando el resto de la plaza bien seco. Continuaba el prodigio hasta las nueve de la mañana próximamente; y siendo el calor en Marruecos muy superior al de nuestra España, nunca se minoró la serena lluvia, sino que en un mismo ser nacía y desaparecía en todo tiempo.

Después que los moros se retiraron, satisfechos de su sacrílega obra, vinieron los cautivos favorecidos de la oscuridad de la noche, aunque temero-

sos de que los cogiera la ronda, al sitio donde habían asaeteado al Mártir, y recogieron muchas piedras y pajas teñidas con su sangre, repartiéndolas luego como reliquias entre todos, y logrando que se verificaran por su medio algunos milagros.

Grandes eran los trabajos que sufrían los otros Religiosos después de la muerte del santo Prado; pero nada les mortificaba tanto como ver las reliquias de su amado Prelado en un lugar tan inmundo, cuando podían estar bien veneradas entre cristianos. Pero ¿cómo sacarlas de aquel sitio? Humanamente lo juzgaban imposible, porque era el lugar muy público, y allí se reunían de día multitud de gentes á sus negocios y estaba la guardia de Palacio, y de noche rondaba la patrulla hasta el amanecer. Comunicó Fr. Matías su pena á los cautivos principales para que pusieran medios, pero todos salieron inútiles.

Llegaron por este tiempo á Marruecos dos Embajadores franceses con el fin de rescatar á todos los esclavos de su nación, como así lo consiguieron; y habiéndose enterado del martirio del Padre Prado y de las maravillosas luces que iluminaban el sitio de su pobre sepulcro, tantearon si podrían llevarse un cautivo de tanto mérito como el cuerpo martirizado, en la seguridad de que agradecerían mucho con ello á su cristianísimo Señor. Trataron el asunto con varios moros principales y rene-

gados, ofreciéndoles grandes cantidades; pero nada consiguieron, porque todos temían el evidente riesgo á que se exponían; no quiso Dios que las reliquias de su Siervo fueran á tierras extrañas.

Había una gran sequía en aquella tierra ingrata que martirizó al santo Prado; y todos sentían esta falta común, no siendo los cautivos los que menos trabajos padecían. Lloraban estos su miseria y pedían al Señor con repetidas oraciones, que por los méritos de su Siervo, á quien veneraban ya como Santo, les concediese la lluvia, y perdonase á la ingratísima Corte. Oyó el cielo sus rogativas; y á primeros de Octubre de 1634 llovió tan copiosamente, que no pudiendo correr el agua que se había detenido en la plaza, inundaba el Pacio del Rey. El día 8 del mismo mes el alcaide *Mostafá*, que cuidaba de la Alcazaba, mandó á Jorge Rebelo, portugués, y á Sebastián Ramírez, de San Lúcar de Barrameda, que descubriesen un sumidero que estaba al comedio de la plaza para su desagüe. Hiciéronlo así; pero no pudiendo desaguarse completamente la plaza, y discutiendo el modo de sacar las reliquias, porque eran de los cautivos á quienes se había hablado para el efecto, dijeron al alcaide que era preciso abrir otro sumidero.

Estaba entonces con el alcaide el judío Peliche; y como podía tanto su consejo para con los moros, determinaron los dos cautivos valerse de

él para el intento, diciéndole que querían dar más decente sepultura á los huesos de su Ministro. Hablaronle con tanta sumisión y lisonja, que les prometió todo su empeño así para disimular por entonces, como para lo que pudiera resultarles después, porque á este judío había escrito el Duque de Medina Sidonia para que se interesase por los dos Religiosos, y él se había llenado de vanidad con este honor; así es que apadriñó el parecer de los dos cautivos, y con esto mandó el alcaide que abriesen otro sumidero bajo la vigilancia de un renegado.

Como el sobrestante no se quitaba de encima, tuvieron que declararse á él y darle algún dinero, para que no los descubriese. Empezaron á cabar con bríos, pero viendo que se echaba encima la noche y que vendría mucha gente, una vez que la noticia corriera, mandaron á llamar al médico don Andrés y á Esteban González, capataz de la puerta del Rey, para que estuviesen á la vista y enviaran otros cautivos que pudieran ayudarles. Vinieron Francisco de Zaragoza y Antonio Pérez; y entre los cuatro cabaron hasta dar con el tesoro deseado, que puso Jorge Rebelo en su *chilivia*, que es la capa de que usan los cautivos.

Por prisa que quisieron darse, ya habían concurrido muchos moros llevados de la curiosidad; y al ver que con tanta veneración guardaban los cautivos aquellos huesos, discurriendo, por el sitio

en que estaban, que serían los del Papaz que había muerto el Rey, surgió entre ellos un escandaloso altercado, diciendo unos que esto cedía en injuria de su Profeta, y otros que la venganza no debía pasar más allá del sepulcro, porque la culpa estaba ya penada. A los primeros apoyaba el alcaide *Baxám*, que presenció las fiestas en Maza-gán cuando llegó la noticia del martirio.

Viendo Jorge Rebelo el riesgo que corrían las reliquias, rogó al judío Peliache que fuese á casa del alcaide *Mostafá*, porque quería él darle sus quejas y necesitaba que le apadrinase. Llegaron Rebelo y Peliache á casa de *Mostafá* en ocasión que iba á quejarse de lo mismo el sobrestante que habían los cautivos sobornado. Dijo el cristiano que los moros no les dejaban trabajar y que la lluvia amenazaba: apoyó su queja Peliache dando buen color el renegado sobrestante, y con esto el alcaide ordenó á éste que á toda violencia hiciera retirar á los moros, amenazándolos con sus iras si persistían en impedir. Fué el sobrestante con esta órden, y de su cuenta añadió que los cautivos se llevasen los huesos y que los enterrasen donde quisieran.

Como *Mostafá* era el encargado de todo lo que se refería á la Alcazaba, nadie se atrevió á contradecir, y los moros fueron desfilando hasta que no quedó ninguno. Llevó Rebelo las reliquias á su casa, más contento que si hubiera conseguido su

libertad. Había estado presente un moro, criado del alcaide, que pidió al buen Rebelo, cuando fué á quejarse de que no les dejaban trabajar, una cantidad determinada por lograr que su amo les permitiese llevar los huesos. Ofrecióle Jorge más de lo que pedía y vino en ello el moro, pero al ver el maldito la liberalidad del cristiano en ofrecer, le pareció que había estado muy corto en pedir; y así quiso sacarle mayor cantidad, fingiendo que su amo mandaba que los huesos se volviesen á su sitio.

Hizo Rebelo al moro muchos ruegos y proposiciones para que le dejara las reliquias, pero él, pertinaz en su dictámen, no quiso darle gusto, antes bien instaba que él mismo los había de llevar. No tuvo más remedio Jorge que ir por ellos á su casa; más presumiendo fraude el moro, se empeñó en acompañarle, y hasta quiso registrar el interior de su casa, á lo cual se opuso resueltamente su mujer; con lo que el morito tuvo que quedarse fuera. Con esta diligencia pudieron ocultar doce pedazos; y poniendo los demás en su *chilivia*, los llevó él sin querer entregárselos al moro, y por sí mismo los arrojó en su lugar primitivo. Estaba todavía allí el alcaide *Baxám*, que apadrinaba á los que no querían dejar llevar los huesos; y como vió que al arrojar Jorge las reliquias en el sumidero, había ocultado tres pedazos, dando voces irritado, calificó al sobrestante de encubridor, se fué colérico al cautivo, y le quitó uno de los huesos que

no pareció más, echando los otros dos Rebelo en el sumidero, porque no se los quitara.

Viendo el moro que los huesos quedaban expuestos á la codicia de los cristianos, ó á que los arrastraran las aguas sin conseguir él su intento, fingió otra orden de su amo el alcaide, por la cual le ordenaba que se los llevara á casa. Sacó Jorge los huesos, aunque no todos, porque ya la corriente había arrastrado algunos, y púsolos en su *chilivía* para llevarlos al alcaide; mas conociendo el moro que iba á ser descubierta su maldad, fingió una contraórden diciendo que le mandaba que él mismo los arrojara en la sentina real. Resistíase el devoto cautivo, pero como el moro era de los de autoridad se los quitó por la fuerza.

El buen Jorge no había comprendido la astucia del moro; mas penetrando ahora, por particular inspiración, toda la trama, le ofreció unos cuarenta reales que era lo que buscaba el ladrón, y se los dió sin más reparos. Los puso en una decente cajita y se los entregó á Fr. Matías, quedándose él con el rosario del Santo.

Luego que el Padre los tuvo en su poder, procuró asegurar aquel preciosísimo tesoro, para que no estuviera expuesto á la tiranía de los moros, ni á la indiscreta devoción de los cautivos. A este fin puso tres llaves al cajoncito que los encerraba, y dió una á Rebelo, que tanto había trabajado en su hallazgo y adquisición, otra al Mayor-

domo de la Iglesia en nombre de los cautivos, y la tercera con el cofrecito dejó en su poder, levantando un acta, que autorizó Francisco Roque como notario y firmaron varios testigos. Puso luego el cajoncito Fr. Matías debajo de tierra, en un lugar oculto, que solo sabía él y Francisco Roque. Buscó después otros huesos; y quemándolos en la misma conformidad en que lo estaban los del Santo, los encerró en otro cajón parecido al de las verdaderas reliquias, para que si se moviese disensión y les precisaran á entregarlas, pudieran librar las verdaderas reliquias dando las falsas. Dios se sirvió dejarles en pacífica posesión de ellas, aunque algunos cautivos poco prudentes se lo dijeron á algunos moròs, y estos les amenazaron y quisieron perturbar en su posesión.

Como los enemigos más perjudiciales son los domésticos, dos veces quisieron los mismos cautivos apoderarse de ellas, para que teniéndolas en su poder, les alcanzara á ellos la libertad la Religión, auxiliada de algunos Príncipes Cristianos; pero Fr. Matías los pacificó con prudente sagacidad. Lo más raro fué que, á pesar de tan turbulentos accidentes y ser los moros tan noveleros, no llegó el caso á noticia del Rey, porque entonces las hubiera arrebatado y mandado quemar, por la cruel cólera con que miraba la memoria del santo Martir. Adoremos y bendigamos á la Divina Providencia que tanto vela por sus siervos.



CAPÍTULO XXV.

CASTIGO SEVERO DE MARRUECOS
Y FIN DESASTROSO QUE TUVIERON
LOS PRINCIPALES MENISTROS DEL MARTIRIO,
EN PARTICULAR EL REY.



A hemos dicho que al poner el pié el Padre Prado en Marruecos, había llorado sobre ella, como Jesús lloró sobre Jerusalén, porque preveía su ingratitude á la piadosa visitación que le hacía el Señor enviándole Misióneros evangélicos, á quienes ella daría muerte cruel, y por esto iba á ser severamente castigada, como efectivamente lo fué. Después de la sangrienta muerte del Santo, no llovió en Marruecos ni en todos sus contornos en todo el tiempo que vivió su tirano Emperador, Muley el Gualí, que fueron como unos siete años; por cuya causa llegó á valer una fanega de trigo noventa reales, que fué la mayor penuria que hasta entonces se había dado, según los anales mahometanos.

De necesidad tan apremiante resultaron gra-

ves enfermedades: amanecían todos los días muchos difuntos, que acababan á la violencia del hambre: andaban los niños en tropas pidiendo el pan con sollozos: las doncellas, que suelen ser muy recatadas, abandonando el pudor se prostituían, por no morir á la fuerza de la miseria: muchos padres vendían á sus hijas, por no tener con que alimentarse; y en cuadrillas salían las gentes al campo en busca de raíces para mantenerse. Cáfilas de 2.000 personas partían para el *Dra*, á fin de prolongar su vida con los dátiles que allí había. Marruecos iba quedándose despoblada, sin haber quien frecuentase sus soberbias Mezquitas, viéndose obligado el Sultán á prohibir la emigración. Los hijos más nobles la despreciaron; y lo que fué más, se declararon sus mortales enemigos, moviéndole guerras encarnizadas cuando más consternada se hallaba. Así sucedió con *Amin Embarca*, principal consejero del Rey en inventar los martirios del P. Prado: éste puso al Emperador en tal aprieto, que tuvo que mudar toda su casa, y la Ciudad vióse sumamente angustiada.

Que fuesen estos castigos por su proterva ingratitude, los mismos moros lo confesaban, diciendo que aquellos trabajos eran castigos que les enviaba un Profeta por haber muerto injustamente al *Papaz* viejo de los cristianos. Francisco Róque depuso que los morabitos, que siempre son los más estimados, dijeron al sucesor de Mu-

ley el Gualí, que tratase bien á Fr. Matías y Fray Ginés, como lo hizo, porque por haber hecho su hermano tanto mal al venerable Prado habían padecido tantas miserias, de cuyos castigos tenían muchos ejemplares en su historia. Por esta razón no se atrevió Muley el Gualí á quitar la vida á los dos compañeros del Santo, pues aunque la plebe era pésima, había algunos de buen juicio, que considerando aquella miseria como castigo de la muerte injusta del santo Embajador, murmuraban por detrás y veían mal los tormentos con que mortificaba á los dos Religiosos.

La sequía duró cuatro años, desde la muerte del Santo hasta que los cautivos con los dos Religiosos hicieron rogativas pidiendo la lluvia por los méritos del Padre Prado; y aunque es verdad que Dios les concedió el agua, no levantó por eso el azote de otros castigos en todo el tiempo que vivió el inicuo Rey, continuando después la misma sequía, para que comprendieran que había dado la lluvia por acceder á las súplicas de los cautivos, y para sacar las reliquias del santo Mártir.

Alcanzó lo rígido de los castigos á los principales ministros y consejeros que intervinieron en el martirio, confesando los moros que no fueron casualidades sino justicia de Dios. A un eunuco del Rey, llamado *Beganimi*, que fué el principal verdugo de los azotes del Santo, yendo á Tafle-

te se le baldó el brazo con que dió los azotes, sin que médico alguno pudiera curarle, y muriendo de aquel accidente con horror de los que le asistían. *Talebaxar*, que fué otro de los que le azotaron, murió en Zafí estripado por una azotea que se derrumbó, al despedir de su escuela á unos jovencitos que el Rey había hecho apostatar. Un renegado que trajo leña para la hoguera y la encendió, andando muy ufano y bullicioso en quemar á un enemigo de su santa ley, pereció destrozado por un cañón de artillería que reventó al ponerle el botafuego, alcanzándole á él solo la desgracia entre tantos como allí había. El cruelísimo sobrestante de la pólvora, *Maalem Embarca*, que con tanta ojeriza miró al Santo, fué hecho prisionero en una refriega con los *Alarbes*; y aunque hizo varias propuestas á los apresadores para que le dejaran libre, no pudo conseguirlo, sino que le hicieron pequeños pedazos con sus alfanjes, echándoselos después á los perros, para que nadie los enterrase. El que hizo de pregonero cuando iban á quemar al Santo y se jactaba de ser el que publicaba los delitos del *caziz* de los cristianos, fué apuñalado por un esclavo en su huerta de recreo, abriéndole tantas heridas, como voces había dado publicando la inicua sentencia. El renegado de Córcega, que dió de bofetadas al Santo, fué muerto por un caballo, que se volvió contra él con desenfrenada furia, y le dió tantos

mordiscos y golpes, que le hizo añicos el cráneo; y el de Murcia, que aconsejó al Rey que no entregase el cuerpo del Mártir á los cautivos para que le diesen sepultura, fué hecho prisionero y muerto inominiosamente: después abrieron su cadáver los enemigos, y llenándole de paja y pólvora le pegaron fuego, quedando insepultos sus restos. Otros muchos tuvieron también fines desastrosos, habiendo muerto en la calamidad común que sufrieron. Veamos ahora la muerte que tuvo el desventurado *Muley el Gualí*.

Es una máxima vulgar que á hierro muere quien á hierro mata, y desde luego pudo profetizarse este fin á *Muley el Gualí*. Para apoderarse del trono y ceñirse la corona del imperio, dió muerte á su hermano mayor, *Muley Ab de el Melc*; y después para asegurarse el cetro, comenzó por horrorizar y oprimir á sus vasallos. Desenfrenó sus iras al principio contra los principales del partido de su hermano, y después contra los que no le vendían lisonjas, sin que se vieran libres sus domésticos y familiares.

Oprimía á los pueblos con tributos excesivos, que ni la ley ni la costumbre sancionaban: estancó los géneros principales de consumo, metiéndose á mercader y ejerciendo atrocísimas usuras, crueldades y avaricias; y se desbocó su impuro apetito en obscenidades, apoderándose de todas las jóvenes vasallas bien parecidas, de que adqui-

ría noticia: en fin, bajo una mal compuesta hipocresía ocultaba una caterva de vicios capitales, que sería prolijo enumerar. Se llenó el sufrimiento divino, porque llegó al número de culpas que Dios tenía determinado sufrirle; y le mandó en este mundo terribles castigos temporales, para que sirviesen de escarmiento, y luego le precipitó en el infierno á hacer compañía á su Profeta y pagar su merecido.

Los primeros estrenos de su alfanje, luego que empezó á reinar, fué matar á todos los *Xerifes* que podían disputarle el trono, porque como había robado la corona, temía que le obligaran á restituirla en la hora menos pensada. A este fatídico temor se unía un interior desasosiego que le roía las entrañas, desde que quitó la vida al venerable P. Prado: siendo tanto su pavor, que cada instante estaba volviendo la cara á uno y otro lado y hacía atrás, temeroso de que alguien le siguiera para quitarle la vida; así es que vivía completamente sobresaltado y se recelaba hasta de su sombra, conociendo perfectamente que esto era castigo de Dios por haber muerto al *Caziz viejo*, como lo dijo muchas veces á sus amigos y domésticos.

Precipitado por estos asombros quitó la vida á su hermano *Muley Ismael*, á dos sobrinos y á siete *Xerifes* que eran de quienes más se podía recelar; sólo quedaba un hermanito, llamado *Muley*

Mahamet Xec, hijo de Muley Zidán y de una renegada española. Era este Xerif de lindas prendas naturales y muy bien educado, dejándose tratar de todos con extraordinario cariño. Como era tan precioso y al Rey lo aborrecían tanto por sus excesos, vino á ser la esperanza de la nación mahometana. Viendo el Rey el cariño universal que profesaban á su hermanito y temiendo para sí una desgracia, determinó quitarle la vida, comunicándolo á varios de sus íntimos, que con el tiempo se lo dijeron á la madre del jóven Xerif y á dos tías paternas que le amaban entrañablemente, Lela Maxaba y Lela Zafi. Las tres previnieron al muchacho para que huyera del peligro, andando ellas con grandísima vigilancia y dando importantes sumas, para que les avisaran cualquiera determinación que el Rey tomase.

Mucho tiempo anduvo el Rey ideando el modo de deshacerse de su hermanito; mas no le salía nunca bien el plan. Un día trató de envenenarle dándole unas conservas, pero el Xerif no las tomó en vista de las instrucciones que tenía de su madre y tías; las comió un sobrino del Sultán que estaba á la sazón con él, y rebentó. Divulgóse este suceso y lo que intentaba el Rey, lo cual obligó á las tías á que le hablasen, afeándole el intento y proponiéndole las malas consecuencias que habían de seguirse del atentado. Indicáronle al propio tiempo que podía ponerle preso en sus

cuartos; que ellas le cuidarían y entregarían cuando él se le pidiera. Como eran sus tías y gozaban de muchas simpatías, temió disgustarlas; y por esto vino en entregársele, poniendo de portero á un negro viejo, en quien él confiaba mucho, pero que amaba con delirio al niño recluso.

Varias veces intentó quitar la vida al Xerif por sus propias manos, pero nunca podía lograrlo, porque las tías expiaban todos sus pasos viviendo prevenidas para cualquiera contingencia, especialmente Lela Maxala, que traía siempre consigo dos pistoletes y una gumia turquesca; además de tener prevenida una escolta suficiente. Viendo que si vivía el Rey peligraba sobremanera la vida del inocente *Xerif*, se resolvieron á solicitar la muerte del tirano Emperador, para poner la corona en las sienes de su pequeño sobrino. Descubrieron su determinación al negro que hacía de portero; y éste sobornando á varios renegados de los de la guardia del Rey, se encargó de hacer la fechoría, bajo palabra de impunidad y un seguro agradecimiento.

Ya determinados al arrojó, anduvieron tres días trazando la oportunidad. En este tiempo quiso el Rey hacer el último intento para matar al *Xerif*; para lo cual dispuso un banquete con el fin de distraer á sus tías y cometer él mismo el fratricidio, entrándose en la prisión del hermanito. Se verificó el banquete; y cuando los comensales

estaban más divertidos, se salió él con disimulo, acompañado sólo de un pajezuelo, que acertó á ser de los de la conjura contra su amo.

Fué el Rey al patio donde habían azotado al santo Prado; y haciéndose el divertido, despidió al paje para que llamara á tres moros que estaban en el secreto de la muerte del *Xerit*. Marchó el paje; y al ver en el primer patio á cuatro renegados que eran los de la conjura, les dijo: «El Rey queda solo en el *Mexuar*; aprovechad el tiempo; que yo iré á paso lento». Se encaminaron los renegados al *Mexuar*; y al verlos el Rey, conociendo que venían con dañada intención, les dijo: «¿Qué es lo que quereis de mi?» La respuesta fué un pistoletazo, que por suerte no le tocó. Echó á huir precipitadamente dando voces y pidiendo auxilio, y los renegados tras él: corría tanto, que se les hubiera escapado, si Dios no le tuviera señalado ya su fin; mas al pasar por junto á la columna donde mandó azotar al P. Prado, se le enredó el *Xaique* á ella y al cuerpo de tal suerte, que no pudo proseguir la fuga. Llegaron los agresores; y uno llamado *Mahamet*, le disparó otro pistoletazo á quema-ropa, dejándole sin sentido. Vinieron los otros tres; y á golpes y cuchilladas le quitaron la vida, sin hacer caso de sus promesas, súplicas ni lágrimas, no queriendo usar de misericordia con quien no sabía usarla con nadie. Antes de morir, tomó un renegado una de las

ababardas de la guardia, y metiéndosela por la boca le decía: «Perro, come hierro, come hierro; que también tú nos lo dabas á todos:» palabras que él había dicho á las pobres cautivas, cuando fueron á pedirle que les dejara dar de comer á sus ministros. Después le dieron muchas bofetadas, puntapiés y puñaladas con su mismo alfanje, que fué el que clavó en la cabeza del Santo. Quedó envuelto en su propia sangre, para que el que había ensangrentado la blanca túnica de muchos inocentes, se bañase en la suya propia. Así terminó quien tanto se ensañó en nuestro ínclito Mártir, perdiendo inominiosamente la vida y la corona, que pasó á su hermano *Mahamet Xec*.



CAPÍTULO XXVI.

MILAGROS EN CRÉDITO DE SU OBRA.



O tardó Dios en manifestar la santidad de su Héroe con sucesos prodigiosos, que granjearon desde luego gran veneración entre los fieles al santo Mártir. La noche siguiente á su martirio, se apareció glorioso á una noble señora del Arahal, su hija espiritual y muy aprovechada en virtud, estando en oración, y le refirió el hecho con todas sus circunstancias y como estaba ya ceñido de inmarcesible corona de gloria en el cielo. Ocultó la prudente señora esta noticia hasta que se tuvo conocimiento público del suceso, confirmándose plenamente todo cuanto el Santo le había dicho sobre su martirio.

Por dos veces ha clamado el demonio, con gran furia, en dos energúmenos á la aplicación de reliquias del Santo, diciendo, la primera, en el convento de Regla: «Esta es una reliquia de un Fraile Franciscano, que fué martirizado en Marruecos;» y obligado á que declarase su nombre aña-

dió: Este mártir se llama Fr. Juan de Prado. La segunda, fué en el Santo Hospital de la Caridad de Sevilla, afirmando que la reliquia era del Padre Fr. Juan de Prado, que era Santo.

En la enfermería del convento de San Pedro de Alcántara de Sevilla cayó gravemente enfermo Fr. Alonso de San Diego, que no tenía con el santo Prado aquella fé y religiosidad que pedía su martirio. Residía en aquel convento Fray Franco de la Santísima Trinidad, confesado del Santo y muy virtuoso, á quien se apareció lleno de gloria: le abrazó cariñosamente, y dándole paz en la mejilla izquierda le dijo: «Ten ánimo y dí á Fr. Alonso de San Diego que tenga fé conmigo; y si cree que soy verdadero mártir, no morirá de esta enfermedad.» Fr. Franco encargó á otro Religioso que se lo dijera al enfermo, pero habiéndosele olvidado hacerlo, la enfermedad se agravó poniendo al enfermo en el último peligro. Acordóse por fin del encargo y se le comunicó al enfermo, quien arrepentido de su poca fé y protestando creer que Fr. Juan era verdadero mártir, mejoró completamente de su dolencia, calificando el médico de milagrosa su curación. En otra ocasión se apareció también el Santo al Padre Franco, confortándole para sobrellevar futuras aflicciones que le esperaban; y todo sucedió como le fué noticiado.

Con una partecita de su hábito que piadosamen-

te guardaba Pedro del Carpio residente en Cádiz, sanaron muchos prodigiosamente de enfermedades desesperadas. Fr. Andrés de S. Bernardino halló remedio milagroso para una fuerte hinchazón y agudísimos dolores que padecía, en otra partecita de hábito que conservaban en el convento de Cádiz. Otro tanto experimentó en un accidente gravísimo con una carta del santo Mártir, la esposa de D. Juan de Ojea, administrador de alcabalas en Arahal. Doña Luisa Josefa de León en Cádiz, desauciada de los médicos, halló remedio eficaz para la enfermedad que le aquejaba, en un rosario que el Santo le había regalado.

D. Estéban Belluga de Moncada, Secretario del Sr. Duque de Medina-Sidonia y testigo en las informaciones de nuestro Santo, cayó enfermo gravemente con una calentura perniciosa, que no le dejaba firmar su declaración por el riguroso frío que sentía. Dijole el Notario que con firmar como pudiera é invocar al Santo convalecería; él animado con esta afirmación firmó, y quedó súbitamente sano y robusto.

Bien raro fué lo que sucedió en Roma en tiempo de las informaciones para la Beatificación del Santo. Un hombre devotamente codicioso, hurtó al Postulador de la causa un huesecito del santo Mártir: recogido á su casa, fué enardecándose por grados de tal manera, que contra la mañana sentía que se abrasaba. Comprendiendo que era

castigo de su hurto, se fué inmediatamente á la iglesia de Sta. Rita y confesó su pecado con el Sr. Cura párroco, á quien restituyó la reliquia, quedando con esto libre del ardor que le quemaba. El Sr. Cura se hizo devotísimo del Santo; y habiendo logrado, con muchas instancias, parte de la reliquia, la colocó en un precioso relicario en la iglesia de San José.

Otra maravilla ocurrió también por este tiempo en Roma. Como los procesos de Marruecos no habían sido formados por autoridad episcopal, se hacía preciso registrar una Bula del Papa Juan XXII, que autorizaba á los Misioneros, in partibus infidelium, para hacer tales informaciones. Fué el Postulador de la causa al Vaticano á buscar la original, pero no pudo hallarla por más registros que hizo, quedándose sumamente contristado, porque el progreso de la causa se retardaba grandemente. En medio de su desconsuelo tendió la vista por la mesa del Archivero, y con gran admiración y contento vió una copia auténtica de la Bula que buscaba. Preguntó que quién le había encargado copiarla; y contestó que un Fraile Franciscano Español, siendo así que en la Curia Romana no había entonces más Padres Franciscanos que el Postulador de la causa.

Apenas se supo en Milán y Malta el heroico martirio de nuestro Santo, fué tanta la devoción que los fieles le tuvieron y tanta la confianza con

que le invocaron en sus apuros, que se verificaron muchas curaciones milagrosas y consiguieron innumerables favores de todas clases, ofreciéndole con este motivo un sinnúmero de votos. Otro tanto sucedió en toda la Andalucía y particularmente en los puntos en que había estado. En la imposibilidad de relatar todos los sucesos milagrosos que ha obrado, me concretaré á dos muy singulares, que fueron aprobados para su Beatificación.

Hallábase en la enfermería del convento de de Araceli de Roma, enteramente paralítico, Fray Gabriel Téllez, Religioso Franciscano, sacerdote español y algún tiempo compañero del Postulador de la causa del santo Prado. Tanteáronse para su curación muchísimos remedios, que resultaron todos ineficaces al efecto; en vista de lo cual los médicos calificaron de incurable la enfermedad. Desengañado el enfermo de que no había remedio humano para su mal, y persuadido á que recurriese al santo Prado, en cuyo obsequio había trabajado, hizolo así el 25 de Agosto de 1683, invocando de corazón el patrocinio del Mártir y aplicándose al propio tiempo un pedazo de hábito del Santo por todas las partes del cuerpo. Conforme hacía la aplicación, iba sintiendo que se vigorizaban totalmente sus miembros y adquirían expedito movimiento: al fin saltó de la cama, y corriendo alborozado por la enfermería,

empezó á clamar en altas voces diciendo: «*Milagro, milagro*». A las voces acudieron muchos, que asombrados con el prodigio no cesaban de vitorear al santo Mártir.

D. Melchor de Loaysa, Prebendado de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz é hijo de D.^a Catalina Calderón, puede decirse que tuvo un eximio protector en nuestro Santo, debido esto sin duda á la devoción que le profesaba su virtuosa madre. Nació por milagro del Santo; y ya nacido, estuvo un día moribundo, recobrando salud y vigor al contacto de una reliquia del Mártir que su madre había adquirido con maravillosas circunstancias. A los seis años tuvo un flujo de sangre por los ojos y casi perdió la vista: le aplicaron también la reliquia y sanó, quedando con vista perfecta. Siendo ya de 25 años, le dió otro flujo de sangre por la boca que le duró ocho días: aplicáronle muchísimos remedios, pero el flujo no cesaba, sino que iba en aumento, poniendo al enfermo sumamente débil y á las puertas de la muerte, y persuadiéndose todos que el mal era incurable. Llamó el jóven á su madre y le dijo que se moría; pero que antes quería besar la reliquia del santo Prado, para que después la entregara al convento de Franciscanos de Cádiz, donde tuviese mayor veneración que en su casa. Trajo su madre la reliquia, la besó devotamente pidiendo remedio al Santo, y se la devolvió encargándole otra vez que

la entregara á los Padres Franciscanos. Inmediatamente que se entregó la reliquia, pidió de comer y sintióse milagrosamente sano, recobrando instantáneamente todas las fuerzas perdidas. Este milagro fué de mucha resonancia en Cádiz y consta en el proceso Gaditano, haciendo que se procediese á la Beatificación del Santo.



CAPÍTULO XXVII.

TRAEN LAS RELIQUIAS PARA ESPAÑA.

CON la subida de *Muley Mahamet Xec* al trono, mejoró notablemente la suerte de los dos compañeros del Santo y de todo el cautiverio, porque los puso en libertad y dedicó al servicio de los cristianos: les donó para siempre la Iglesia que había en la *Sagena*, y consintió que fueran más Religiosos. Nombró con este objeto cuatro la Provincia; y aprovechando esta ocasión para traer las reliquias, uno de ellos que fué el P. Fr. Nicolás de Velasco, tomó el nombre de Embajador del Sr. Duque de Medina-Sidonia, quien les preparó embarcación y proveyó de todo lo necesario para el viaje.

Pasaron á Marruecos; y cumplimentado el Emperador, quiso Fr. Nicolás venerar en la *Sagena* las santas reliquias. Vinieron los tres que tenían las llaves del cofrecito; y abriéndolo las veneraron tiernamente, en especial el P. Fr. Nicolás, que al ver aquellos quemados huesos de su primer

Provincial, á quien tantas veces había tratado, no se pudo reprimir en un buen rato, besándolos repetidas veces. Los vistieron después con lienzo muy limpios, y sujetos con cintas los sellaron, para que en todo tiempo constase su autenticidad, levantando acta notarial. Trajo con los huesos, una de las saetas que atravesaron al Santo, y que había recogido el cautivo á quien los moros obligaron á llevarle hasta la hoguera, el Breviario y el pobre manto con que cubría su desnudez. En el tiempo que allí estuvo, fué con prudente disimulo haciendo informe jurídico de las singulares virtudes, martirio glorioso y raros prodigios del santo Mártir, cuyo informe fué autorizado con gran número de testigos presenciales.

Hechos todos sus asuntos en Marruecos y despedido del Emperador, que le trató como al mejor de sus amigos, salió de la Corte para Azamor, donde fué recibido de su alcaide con toda galantería, como se lo tenía ordenado el Rey. De aquí se dirigió á Mazagán el 27 de Septiembre, adelantándose un criado del Gobernador, para darle la buena nueva. Este, así que tuvo noticia de la llegada, reunió toda la tropa y mandó disparar un cañonazo de cuando en cuando y repicar las campanas de las iglesias, ordenando que, cuando se encontrara con el P. Embajador, hicieran salvas con toda la artillería y echaran á vuelo las campanas. Salió el Conde con sus tropas; y haciendo

alto la infantería en un punto determinado con orden de hacer honores á las santas reliquias, se adelantó él con toda la caballería hasta encontrar al Padre. Luego que le divisó, se apeó de su caballo y se abrazaron con gran efusión los dos, dejándose oír al mismo tiempo el estruendo de los cañonazos y los ecos de las campanas. Se conmovió toda la plebe, y salieron las gentes fuera de los límites permitidos á esperarlos. Al pasar por entre la infantería, tremolaron las banderas, redoblaron los tambores é hicieron tres descargas cerradas. Quería el General hacer públicos regocijos, pero por razones de estado los aplazaron para el día de S. Francisco, corriendo los premios que señalaron por cuenta de la Sra. Condesa. En estos días estuvieron las reliquias depositadas en el Palacio del General con grandísima decencia y veneración, empeñándose la Condesa en forrar el cajoncito, por dentro y fuera, con preciosísimo damasco.

Tenía el devoto Conde prevenida embarcación con todo lo necesario; y haciéndose en ella á la vela, llégaron con felicidad á Sanlúcar de Barrameda el 14 de Octubre. A la igualdad de su grande devoción corrió la alegría del Duque de Medina-Sidonia, cuando supo que llegaba el tesoro que tanto apetecía. Deseaba su Excelencia que se desembarcasen las reliquias con toda solemnidad, pero vistos los Decretos Pontificios,

tuvo que contentarse con que se les hiciese el recibimiento que podía hacerse á su persona en la primera vez que entrara. Mandó su coche, y á él trasladaron las reliquias, ya con estrellas, despidiéndose la embarcación que las había traído con una estrepitosa salva, y respondiéndole la artillería de todos los fuertes de la ciudad y las campanas de todas las iglesias y ermitas.

Llegó el coche á una puerta del Palacio, donde esperaba el Duque con doce de sus criados, cada uno con su cirio. Sacaron el cofrecito, que recibió de rodillas su Excelencia; y poniéndole sobre su cabeza, le besó después con ternura muy católica. Lleváronlo por entonces á su tribuna, que correspondía á la iglesia mayor de la Ciudad, donde lo colocaron con gran decencia, no permitiendo que se abriera hasta que viniese el P. Provincial. Llegó el Padre, abrieron el cofre, y veneraron todas aquellas santas cenizas, conviniendo después que por entonces quedaran al devoto cuidado del Duque; el cual dispuso inmediatamente un nicho en su propia tribuna, donde se colocó el cofrecito, cerrado con sus llaves, cubierto con un manto negro de seda, y asegurado el hueco con cuatro puertas: dos interiores de celosía, cuya llave con una del cofre cogió el Provincial; y otras dos exteriores, fuertes y primorosamente talladas, cuya llave con la otra del cofre guardó el Duque. Aquí estuvieron algún tiempo,

hasta que pareció conveniente trasladarlas al convento de San Diego de Sevilla, que era su propio lugar por varias razones. Sin embargo, tampoco este sagrado recinto fué su definitivo asiento.

Con motivo de la exclaustración de los Religiosos hizose cargo de ellas el P. Hornillo, que las tuvo en su poder hasta 1868. En este tiempo por temor á profanaciones, en vista de los disturbios políticos que empezaron á desarrollarse, se las entregó al Cabildo de Sevilla, donde estuvieron hasta el 1897, en que fueron trasladadas al convento de Franciscanos de Compostela, quedándose el Cabildo con el cráneo del santo Mártir.

En 1884, el referido Cabildo se dignó conceder una reliquia al de León y otra á la villa de Morgovejo, pasando á recogerlas D. José Manuel Gutiérrez, oriundo de dicha villa, y Párroco de Pardesivil. A su regreso, celebráronse con tal motivo en Morgovejo solemnes cultos, que se publicaron en el número 39 del *Boletín Eclesiástico* de la Diócesis, correspondiente al 25 de Septiembre de dicho año.

¿Quién hubiera dicho que huesos de aquel tierno niño, que salió de Morgovejo á la corta edad de cuatro ó cinco años, sin ánimo de pisar ya más sus calles, huérfano, casi desvalido, únicamente confiado á la divina providencia, y que después empezó á irse alejando, cada vez más, de su país,

habían de volver, de una manera triunfal y con tan públicos regocijos, á la villa que le vió nacer, y reposar en la misma casa que él y sus padres habitaron, al cabo de tanto tiempo, y no obstante lo apartado de la región en que sufrió el martirio y las vicisitudes que han mediado? Acontecimiento verdaderamente admirable y grandioso: que las cenizas del santo Prado sean veneradas por sus paisanos en el mismo punto en que se formó su cuerpo, y donde pudo decirse: aquí ha sido concebido un mártir, que luchará varonilmente contra los leones africanos y derramará su sangre por Cristo en medio de los más crueles tormentos. Alabemos y bendigamos al Señor que es admirable en sus Santos, y nos ha proporcionado ese inestimable tesoro.

Existe el Breviario, que últimamente usó el Santo, en la iglesia de Liegos, arciprestazgo de Valdeburón de Arriba, donado por un hijo de dicho pueblo siendo Provincial Franciscano en Andalucía, según he podido averiguar.

En Rocamador se conserva la celda que habitó el Santo; tiénese en gran estima y veneración, según me dijo el M. I. Sr. Provisor de Badajoz, don Próspero Tuñón, (q. g. h.)



CAPÍTULO XXVIII.

CAUSA DE SU BEATIFICACIÓN.

EN vista del heróico martirio de nuestro Santo en defensa de la Fe, y de los milagros obrados por su mediación, formáronse procesos en Marruecos, Cádiz, Sevilla, Madrid y Marsella, empleándose en informaciones y congregaciones particulares desde 1641 á 1707. En este año se tuvo una Congregación ante Su Santidad sobre la duda: *si constaba del martirio y milagros del Santo*. La respuesta fué: *que se examinasen los procesos de Marruecos*. Examináronse éstos, que eran dos: uno formado por Fr. Matías de S. Francisco, compañero del Santo, y otro por Fr. Nicolás de Velasco; hubo después Congregación ante el Papa en 22 de Septiembre de 1711, pero nada se resolvió. El 27 de Marzo del año siguiente, el Papa Clemente XI decretó solemnemente: que constaba del martirio y de la causa del martirio, y de un milagro, el décimo tercero del proceso, esto es, de la curación instantánea de

la parálisis total que había padecido el hermano Gabriel Téllez.

Túvose tercera Congregación ante el Papa; y habiéndose propuesto que si, dado el anterior decreto, se podía proceder á la Beatificación del Siervo de Dios, se respondió: Que se debía esperar á la aprobación, á lo menos, de otro milagro. Ultimamente el 17 de Febrero de 1728 hubo cuarta Congregación ante el Papa Benedicto XIII; y propuesta la duda de si constaba del milagro que refería el proceso de Cádiz y de otros milagros al efecto, Su Santidad, después de oír el parecer de los Emmos. Cardenales y Consultores, se retiró á sus habitaciones, sin decretar nada ese día, para implorar las divinas luces en caso tan importante. Luego, en 5 de Marzo del mismo año, expidió el decreto siguiente: Que constaba de la repentina curación de Melchor de Loaysa, de un copioso é inmoderado flujo de sangre, con adquisición instantánea de las fuerzas perdidas; y por tanto, que podía procederse ya á señalar el día y lugar para la Beatificación del Siervo de Dios.

El 26 de Abril de 1728, salió un decreto de la S. Congregación de Ritos, señalando el 24 de Mayo del mismo año y la Basílica de S. Pedro, para la Beatificación solemne.

Luego en 14 de Mayo del mismo año, S. Santidad el Papa Clemente XIII, expidió la Bula de Beatificación, por la que concede que el Siervo de

Dios, Juan de Prado, sea contado en lo sucesivo en el número de los Beatos: que su Cuerpo y Reliquias sean expuestos á la veneración de los fieles (pero que no se saquen en procesión): que sus imágenes se adornen con diademas: y que el día aniversario de su martirio (24 de Mayo) ú otro no impedido, se recite su Oficio y celebre su Misa del común de un mártir en toda la Orden Franciscana de uno y otro sexo, en el pueblo de Morgovejo y en todo el reino de Marruecos. En tiempo del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, Obispo de León, se extendió esa gracia á toda la Diócesis por el P. León XIII, que felizmente gobierna la Iglesia.

El 24 de Mayo de dicho año, túvose la solemnidad de la Beatificación en la Basílica de S. Pedro, que se celebró con muchísimo esplendor, como consta de una copia de la Bula de Beatificación que obra en el Archivo parroquial de Morgovejo y que lo describe todo.

Hagamos fervientes votos porque el Señor se digne exaltar más á nuestro Mártir, y le veamos pronto canonizado.

ORACIÓN DEL SANTO,
APROBADA POR SU SANTIDAD, CLEMENTE XIII.

Deus, qui contra Mahumeticam pravitatem beatum Joannem verbi tui præconem eximium effecisti: concede, ut sicut ipse pro tuæ Fidei dilata-
tione martyrii palmam meruit obtinere, sic nos ejus intercessione fidei nostræ præmia consequi mereamur. Per Dominum...

A. M. D. G. ET B. J. DE PRADO.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción.	I
Capítulo primero.—Nacimiento y educación del santo Prado.	7
Cap. II.—Vocación al estado religioso y su fervor en la observancia.	11
Cap. III.—Sus estudios, predicación y frutos que consiguió.	17
Cap. IV.—Sus Prelacias y celo en su desempeño.	25
Cap. V.—Su profunda humildad.	29
Cap. VI.—Su fe y celo por progarla.	37
Cap. VII.—Su esperanza.	43
Cap. VIII.—Su caridad.	47
Cap. IX.—Su abnegación y penitencia.	51
Cap. X.—Su resignación y paciencia.	55
Cap. XI.—Sus devociones favoritas.	59
Cap. XII.—Exacto cumplimiento de sus votos.	63
Cap. XIII.—Oración y éxtasis.	67
Cap. XIV.—Otros dones sobrenaturales.	71
Cap. XV.—Ansias de propagar la fe y tentativas para pasar á Marruecos.	75

- Cap. XVI. --Consecución del salvo-conduc-
to, contradicciones que hubo y salida para
Marruecos. 91
- Cap. XVII. --Peligros en el viaje, estancia
en Mazagán, salida para Azamor y dispu-
tas con judíos y moros. 113
- Cap. XVIII. --Salida para Marruecos y cir-
cunstancias del viaje: dan la embajada al
Sultán, y celebran el Domingo de Ra-
mos con los cautivos. 139
- Cap. XIX. --Prendimiento de los Religio-
sos: cárcel y penalidades que sufrieron:
propuestas del Emperador: son llevados
á su presencia y defienden los Santos Sa-
cramentos. 157
- Cap. XX. --Otras cadenas, ingenio para mo-
ler pólvora, trabajos que padecen, palos
judiciales á Francisco Roque, virtud de
la palabra del santo Prado y disposición
de ejercicios. 179
- Cap. XXI. --Segunda defensa de la Eucaris-
tía: llevan á Fr. Juan á la presencia del
Rey, y predícale largamente la Ley
Evangélica. 193
- Cap. XXII. --Es azotado de muerte el padre
fray Juan: llevan á los otros dos compa-
ñeros y son azotados también: vuelta á la
cárcel: fervores del P. Juan. 211
- Cap. XXIII. Concilio de alcaides: vuelven
por el santo Prado: cuchillada que le dió
el Rey: es asaeteado: le arrojan en una
hoguera: muerte feliz y prodigiosas cir-
cunstancias. 221
- Cap. XXIV. --Sepultura de su santo cuerpo:
maravillas que se notaron: saçan los cris-
tianos las reliquias. 241
- Cap. XXV. --Castigo severo de Marruecos

y fin desastroso que tuvieron los principales ministros del Martirio, en particular el Rey.	253
Cap. XXVI.—Milagros en crédito de su gloria.	263
Cap. XXVI.—Traen las reliquias para España.	271
Cap. XXVIII.—Causa de su Beatificación..	277

PRINCIPALES ERRATAS.

Página	Línea	Dice	Léase
15	26	en	de
47	7	pasados (añádase)	la mayor parte de ellos
62	14	consagrándole	consagrándole
72	11	espíritu	espíritus
72	29	undécimo	tercio décimo
76	29	el	le
88	27	cuenta	cuento
116	4	suma	humana
146	8	funte	fuelle
150	29	de lo	de que lo
153	27	habrían	habían
160	20	recelana	recelada
168	3	solitar	solicitar
182	3	algún alcaide forastero	alcaldes forasteros
184	6	Mamara	Mamora
189	24	asa	ara
200	27	cansandome	causándome
205	22	honroso	horroroso
212	12	avistarle	asistirle
215	5	serán	serían
222	20	aque	aquel
224	9	peñas	penas
227	29	sontinuó	continué
263	2	obra	gloria
275	21	número	número

J. L. R. Q. F. G.
MSL.



G 311771

VITA DEI

D. PRIMO

G 311771